

VOLUMEN

76

Julio César **Salas**

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Francisco Javier Pérez.



EL NACIONAL

BANCARIBE 

Francisco Javier Pérez

(Caracas, 1959). Lexicógrafo, historiador de la lingüística y ensayista. Profesor titular de la Universidad Católica Andrés Bello, Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua y Miembro Hispanoamericano Correspondiente de la Real Academia Española. Licenciado en Letras, magíster y doctor en Historia, ha desplegado una amplia tarea de estudio de las ciencias del lenguaje que implican consonantemente la teoría literaria, la historia de la lingüística, la lexicografía teórica, la práctica diccionario-lógica y la historia cultural.

Algunos de sus libros son: *Historia de la lingüística en Venezuela*, *Diccionario del habla actual de Venezuela*, *Estudios de lexicografía venezolana*, *Oídos sordos. Julio Calcaño y la historia del purismo lingüístico en Venezuela*, *Orientalismo en Venezuela*. *Historia de la lingüística sánscrita*, *El insulto en Venezuela*, *Sordera, estruendo y sonido*, *El sabio en ruinas*. *Biografía escrituraria de Félix E. Bigotte* y las tres entregas de ensayos *Satisfacciones imaginarias*. Sobre Salas, además de publicar el estudio *Mitrídates en Venezuela*, ha preparado un volumen para la Biblioteca Ayacucho.

Sobre su obra, José Balza ha señalado:

"Cada nuevo libro de Francisco Javier Pérez, aunque esto no se advierta con rapidez, altera en forma vigorosa la Historia compleja de Venezuela (y también el aspecto simple de la misma: su lado político): porque revisa nuestro ser como país, porque lo constituye al rescatar imprescindibles zonas que han sido postergadas, porque halla los vínculos entre todo aquello, porque hace circular el pulso venezolano hacia el flujo del mundo".

Biblioteca Biográfica Venezolana

Julio César **Salas**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Diego Arroyo Gil

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejó

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

Diego Arroyo Gil

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerente Unidad de Negocios Libros El Nacional:

María Cristina Serrano

Asistente de proyecto: Yaneling Moya

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Cortesía de Doña María Cristina Arria Salas
(portada, pp. 9 y 76)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf78920079204605

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 978-980-395-170-2

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Julio César **Salas**

(1870-1933)

Francisco Javier Pérez

El dios de las **lenguas**



Sin saber que vivirá cinco años más, el sabio asiste, remontando las montañas físicas y espirituales de su Mérida natal, el año 1928, al XXIII Congreso Internacional de Americanistas, reunido en la ciudad de Nueva York. El más arduo y ciclópeo de sus proyectos de investigación ha quedado culminado. Se trata de los dieciséis volúmenes del gigantesco diccionario comparado de lenguas indígenas americanas. Titulado *Orígenes Americanos*, no es sino la más vasta tarea lexicográfica que haya sido abordada por inteligencia venezolana alguna. Las doscientas mil palabras que lo componen no hacen sino convidar a un diálogo imposible –la más prodigiosa lingüística del absurdo– entre quinientas cinco lenguas americanas y seiscientas europeas, asiáticas, africanas y oceánicas. Se presenta en la sala del célebre congreso y, con orgullo fascinador, hará sonar las trompetas de su triunfo, pormenorizando los sólidos asideros que la obra exhibe y los logros científicos que para el conocimiento de las culturas tiene la investigación de etnolexicografía que ha ideado, desarrollado y terminado, durante veinticinco disciplinados años de trabajo.

Ganado por la inmensidad otoñal del Central Park, en su *Página autobiográfica*, esa deliciosa pieza maestra del arte de contarse a sí mismo, fechada desde la ciudad del Hudson, el 2 de noviembre, escribe: “Este trabajo no ejecutado hasta hoy, representa veinticinco años

de constante labor, pero se puede considerar básico respecto a la prehistoria de América, pues se demuestra claramente la unidad de las Religiones y Lenguas del mundo, obteniéndose por comparación el valor semántico de las voces y raíces de cualquier idioma con respecto a los factores sociológicos o del mundo físico, asistiendo, podemos decirlo, al nacimiento de los Dioses, de las Religiones y del Habla y Escritura que tienen la misma cuna”.

Una experiencia similar ha sido ensayada cuatro años antes, en el XXI Congreso Internacional de Americanistas, esta vez desde La Haya y Gottemburgo, ciudades de Holanda y Suecia, respectivamente. Asombra a su erudito auditorio con la sola presentación del esquema de su magno diccionario. Ha cargado, en esta oportunidad inicial, con un esbozo de lo que sería la obra terminada. Acostumbrados a oír los delirios de investigadores que nunca darán punto final a estos sueños de estudioso, dan parcial crédito al que creen nuevo engendro megalómano de la ciencia lingüística. Ignoran que quien les habla es el más persistente y sistemático de los lexicógrafos venezolanos y, quizá, de todo el continente americano. Ignoran –también– que la pasión que anima la savia de este autor está hecha con la convicción más recia. Fascinado por las culturas aborígenes ha querido volcar en la última de sus producciones todo el inconmensurable saber que sobre ellas ha acumulado desde sus años juveniles, signados por el descubrimiento de restos materiales de las culturas andinas prehispánicas.

En la sala neoyorkina del congreso, los americanistas mundiales, presididos por la figura magistral del gran Franz Boas, lingüista y etnógrafo como el propio estudioso venezolano, irán tomando forma las propuestas de las ciencias humanas del momento pensadas y dedicadas a la materia americana. El único venezolano que asiste, tanto a la reunión del año 1924 como a la de 1928, será Julio César Salas, primero de los científicos venezolanos en comparecer como ponente ante un congreso como éste. Pionero de altos alcances en esta materia, como en tantas otras, Salas va a presentarse sagaz renovador y ambicioso constructor.

Frente al autor del *Handbook of American Indian Languages*, el venezolano va a presentar los números finales de su larga investigación etnolexicográfica y va a consignar copia de los volúmenes que la sus-

tentan prodigiosamente. Toma la palabra y lee el exordio de su intervención, un elocuente llamado científico que da paso a la introducción de su ponencia del año 1924, seguida de las críticas filológicas al diccionario académico y del catálogo de las lenguas que ha puesto a dialogar en el concierto estruendoso de su monumental diccionario comparado. Constituirá la ponencia de Nueva York la suma de los apartados textuales que componen el informe completo de la investigación culminada:

Señores:

Saludo cordialmente a la representación mundial de las Ciencias Etnográficas, felizmente reunida en esta metrópoli merced a la iniciativa del Comité de Organización, presidido por un sabio de la valía del señor profesor Franz Boas.

Con ocasión del Congreso Internacional de Americanistas reunido en la Haya (Holanda) y en Goteborg (Suecia), en 1924, a cuyas sesiones asistí, tuve el honor de presentaros una pequeña parte del trabajo de los Vocabularios comparados de las Lenguas Indias de América, con las del otro hemisferio, labor que ha absorbido bastantes años de mi vida y que comprende hoy diez y seis volúmenes, en que alrededor de doscientas mil palabras pertenecientes a 505 idiomas y dialectos indios han sido puestas en orden alfabético y sistemáticamente comparadas con otros tantos idiomas de Europa, Asia, África y Oceanía, cuya lista os presento, así como el original de dicha obra que en los cuatro últimos años he logrado finalizar, y que os pido sea examinada debidamente, pues además de hallarse que el fruto ha correspondido al esfuerzo, podréis encontrar en ella una eficaz colaboración en vuestras particulares investigaciones respecto de los orígenes americanos.

Mis investigaciones me han permitido hacer reparos al Diccionario español respecto a las etimologías de las palabras en él contenidas, cuyas raíces al igual de las de otros idiomas son comunes, pertenecen a la misma semántica, o los vocablos son completamente iguales en significación y fonética; como muestra de las observaciones hechas a la Real Academia Española de la Lengua, podréis examinar algunas de esas voces, entre ellas las palabras *Imán*, *Soberano*, *Camisa* y varias otras, que he publicado en el diario *El Universal* de Caracas en 1927 y 1928, a que me refiero.

La comparación de las palabras trae de la mano el descubrimiento de la prueba incontestable de la afirmación teórica hasta aquí hecha por los investigadores, entre ellos el distinguido Profesor Max-Müller, Ernest Renan y otros, de que los vocablos del lenguaje universal están íntimamente unidos a las teogonías, pues es asombrosa la igualdad

en el fondo de todas las religiones, de acuerdo los principios o mitos con las palabras que los expresan, y me atrevería a afirmar también que la misma escritura son signos religiosos.

Lo mismo podemos decir respecto de las costumbres de los hombres en general, cuando son un producto secular, de los nombres impuestos a las cosas como a los animales y sobre todo a los elementos de la naturaleza como el agua, el fuego y el viento, que según lo creo, son la trinidad de todas las religiones. Encontraréis en un catálogo tan enorme de voces colocadas alfabéticamente el medio de penetrar de hecho en la semántica de las mismas palabras, que por sí mismas se van explicando. He aquí la obra, vuestra aprobación y la satisfacción que experimento al ver mi labor terminada es por ende bastante recompensa.

Julio C. Salas

Estas palabras iniciales y la fastuosidad exhibida por el diccionario de altos guarismos que ha consignado ante la plenaria del evento de notabilidades americanistas, no han podido pasar sin llamar la atención. Se trataba de una obra ambiciosa y compleja emprendida por un erudito al finalizar sus tareas sostenidas de investigador de la etnografía americana que, en su idea, siempre estaba relacionada y –más aún– condicionada por la fuerza de las lenguas. Más que asunto de lingüística, para Salas las palabras venían a ser restos vivientes del pasado y factores poderosos para conocer la cultura y religión de los pueblos que las usaban para algo más que comunicarse. Al contrario, las palabras eran libros de la gran biblioteca de las lenguas cuya biografía contaba la historia semántica que cada una llevaba a cuestas, bien de corto o de largo recorrido. Salas estaba convencido de ello y con este impulso había emprendido en los albores del nuevo siglo las tareas agotadoras que para 1928 habían llegado a logrado término.

Sin embargo, planean para este dios de las lenguas nubes oscuras sobre el futuro de su obra. Pasada la euforia del congreso, en el que confiesa que sólo será su recompensa la aprobación de los sabios y la terminación misma de la obra enorme, verá claramente el agudo problema de la publicación de un diccionario tan voluminoso y de una obra de tan difícil producción editorial. Sugiere en la *Página autobiográfica* que la única posibilidad de publicación debería correr como

empresa de una institución científica, meta nunca llevada a cabo hasta el presente. Así, la obra maestra de este dios lingüista duerme aún encerrada en los dieciséis minuciosos cuadernos en que fue elaborada por su autor, a la espera de la edición imposible, en que parece haberse convertido la publicación de los *Orígenes Americanos*.

Portando la intemperie de este legado lingüístico y etnográfico asombroso va a morir el año 1933, con la alegría de la labor cumplida y con la premonitoria desazón de que su magna obra quedará inédita por mucho tiempo. Comienza aquí, donde termina, la biografía de este sabio de metas logradas y de obra desconocida. Lento deshielo de una de las pasiones de investigación más prodigiosas que jamás hayan ensayado científicos venezolanos de la palabra.

El origen de los sueños

Nací el 11 de Enero de 1870, en la ciudad de Mérida, capital del Estado de su nombre, en la cordillera de los Andes de Venezuela; hijo legítimo del notable médico y literato Dr. Federico Salas y de Adelaida Uzcátegui, llevo apellido de vinculación histórica de las épocas coloniales y de la independencia de la provincia de Mérida del poder español, de la que mi abuelo Rafael Salas fue factor importante.

Así principia la *Página autobiográfica* que escribe en Nueva York, el año 1928. Informa este texto sobre su lugar y fecha de nacimiento, sobre sus padres y la profesión que ejercían y, muy especialmente, sobre la significación de sus apellidos, asociados a viejas y nobles familias andinas, honorables estirpes cuya historia contaba notables ejecutorias coloniales y republicanas de las que se entendía deudor satisfecho y comprometido continuador.

Ciertamente, Julio César Salas Uzcátegui nace el día 11 de enero del año 1870, en una casa ubicada diagonalmente a la Plaza Bolívar de la ciudad de Mérida, en la esquina que formaban las calles Bolívar y Vargas. Esta casa no sólo vería nacer al sabio, sino que, también, testificaría su trabajo de abogado y jurista como domicilio de su despacho y, con el correr de los años, como asiento de alguna de sus imprentas y como establecimiento de un comercio que idea para la venta de artículos de escritorio. Así, su casa natal lo va a ser, principalmente, como

lugar de nacimiento de sus pasiones laborales, intelectuales y creativas más entrañables: la palabra, la escritura y el libro.

Serán, también, estas tres cuestiones espirituales las que heredaría de su padre y por las que pagaría los mayores tributos toda su vida. Continuador de un patriciado del conocimiento que se perdía tiempo atrás, Federico Salas Roo va a anunciar con su tarea de médico y de escritor las glorias que sólo vendrían a llegar con su hijo Julio César.

Salas Roo será, a su vez, hijo del fundador de la estirpe: Rafael Salas (1797-1855). Prócer merideño durante la Independencia (participó junto al teniente Manuel Nucete de un alzamiento a favor de la causa independentista, en 1817) y agricultor y comerciante de reconocida trayectoria (en palabras de su nieto Federico Salas, recogidas en *Seis generaciones: 1797-1937. Páginas destinadas exclusivamente a la Familia Salas*: “fue en su tiempo el primer comerciante y agricultor de Mérida: sus fundos agrícolas se extendían desde las vegas cálidas donde se produce cacao y cañas hasta los páramos que rendían trigo, papas y habas”), Rafael Salas destinaría su vida al lado de su esposa, la señora Dolores Roo Pirela, nacida en Maracaibo, a la reconstrucción de la actividad agrícola en el Estado Mérida, maltrecha a consecuencia de la Guerra de la Independencia. Hombre de la tierra y terrateniente por partes iguales, sería el primer Salas en anunciar el carácter agrarista de la familia y en aportar el rasgo libertario y luchador con el que, en distintos ámbitos, estaría signada. Protagonista en aventuras de riegos altos, como con estilos diferentes también protagonizarían su hijo Federico y su nieto Julio César, Rafael Salas salvaría su vida del fusilamiento cuando, al ser apresado por el realista Tízcar en 1817, y habiendo sido condenado a muerte, veinte onzas de oro que recibe de una mano amiga logran reblandecer el corazón del carcelero para producir su evasión de la prisión que parecía hasta ese momento su última morada.

Tiempos felices y tiempos infelices, cargados de tareas de armas, de tierras y de inteligencia, van a tocarle a Federico Salas Roo (1837-1909) como para complementar el tono que, ya desde ese momento, se apropiaría de la estirpe Salas y de los que Julio César va a hacerse muy pronto partícipe continuador y promotor dedicado. La hoja biográfica de Federico Salas Roo va a ser representada con los tintes de lo singular y de lo seductor. El índice onomástico de las personalidades con

la que se cruza en vida y cuya ocupación suscita después de muerto va a producir un placer encantador, por insospechado: Cecilio Acosta, Francisco Michelena y Rojas, Adolfo Ernst, Aristides Rojas, Jesús María Morales Marcano, Tulio Febres Cordero y José Nucete-Sardi, entre otros. Éste último, quizá el más ferviente admirador de la familia de su esposa Julia, hija de Julio César, va a escribir, en la conmemoración del centenario del nacimiento de Federico Salas Roo, una síntesis que da buena cuenta de quién fue el padre de nuestro biografiado y de la paleta variadísima de asuntos en los que desgastó sus días. Oigamos por un rato la voz de Nucete-Sardi, convocada para comprender el saldo biográfico de Federico Salas Roo, la “Trayectoria de un hombre”, como si con ella quisiéramos ver anticipada la trayectoria de su hijo, Salas, el lingüista sabio:

Su padre [Rafael Salas] había actuado en la hazaña independiente en movimientos locales y luego, habíase entregado a la faena comercial y agrícola, mezclada como era natural, con la política. El hijo [Federico Salas Roo], -quinto entre los diez y seis que formaban la larga familia- hizo estudios de filosofía en Mérida e inició los de medicina en Caracas, pasando en 1856 a Francia. París y Montpellier ampliaron sus conocimientos no sólo en la ciencia que estudiaba sino en vida, que es ciencia ancha. Regresa a Caracas y a poco sirve como médico cirujano en el ejército del General Capó, durante la campaña de Barlovento. Terminada ésta, es nombrado médico del Hospital de variolosos de Caracas. Espíritu inquieto, un buen día abandona sus quehaceres capitalinos y se marcha con un sobrino del geógrafo Codazzi hacia los Llanos, a trabajar en ganadería. Casanare, Arauca y Sogamozo son regiones que presencian su esfuerzo en el comercio de ganados y caballos, en un intento de mejoramiento de razas. Regresa a Mérida, funda hogar y otro buen día se alza en revolución contra un gobierno dictatorial de la región. Con algunos compañeros váse a Maracaibo; buscan los rebeldes apoyo del General Southerland, levantan fuerzas en Trujillo, derrocan el Gobierno que actuaba en Mérida y anexionan la provincia a Maracaibo. El año 70 toma parte en la defensa de Caracas contra las fuerzas de Guzmán, el de la barba Tercer Imperio. Cuando llega la derrota, huye perseguido y vuelve a Mérida, donde los federales, sus enemigos políticos, en represalia, han hecho que su familia desaloje la casa donde habita para convertirla en cuartel.

Mientras la política y la guerra continuán su asechanza, entrégase a la agricultura, sufriendo las persecuciones de los federales. Establece comercios e industrias. Ejerce la medicina sin afán de lucro. Escribe para algunos periódicos; su palabra, en la tribuna,

recoge aplausos. Es profesor de la Universidad andina. Viaja a Europa en diversas ocasiones; coopera en el mejoramiento de la vida de la región, en la apertura de caminos, en la administración de empresas de interés público, y sigue los adelantos científicos de Francia divulgando en su provincia la ciencia que le llega en libros de ultramar. Admira a Pasteur y prepara la Sección de Botánica y Zoología del Estado Guzmán Blanco, mereciendo su trabajo los elogios de Adolf Ernst, Arístides Rojas y Morales Marcano, quienes lo hacen miembro de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas. Antes había viajado con Francisco Michelena y Rojas por el Orinoco y sus afluentes, por las selvas admirables de riesgo y peligro. Cecilio Acosta tuvo para él frases de alto elogio.

Como vemos, el padre de Julio César ha tenido una actuación muy destacada en la lucha armada y en la revuelta vida política de la Venezuela federalista. Adversa tanto a los caudillos regionales (y no se olvide lo sólida que es la tierra andina en esta materia), como a los nombres mayores del caudillismo nacional. Irá, en este sentido, contra Antonio Guzmán Blanco (“el de la barba Tercer Imperio”, en la magnífica formulación de Nucete-Sardi), y padecerá, en consecuencia, el costo de inestabilidad emocional y de riesgo que eso suponía. Su inquieta y múltiple personalidad, rasgos del padre que veremos potenciados en el hijo, se van a manifestar en actividades científicas y literarias y en la fragua de un carácter temerario y aventurero. Así, Federico Salas Roo conseguirá una brillante actuación en la ciencia médica caraqueña y merideña, como puesta a prueba de su formación francesa. Será, en esta materia, un espíritu ganado más a la filantropía que al lucro profesional. Durante el siglo XIX era frecuente que la Medicina fuera ejercida como ciencia rectora de las ciencias naturales (el doctor José María Vargas será en paralelo médico y botánico de excepción). En este sentido, va a interesarse por la botánica y la zoología, resultado de investigaciones de campo gestadas en sus exploraciones y aventuras de múltiple factura. También, estas vocaciones responderán a una necesidad por contribuir al mejoramiento de la agricultura de su patria chica y a la capacidad productiva de la región andina; condición que su hijo Julio César va a amplificar como misión educativa hacia el campesinado y como gestión inventora de nuevas tecnologías agrícolas (el etnolexicógrafo estudiará principalmente las aplicaciones medicinales de muchas plantas criollas).

Los capítulos aventureros en la vida de don Federico nos presentan a un espíritu de incontables seducciones. Desde la accidentada travesía marítima, en un barco de vela que dura casi tres meses, desde el puerto de Maracaibo hasta el de Marsella, a donde ha arribado con la intención de completar sus estudios médicos; hasta las sostenidas excursiones científicas y comerciales que emprende, primero con un sobrino del geógrafo Agustín Codazzi y, luego, con el explorador Francisco Michelena y Rojas, van a colorear la biografía del padre de Julio César Salas con tintes no poco atractivos.

Aunque no resulta fácil determinar cuáles fueron las tareas que Federico Salas Roo cumplió en la misión que el Gobierno de José Tadeo Monagas le encomendara a Michelena y Rojas en su prodigiosa exploración amazónica del año 1855, está claro que la sola vinculación en tamaña empresa, y a una edad tan temprana (debió contar con no más de dieciocho años), nos ofrecen hoy el talante de un hombre que desde joven tiene una vocación hacia la observación científica y hacia la satisfacción viajera. Los resultados de la empresa, que describiría por primera vez la hidrografía del Orinoco y corregiría algunos datos aportados por Humboldt, serían publicados en 1867, bajo el título *Exploración oficial por primera vez desde el norte de la América del Sur, siempre por ríos, entrando por las bocas del Orinoco, de los valles de este mismo y del Meta, Casiquiare, Río Negro o Guaynía y Amazonas, hasta Nauta... tocando las principales provincias del imperio...* Esta odisea resulta fascinante como gesta de navegación por los principales ríos del continente y hasta el mismísimo océano Atlántico.

La fortuna orienta también las pasiones emprendedoras del padre de Julio César hacia nuevas aventuras. Se dirige a los llanos colombianos a comprar ganado vacuno y caballar para importarlo a las sabanas venezolanas del río Arauca, yermas y arruinadas. Vence en la empresa, realizada en compañía de su amigo Codazzi, peligros variados y diversos: lluvias llaneras diluviales, plagas de innumerables zancudos, venenosos y feroces reptiles, días de calor extremo y de sol abrasador y enfermedades tropicales endémicas, entre muchos otros riesgos. Uno de sus nietos, de nombre homónimo, cuenta estos datos y refiere algunos incidentes sobre este Federico Salas Roo y su arrojo de arriesgado

viajero, en *Seis generaciones (1797-1937)*. Páginas destinadas exclusivamente a la Familia Salas:

El pequeño incidente que voy a describir ilustra bien la materia: pernoctando cierto día Salas y Codazzi en un caney, colgaron sus hamacas y en los extremos de ellas las botas de montar: al despertar Salas al día siguiente y calzar rápidamente el pie y vio aparecer la cabeza de una temible serpiente que se había introducido en el fondo; lanzó al aire la bota y ésta fue a caer sobre Codazzi, quien, espantado por aquel desagradable e involuntario envío, apenas tuvo tiempo de arrojarla a tierra.

Sin embargo, este perfil seductor de Federico Salas Roo apenas parece congeniar con el del profesional, el del intelectual y el del hombre público que comenzará a fraguarse a partir de 1870, año en que nace nuestro biografiado. Habiéndose casado en 1864 con Adelaida Uzcátegui Uzcátegui, el padre de Salas se hará fuerte en contra de Guzmán Blanco, participando los días 26 y 27 de abril de 1870 en la defensa de Caracas. Frustradas estas acciones, regresará a Mérida para, muy paulatinamente, ir virando su vida hacia caminos de trabajo más rentables en lo material e intelectual. Lo esperan labores agrícolas al frente de algunas propiedades dedicadas al cultivo del café (entre otras, las haciendas Santa Ana, La Liria, La Florida y El Brasil). En 1883 viajará a Nueva York para adquirir mercancías con miras a la apertura de la casa de comercio “Federico Salas e Hijo”, que funcionaría hasta 1905.

El científico y el literato de los que tanto se va a nutrir su hijo Julio César, va a desplegarse, primero, en las investigaciones para preparar la “Sección de Botánica y Zoología” con destino al Anuario del Estado Guzmán Blanco (nombre que recibía en ese tiempo el actual estado Mérida). En el mismo sentido, Salas Roo va a contribuir en los *Apuntes estadísticos del estado Mérida* (1877), de monseñor Jesús Manuel Jáuregui, elaborando las secciones “Animales de la fauna del Estado Guzmán” y “Madera, tintes, plantas medicinales, raíces, granos y frutos alimenticios”. Fue tan notable su participación en estas obras que será elegido, en reconocimiento a sus logros científicos, miembro de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas, a proposición de tres notabilidades de la vida científica venezolana: Adolfo Ernst, Arístides Rojas y Jesús María Morales Marcano.

Las raíces de todas las inquietudes de estudiante en Federico Salas Roo quedarán confirmadas por el hecho de que, muy por encima de los acontecimientos de una biografía no del todo serena, fue capaz de reunir una rica biblioteca. La referencia viene aportada por Julio César Salas que informa, en su nutritiva *Página autobiográfica*, sobre los pormenores de su primera formación y sobre la importancia que en su desarrollo tuvieron las lecturas hechas en la bien provista biblioteca paterna. Estas primeras lecturas determinarían, con el paso de los años, la materia de pensamiento que nunca más abandonarían al Salas científico, historiador y literato: “Apenas supe leer, los libros fueron mi pasión favorita; la variada y rica biblioteca de mi padre ofrecióme ancho campo y recuerdo haber leído libros de viajes, de literatura e historia natural, en una edad en que otros muchachos apenas hojean cuentos infantiles”.

Variada y rica, como su misma biblioteca, va a ser la gestión literaria de Salas Roo. Los momentos más brillantes de su carrera de hombre de pensamiento estarán dibujados por los discursos que pronuncia durante las celebraciones centenarias de los nacimientos de Andrés Bello y de José María Vargas, respectivamente, el 10 de diciembre de 1881 (erróneamente algunas fuentes señalan como fecha el 29 de noviembre) y el 10 de marzo de 1886. La imprenta curazoleña de la Librería de A. Bethencourt e Hijos publicará las dos piezas oratorias en un solo volumen el año 1889.

Elogiada por los escritores y críticos Gonzalo Picón Febres, Tulio Febres Cordero y Víctor Antonio Zerpa, la intervención de Federico Salas Roo en los actos merideños para conmemorar a Bello permiten hacernos buena cuenta de las cotas intelectuales que alcanzó y, además, del reconocimiento y respeto que sus contemporáneos le llegaron a brindar. En 1895, el bibliógrafo Adolfo Frydensberg consigna una referencia del discurso de Salas Roo sobre el humanista centenario en sus “Materiales para la bibliografía nacional”, que irían a engrosar las páginas del magnífico *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*. Por su parte, y para esta misma publicación, el erudito Manuel Landaeta Rosales menciona el nombre del autor merideño en su nómina de “Escritores venezolanos”, destacando la faceta oratoria de su obra.

Una reseña del acto de homenaje bellista de la universidad meridena, en el que además de Salas Roo actuó el bachiller Tulio Febres Cordero, reproducida por Juan Nepomuceno Pagés Monzant, en el *Anuario de la Universidad de los Andes desde 1790 hasta 1890 y de la Academia de Jurisprudencia de Mérida*, en 1891, ofrece la primera recepción sobre el Discurso de Orden de la velada: “La solemne ovación de la Universidad a la memoria de Bello se efectuó el 10 de Diciembre con toda la pompa digna de aquella fiesta de las ciencias. Llevó la palabra como orador de orden el señor Br. Federico Salas, quien recordamos con placer, dejó entusiasmada la numerosa concurrencia con su oración que puede calificarse de brillante y acabada, ya por lo correcto del estilo, ya porque, inspirado por la purísima gloria de aquel genio esclarecido, supo derramar en cascadas de elocuencia la preciosa y ejemplar vida del americano ilustre que consagró sus talentos al culto de las letras”.

Pero, ¿en qué radica la importancia atribuida a este discurso bellista? y ¿cómo pudo influir en el pequeño Salas, a la sazón de once años de edad, el modelaje de su padre, cuya fama de intelectual crecerá notablemente a partir de la lectura y edición de este discurso dedicado a evaluar el aporte imperecedero de Bello? Veamos en detalle, por un momento, la forma y el contenido de este texto tan celebrado.

Interesa, primero, resaltar que toda la propuesta de Salas Roo se sustenta sobre el principio de subrayar el valor de cultura que la figura del humanista tiene frente al belicismo decimonónico. Produce, entonces, no sólo la idea del símbolo civilizatorio que Bello tuvo y tiene desde entonces para las naciones americanas, sino, además, una recriminación latente sobre el atraso que para las jóvenes repúblicas ha tenido la exaltación de héroes sanguinarios, ganados sólo por la confrontación militar y, nunca, por el debate enriquecedor de la razón. En este marco de carencias, implora, nueva y angustiosamente, por el regreso de Bello:

No venimos aquí a celebrar la memoria de uno de esos ínclitos varones, egregios capitanes, que marchan al templo de la gloria a los vibrantes ecos del clarín guerrero y al resonar de los tambores, incendiando los corazones con el tumultuoso estruendo de las batallas; pero cuya espada, las más veces, se esgrime en detrimento de la justicia y del derecho: fama que se reviste con charcas de sangre y tiene eco lúgubre de un campo

sombrío y mutilado por las huestes del vencedor. No; la gloria de Bello es pura y pasará al través de las generaciones, como esas misteriosas armonías que avivan la fe y encienden la llama de la confraternidad justa y generosa. El nombre de Bello resplandece como el de esas auroras boreales, que iluminan vastos horizontes, y llevan al alma la gratísima fruición de luces multicolores, serenas y apacibles.

El orador va a recorrer toda la obra intelectual, científica y escrituraria de Bello para cautivar a la audiencia universitaria que lo escucha con la lección de progreso intelectual y de contribución universal que ella conlleva. Encantadoramente, asociará a Bello con la espiritualidad eterna que constituyen no simples autores sino saldos ecuménicos de cultura: “Hombre tan extraordinario por su privilegiado talento y por la suma de conocimientos, que en este respecto figura con brillo al lado de Aristóteles y de Humboldt”. En todo momento, la argumentación de Salas Roo es atravesada y conducida rectilíneamente hacia la herencia de estudio que Bello tendrá siempre que significar. Así, las palabras finales del discurso son invocación insistente para que la juventud entienda los altos valores que comporta una vida de estudio y la consecuente renuncia de toda innoble y materialista ambición:

¡Jóvenes de mi Patria! ¡Estudiad, estudiad! Que sólo el estudio ennoblece al hombre elevándolo por sobre el abrojo de las ambiciones bastardas, y es el más poderoso ariete para destruir el impuro templo que erige la soberbia, cuyo altar es el egoísmo y su símbolo la materia; sólo el estudio puede sacarnos de la asfixiante atmósfera en que vivimos, y es el mejor homenaje que podamos ofrendar a la Patria y a la excelsa memoria de Andrés Bello.

Hasta aquí puede seguirse la pista intelectual del padre de Julio César Salas. Su bellismo perdurará como ejemplo de humanismo y de honorabilidad. El llamado a la juventud estudiosa sería escuchado por el hijo, fortaleciendo su crecimiento como hombre de pensamiento y de ciencia. La presencia de este padre modelo y conductor acompañaría al hijo durante varias décadas más. Moriría en 1909, habiendo vislumbrado la futura jerarquía que el hijo alcanzaría, de la que ya daban buena muestra sus primeras realizaciones de estudioso (entre otras, su primera revista: *Paz y Trabajo*; y, su primer libro: *Tierra Firme*).

No es difícil pensar en la enorme influencia que sobre Julio César tendría la lección de moral y estudio que Federico Salas Roo, en compañía de su esposa y de una familia toda ordenada en tiempos de desórdenes e inestabilidades nacionales, había logrado dictar en su vida de luchador por la libertad, de empresario campesino conducido por el beneficio personal y público y de escritor hecho para la divulgación de la mejor espiritualidad venezolana.

Todos estos elementos volverán a estar activos en Julio César Salas, cuyos sueños han tenido en su padre el mejor de los orígenes. En cierta forma, la constante del futuro etnógrafo, etnohistoriador y etnolexicógrafo en los que Salas se convertiría, permanentemente condicionados por la idea de los “orígenes” de la raza, religión y lengua americana, venezolana y andina, podrían asociarse con el respeto y admiración hacia su padre, en el que el hijo ha visto el origen de sus propios sueños.

Los años de **construcción**

Hice estudios formales en la Universidad de Mérida, seguí la carrera de Jurisprudencia con las más altas calificaciones en todos los cursos y obtuve el grado de Doctor en 1893; incorporado al Colegio de Abogados fui recibido como tal y se me expidió el título correspondiente el mismo año, por la Corte Suprema de Justicia del Estado. En ejercicio de la profesión hice varias publicaciones, dicté conferencias y colaboré en varios periódicos nacionales. Habiendo desistido de ejercer la carrera de abogado, que en ciertos países no significa ciencia sino intriga, me consagré por entero a los estudios sociológicos e históricos al mismo tiempo que cultivé la hacienda de mi padre y fundé por mi cuenta dos haciendas de café, cuyos productos me proporcionaron una situación independiente.

El año 1875 la familia Salas Uzcátegui se domicilia en la Hacienda “Belén”. El ambiente campesino que vive Salas desde sus primeros días va a marcar en esta nueva residencia una de las constantes más determinantes de su mayoría de edad personal e intelectual. Una singular sensibilidad hacia las cosas de la tierra y hacia sus cultores atravesará todas sus gestiones adultas y, principalmente, se convertirá en uno de los flancos más recios de su labor de pensamiento. Quizá, como en muy pocos autores de su generación, biografía y obra van a estar plenamente condicionadas la una en la otra.

Los cinco años que vivirá aquí ocuparán al niño, no sólo en sus primeras vocaciones agrarias (para este momento simple convivencia na-

tural de un infante que crece en el campo), sino en sus primeros estudios formales. Será inscrito a los seis años en una escuela en Milla, en donde entrará en contacto con las enseñanzas básicas de cuentas y primeras letras y con el efectivo sistema tradicional de aprendizaje que en el país se había ensayado exitosamente durante todo el siglo XIX.

En paralelo, recordemos, el precoz Salas lee por espacios muy prolongados de tiempo los libros que ningún niño de su edad lee. Los libros infantiles o para niños, éstos que muchos institutores venezolanos han venido perfeccionando en lo que va de siglo XIX (siendo el más afamado el *Libro de la infancia, por un amigo de los niños*, escrito por Amenodoro Urdaneta y publicado en 1865), le aburren. En cambio, siente verdadera obsesión lectora y estudiosa fascinación por obras literarias, por tratados de botánica y zoología y, notablemente, por memorias de viajes. Y esta destacada trilogía temática en su primera vocación lectora será responsable de la posterior tarea de estudioso y de la permanente ejecutoria de vida en la que va a crecer. Así, se hará viajero impenitente y, todavía más, hará del viaje materia alimenticia de sus investigaciones y vehículo para comprender los fenómenos que estudia en contacto directo. Imaginación desbordada y conocimiento fidedigno fecundarán la idea del mundo extremada por libros de aventuras viajeras y por libros descriptivos de lugares fantásticos recorridos por el viajero (él mismo contribuirá con el género, al redactar, más tarde, el recuento propio de algunas de sus travesías andinas o europeas; como es el caso de su inédito "Diario de viajes por España", 1920). El rasgo literario de su escritura científica también nacerá en estos primeros acercamientos libresco y, está claro, también con ello dará comienzo a las pasiones más fuertes que llaman a su intelecto: el estudio de la prehistoria e historia de los hombres, entendido como reconstrucción y exploración permanente de sus idiomas, sus creencias míticas y religiosas y su etnografía.

Esta apacible y virtuosa reunión de imaginación literaria y realidad campesina continuará durante años para Salas sin otras modificaciones que las pautadas por los cambios de residencia dentro de la misma locación cordillerana. En 1880, la familia se traslada un poco más al sur de Mérida, a la vecina población de Ejido, otro de los enclaves más caros a los Salas. Vivirán en la Hacienda "La Florida". Este primer

período en Ejido, además, va a reportar, quizá, uno de los episodios que marcaría más agudamente la vida del niño y a perfilar con solidez su pasión por las disciplinas científicas del pasado. Se trata del feliz hallazgo de un antiguo cementerio indio que despierta y alimenta en Salas la fascinación arqueológica y que encamina sus intereses hacia la encantadora investigación de la prehistoria andina, coincidiendo con los que más tarde serán sus maestros o sus compañeros en las mismas vocaciones: José Ignacio Lares, Tulio Febres Cordero, Américo Briceño Valero, Amílcar Fonseca, Alfredo Jahn o Mario Briceño-Iragorry. La pasión arqueológica de Salas seguirá desarrollándose con las mismas dosis de emoción que en la oportunidad del primer descubrimiento, repitiéndose experiencias similares. La segunda reseñable por su importancia será la ocurrida muchos años más tarde, en 1894, en la misma Hacienda “La Florida”, al desenterrar varias sepulturas indígenas y gran cantidad de objetos precolombinos que irían a engrosar su propia colección arqueológica, una de las más ricas de su tiempo y que en algún momento fue enviada por él al doctor Caracciolo Parra para el Museo de la Universidad de los Andes (cuya comisión reorganizadora integraría Salas a partir de abril de 1910, por expreso mandato rectoral) y que, en la actualidad, reposa en el Museo de Ciencias, en Caracas (señalará el hallazgo en sus *Notas históricas e íntimas*: “descubren unos peones multitud de sepulturas de indígenas y entre ellas y en medio de los restos, instrumentos de música de barro, hachas y lanzas de piedra pulimentada; todos estos objetos así como una calavera”). Para mayor evidencia, su archivo personal ha conservado once “Fotografías de objetos indígenas de la época precolombina” (El profesor Andrés Márquez Carrero incluyó algunas de estas fotografías en su libro compilatorio de documentos y materiales diversos sobre el sabio: *Julio César Salas a través de su vida y de su obra*, que, elaborado en 1978, quedó sin publicar. Podemos ver en el “Catálogo de objetos indígenas”, ordenado por el propio Salas, un conjunto numeroso de piezas, tales como: ídolos de piedra o de barro cocido, amuletos, chorotes de barro cocido en forma de trípode, hachas de sílice, ollas, cántaros y múcuras, entre muchos otros, fundamentalmente de grupos indígenas andinos. Estos objetos colectados dan buena cuenta de la pasión arqueológica y paleontológica de Salas y de la utilidad que esa pasión

le reportó en su estudio sobre los orígenes precolombinos andinos y venezolanos. También, como homenaje de sencillo reconocimiento por parte de Amílcar Fonseca, aparecerá un retrato fotográfico de Salas, acompañado por otro de Alfredo Jahn, en los anaqueles de la colección de piezas precolombinas que, como Salas, atesoraba el estudioso trujillano).

Sin embargo, en 1883 vemos a Salas ingresar en la Universidad de Mérida inscrito en un curso de Gramática Castellana. Con tan sólo trece años, empieza ya a dar cabida a sus obsesiones lingüísticas y a armarse con las herramientas teóricas necesarias para sus grandes empresas futuras de descripción y estudio de las lenguas. Con esta intención, además, al año siguiente se matriculará para estudiar latín en la misma institución y movido por los mismos intereses generales de formación.

A partir de este momento, el joven Salas parece entender que la consecución de sus estudios formales es sustantiva para alcanzar las enormes metas de investigación que, en algunos casos, ya parecen perfilarse sin equívocos. Se matricula en la universidad para dar inicio al llamado Trienio Filosófico, una suerte de *Trivium* moderno conservado por la vieja universidad andina. Estudia, entonces, además de disciplinas humanísticas, ciencias físicas, que abarcaba geometría y trigonometría, durante el primer año (segundo del trienio), y cosmografía, geografía y cronología, durante el segundo (tercero del trienio). Transcurridos los años 1885, 1886 y 1887 y los cursos respectivos, recibirá, en 1888, su primer título: Bachiller en Ciencias Filosóficas.

Sin solución de continuidad, Salas no dará descanso a sus ansias de saber y continuará con la carrera de Ciencias Políticas. A partir de ese año 1888 y hasta 1893, en que recibe el título de Bachiller en Ciencias Políticas y emprende el camino final hacia su doctorado, que culminará el 17 de diciembre de este último año, no cesará en sus empeños de formación. Por otra parte, su dedicada afición al estudio, conservada hasta los días finales de su vida, no le impedirá comprometerse con sus primeros cargos públicos, entendidos como parte de su aprendizaje profesional, ni tampoco, dar libre curso a sus primeras publicaciones, fundamentalmente de tema jurídico, aparecidas en los periódicos *El Derecho*, durante 1891, y *El Eco de los Andes*, ya en 1893; siendo

la más destacable su “Estudio sobre derecho penal español”. Ejercerá, en 1890, de Escribiente en el Juzgado de Primera Instancia en lo Criminal y de Segundo Vocal Suplente en la Corte Superior de Justicia del Estado Los Andes (nombre oficial en ese tiempo), desde 1893 y hasta el año 1901. Asimismo, ocupa la plaza como Primer Suplente de la mencionada institución judicial, cumpliendo en ella labores como Relator. Sus biógrafos consignan, también en esta época, una pasantía muy formativa en el despacho del doctor Abel Santos.

En torno a sus escritos iniciales y a sus emocionadas primeras apariciones impresas, auténtico bautizo del escritor que recién nace con ellos, hay que remontarse al quincenario merideño *El Derecho*. La temática de la publicación reza: ciencias, política, literatura, moral y noticias generales. Comienza a aparecer el 18 de marzo de 1891 y tendrá durante ese año su actividad editorial fundamental, a cargo de una plantilla de redactores iniciales compuesta por los bachilleres Eliseo Vivas, M. Contreras Trocóniz, Antonio Quintero Rojas y Alfredo Carrillo. Queda la edición y administración en manos del también bachiller Miguel R. Nucete. El cuerpo de redacción va a ir consolidándose en la medida en que corre el año de edición con los nombres de Marcial Hernández Salas, José A. Martínez y con el del propio Salas. Consta así, en una nota titulada “Nuevos redactores”, que aparece en la edición del 15 de abril, correspondiente al tercer número del periódico: “Nuestros estimables amigos Bachilleres Julio C. Salas y José A. Martínez, identificados con nosotros en ideas y propósitos, aparecen desde hoy como nuestros compañeros de redacción. Nos es altamente satisfactorio comunicarlo a los lectores”. De esta forma, *El Derecho* va a suponer para Salas, además de su nacimiento como escritor publicado, el de su aparición en el mundo editorial, del que dará, un poco más adelante, buenas muestras al frente de *Paz y Trabajo* y *De Re Indica*, sus dos aportes maestros, a este respecto.

Serían dos, al menos, los artículos con los que Salas contribuye para el mencionado quincenario. Sus títulos son “Polilla literaria” y “El Derecho de Mérida a la Costa Sur del Lago de Maracaibo”. Aunque no firmados, su autoría queda confirmada en el “Inventario del material existente en el Centro de Investigaciones Lingüísticas Dr. Julio César Salas, relativo a papeles personales del ilustre merideño”, elaborado

por la Biblioteca Nacional durante las tareas de catalogación de los materiales inéditos que comprenderían la donación de todo el enorme archivo de Salas a la nación, el año 2000 por parte de la Fundación Julio César Salas en nombre de la familia del sabio merideño. Los manuscritos de estos artículos, cuyos originales reposan hoy en la Sala Tulio Febres Cordero de la Biblioteca Nacional, en Mérida, constituían cuatro folios para el primer caso, y dos, para el segundo; y sus títulos, sustantivamente los mismos: “Polilla literaria” y “Mérida y sus derechos a la costa sur del Lago de Maracaibo”, respectivamente. Se impone detenernos a considerar algunos aspectos concretos de estos textos, tomando en cuenta la importancia que revisten como primeras publicaciones de nuestro biografiado.

“Polilla literaria” es, pudiéramos correr el riesgo de catalogarlo así, un artículo de costumbres. Emblemáticamente, el protagonista es un bibliómano, un apasionado obsesivo de los libros, uno de “aquellos desgraciados que se forjan la ilusión de tener libros propios y para su uso exclusivo”. Refiere la historia de don Ciriaco Valbuena y de su biblioteca de trescientos volúmenes. Modelo de cultura e intelecto para el pueblo, su notabilidad viene dada por su sabiduría y por la numerosa prole bibliográfica que había coleccionado. El relato va a contar las desdichas de este hombre acosado por los préstamos de sus libros que debe hacer a algunos singulares personajes de su pueblo. Lo visitan, por interpuestas personas, primero, doña *Duviges* que pide para su hija las *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand, entre otros favores (como que le preste unas gacetas para envolver queso y carne y que le anote el significado de la mejorana, pues lo pregunta la curiosa hija de la doña pedigüña); después, el cura que, nada más ni nada menos, le pide prestado el *Diccionario de la Academia* y una novela interesante del estilo de *El Conde de Montecristo*; seguidamente, el tercer requerimiento lo hace doña *Paráclita Tembleque*, quien solicita una novela y un “Libro de los destinos” (de horóscopo, diríamos hoy) (doña *Paráclita* ha llegado tan lejos que ha requerido que don Ciriaco le entregue el pedido personalmente, pasando por un sin fin de penalidades); y, por último, un amigo que se introduce libremente y en ausencia del dueño en la biblioteca y sale “con las obras escogidas de Quintana, bajo el brazo”. La elocuente conclusión a tan

simpática y realista reflexión sobre la torpeza de prestar libros y sobre el abuso de los que nunca han hecho el esfuerzo de tenerlos, feroces polillas humanas, no puede ser sino la que narra el desventurado e incauto bibliófilo:

Hoy he vuelto en mí; dijéronme que hacia diez días estaba con fiebre y delirio, en el cual mentaba a Eduvigis, al Cura, a doña Paráclita y a los amigos. Por esto comprendí haber estado muy enfermo y hoy, ya convaleciente, te hago saber esta mi historia, de la que sacarás no lo dudo, la moraleja, o pones a salvo tus libros, si es que alguno te ha dejado la polilla literaria.

“El Derecho de Mérida a la Costa Sur del Lago de Maracaibo” presenta otro tono y aborda otro tipo de asuntos. Habla en este artículo el abogado y el merideño orgulloso de su tierra. Todo se desarrolla a partir de un problema de límites entre el estado Zulia y el estado de los Andes, en donde a esta última región se le niegan los derechos sobre la costa sur del Lago de Maracaibo, específicamente donde fue fundada la población de Gibraltar. El proceder del articulista es aquí, además del propio de un jurista y conocedor de leyes, el de un historiador al servicio de la causa justa. El interesante alegato, debidamente documentado, irá a redundar en los derechos plenos que asisten a los defensores de la causa merideña. Este texto temprano ya anuncia al investigador acucioso y al vindicador de causas nobles, facetas de las que Salas hará honor en sus obras mayores, aún por venir.

La solidez que a su vida personal le han ofrecido la culminación de sus estudios universitarios y el asentamiento de su profesión permitirán a Salas que piense en constituir familia, de la que será el patriarca más querido y admirado. Su larga descendencia será, además, motivo de orgullo personal y garantía de perpetuación de su memoria, como en efecto lo ha sido. El 12 de enero de 1895 llevará al altar a doña María Ruiz Celis, hija del propietario agrícola don Carlos F. Ruiz y de doña Josefa Celis. La prodigalidad del matrimonio se dejaría sentir, muy especialmente, en los seis hijos que la pareja tuvo: Carlos (n. 10 de octubre de 1895), Gracia Luz (n. 16 de febrero de 1897), Julia (n. 1° de abril de 1899), Henrique Federico (n. 3 de marzo de 1902), Olivia Estela (n. 3 de mayo de 1907) y César Armando (n. 10 de julio de 1911). Haría carre-

ra académica César Armando, que llegaría a alcanzar notable especialización como médico dermatólogo en el Hospital Vargas (lo había sido ya como asistente en el parisino Hospital “Saint-Louis”) y como jefe de Clínica Dermatológica de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela, transitando exitosamente la investigación en torno a patologías cutáneas, al publicar algunos de sus resultados (entre otros: *Contribución al estudio de las dermatitis profesionales en Caracas*, 1951; y *La acidificación de la piel en algunas dermatitis profesionales*, 1953). Henrique Federico, aunque vivió en Estados Unidos, se dedicaría a la agricultura en la Hacienda “Belén” y al comercio en Mérida. Gracia Luz y Julia estudiarían en Curazao en el Colegio Welgelegen, regentado por monjas holandesas (la mayor quería estudiar odontología en la Universidad de Los Andes, pero a su padre no le pareció conveniente que una señorita como ella así lo hiciera). Finalmente, Olivia, estudiaría inglés. En su autobiografía, escrita en 1928, Salas se limitará a aportar sobre ellos una observación de contenida ternura: “tengo varios hijos e hijas, y hoy soy abuelo con siete nietos”.

La cada vez más creciente preocupación de Salas por la problemática del campo venezolano, andino y merideño especialmente, y en torno al atraso en la utilización de nuevas tecnologías, van a ocupar parte de su tiempo durante el año 1896 y a lanzarlo a la escritura de una serie de artículos de tema agrícola que aparecen publicados en el periódico *El Comercial*.

En este afán por conocer la tierra y, más aún, la geografía de la región, Salas va a participar de una excursión nada común para su tiempo. Se trata del hecho singular de ascenso a la Sierra Nevada, el año 1898. Junto a su amigo Ulises Pardi y formando compañía nativa a la expedición del farmacéuta, botánico y naturalista francés P.H.G. Bourgoin, discípulo de Jean Baptiste Boussingault, empeñoso investigador de la fitogeografía de la cordillera andina y el primero en conquistar esas alturas en 1868, logrará Salas alcanzar la cima el Pico “El Toro”, una de las alturas más espléndidas y curiosas de la Sierra que tutela la ciudad de Mérida. La impresión causada en Salas por esta magnífica e irrepetible experiencia de explorador quedará consignada en uno de sus escritos inéditos: “Una excursión a la Sierra Nevada de Mérida. Andes venezolanos”, diez folios fechados el 23 de diciembre de 1898.

Para este momento, Salas ya ha dado manifestaciones de seguridad sobre lo que quiere sea su destino como hombre de ideas y acción. Su implicación con las tareas de agricultor-terrateniente cada vez van a ser más fuertes. Entrecruzadas con estas labores, el crecimiento del estudioso y del luchador intelectual parece consolidarse día a día. Es así como entiende que la tribuna periodística resulta vehículo fundamental para denunciar, reflexionar, promover y zanjar muchos de los debates y discusiones que en la Mérida de finales del siglo XIX se hacen cada vez más agudos. Por una parte, tendrá muy presente el problema particular de la tierra en conexión con el problema general de los límites políticos del Estado Los Andes. Por otra, la necesidad de abrir caminos de socialización y ciudadanía en la montañosa constitución de los habitantes andinos, ultraconservadora y desconfiada hacia los cambios. Todos estos temas sustantivos no puede Salas dejar de verlos en sintonía con la historia y la estética. Va a entenderlos en la compleja relación que supone ver al hombre condicionado por el peso de la tierra y por las tradiciones mentales que le impiden entender las claves para el progreso. Así, confiará en la reflexión histórica y en la creación literaria como entidades ductoras y propiciatorias de muchas de las soluciones: una idea por comprender el pasado para poder reinventarlo.

Cargado con este arsenal espiritual, ideológico y emotivo (y a la espera de *Paz y Trabajo*, la más clara manifestación de este proyecto), va a fundar, junto con su primo Marcial Hernández Salas, en 1899, el periódico *Mérida*, cuyas banderas de interés serán, como era lógico pensar, la política y la literatura. Escrito a cuatro manos, el primer editorial de la publicación, titulado “Nuestros propósitos” y de fecha 28 de enero, ofrecerá la razón de ser del periódico y “la cuestión palpitante” (y aquí la referencia a su admirada condesa de Pardo Bazán, sobre la que había escrito ya en 1891, no es una casualidad lingüística, sino una intención esclarecedora), ese espinoso asunto de las autonomías federales y de la soberanía de Mérida, que lo anima:

Con la fe en el corazón, lanzamos hoy al público este papel periódico, síntesis de una noble idea que vive y palpita hoy en todo corazón merideño. La autonomía de las antiguas entidades federales, cuestión palpitante y tendencia de la República toda; de la cual el digno magistrado que rige hoy los destinos nacionales es firme apoyo; debe traer

por consecuencia indudable que Mérida asuma hoy su carácter de entidad soberana. La Juventud de esta sección de la República siente necesidad de encarnar esos nobles ideales y de dar forma al amor que experimenta todo buen ciudadano por el suelo en que nació.

Mérida ha despertado ya, sus hombres buenos se han convencido que es ingratitud manifiesta permanecer indiferentes a su suerte, y que son responsables si su indolencia hace nulo el progreso en el camino de la perfectibilidad material y moral, aspiración constante de la humanidad.

Estos estados de ánimo intelectual parecen hacerse sólidos en un Salas que se asienta, ahora, en una de las propiedades cedidas por su suegro, la Hacienda “Belén”, que va a significar uno de sus estandartes agrícolas más rotundos. En este sentido, las páginas de *Mérida* le van a servir de mucho en la delimitación de sus propias ideas y del proyecto de civilidad que ya parece presentársele con preciso y precioso delineado. De su autoría, firmados o no, va a publicar en este periódico, al menos, cuatro artículos: “Origen de las orquídeas”, “Debe y haber”, “Réplica” y “¡Por un paraguas!”, respectivamente aparecidos en los números primero, segundo y tercero de la publicación. Responden, milimétricamente, estos cuatro textos a las dos motivaciones centrales que lo atormentan por estos años, no otras que las que tipifican la propia publicación en la que aparecen: la política y la literatura. Ciertamente, “Debe y haber” y “Réplica” están enmarcados dentro de la palpitación de ciudadanía, libertad y justicia por la que clama el abogado combativo que es, el propietario progresista que se desarrolla en abiertos ejercicios y el sociólogo que será. Por su parte, “Origen de las orquídeas” y “¡Por un paraguas!” vienen ofrecidos por la palpitación estética que le es propia a su gestión de escritor ganado por el costumbrismo y el tradicionalismo, dos géneros muy luminosos de su tiempo literario, formas híbridas para documentar los rasgos sociales y su crítica y para testimoniar los triunfos y caídas de la historia menuda.

En este tenor, los textos literarios de este período de crecimiento intelectual y de orientación vocacional van a mostrar, ya indistintamente, las materias que Salas en las próximas décadas desarrollará hasta convertirse en el autor sensibilizado hacia la reconstrucción del pasado precolombino de la región andina, rastreado en evidencias etnográficas, y del pasado hispánico merideño, reconstruido a partir de

documentos de archivo. Cada uno a su manera, los artículos “Origen de las orquídeas” y “¡Por un paraguas!” van a exhibir ya estas dos opciones en las tareas del futuro investigador.

Trata el primer texto de una tradición andina de estirpe indígena, historia de conquistas y de tesoros incontables, de indómitos guerreros y de temerosos fugitivos, de entregados amantes y de desconsolados cautivos. Su protagonista es una heroína de nombre Actizol, hija de un cacique y cuyo nombre, “en lengua indígena”, significa “beso del cielo”. La tristeza de su vida viene compensada por el arrojo y fortaleza de su carácter y belleza para la defensa de su amor por Híklar, su amoroso amante y guerrero valeroso. La tragedia arriba a la vida de los amantes cuando son alcanzados por el enemigo al borde de un precipicio. Herido, Híklar rueda por el abismo y, en acto de entrega fatal (ática, isabelina o romántica), Actizol, “de amor y miedo poseída”, se lanza desesperada tras su amante, para ofrecerle su postrer beso, homenaje mortuorio de insondable amor.

El segundo de estos interesantísimos textos descubre el telón de otras escenografías. Su actor central es un hidalgo castellano y cristiano viejo de nombre don Pedro de la Cueva, hombre de existencia tranquila y sosegada a quien en la Mérida colonial se le somete a un juicio que demuestre su verdadera hidalguía de sangre (sin una pizca de sangre mora o judía) y, más aún, que justifique para su moderación su comportamiento noble y arrogante sólo aceptado para un Capitán General. Cuenta cómo un día, ya en posesión de todas sus prendas y atuendos llegados de España, se dirige en Jueves Santo a la iglesia, acicalado en extremo para deslumbrar a una dama enamorada, y causa conmoción entre los feligreses allí congregados con humildad y recogimiento. He aquí el relato de los hechos:

Aunque nuestro buen hidalgo se encontraba perfectamente bien con aquel existir plácido y sereno; de tal manera que le horripilaba la idea de volver a España o lanzarse de nuevo a los negocios; dispuso su mala suerte las cosas de otra manera: y un jueves santo por más señas, quizá flechado por algunos ojos negros, se le antojó voltear sus baúles y sacar a relucir cívicos arreos, conservados entre las hojas de tabaco y fragante vainilla. Púsose pues, de veinte y cinco alfileres como dicen: sombrero de tres picos, capa, chupa y justillo con chorrera de riquísimos encajes, calzón de rodilla, medias de seda, borceguíes

de tafílete negro con hebillas de plata, amén de empolvado colete, espadín y paraguas. Listo ya y de tiros largos completos se dirigió a la iglesia majestuoso y grave, llevando por bastidor a un indiecito portador de una gruesa alfombra. Lela la gente, que a su paso encontraba, cedíale respetuosamente el campo: mas al pasar por en medio de las filas de curiosos situados en el altozano del templo, provocó entre ellos aquel tren de Capitán General tal escándalo y enojo, que dejaron sin contestar el atento y cortés saludo de Don Pedro, el que algo mohino penetró en la iglesia y fue a tomar puesto en los escaños destinados al alcalde, regidores y próceres, quienes en vista de tal atrevimiento como movidos por un resorte, abandonaron en masa sus puestos y saliéndose a la calle encaminaron sus pasos a la casa del ayuntamiento.

Citado a declarar por tal desaforada e irrespetuosa forma de comportamiento, e instruido el expediente, se le conminó a dejar el espadín y el paraguas, instrumentos sobre los que recaía embargo delictivo. En manos de las leyes, el desventurado caballero tuvo que demostrar la limpieza de su sangre en documentaciones solicitadas hasta en la mismísima Real Audiencia y tuvo que viajar a España para presentarse en el Consejo de Indias para los mismos fines. Alcanzadas todas las confirmaciones sobre su nobleza, le fueron devueltas las pertenencias decomisadas, sin quedar claro si entre ellas venían las más comprometedoras de ellas: el espadín y el paraguas: “Aquí termina la tradición, sin referir si estas dos últimas prendas le fueron devueltas, o como sucedía frecuentemente corrieron la suerte de las cosas que andaban en manos de oficiales de justicia”.

El incipiente escritor, como si imaginara el gran historiador que llegará a ser, se permite encabezar esta tradición con una nota que resalta el interés de este tipo de relatos históricos para el conocimiento de las jóvenes naciones liberadas del régimen español, una pugna por aceptar o no la mayoría de edad que los nuevos territorios iban a exhibir y exigir y de las increíbles situaciones que lo aparentemente insustancial puede tener en nuestros dominios socioculturales (algo similar a lo que más tarde se entendería como realidad maravillosa de lo americano): “Para probar este aserto y como muestra de la infantil sencillez de aquellos benditos tiempos, historiaremos aquí el largo y dispendioso proceso a que dio origen el inconsulto uso de un paraguas”. En otra consideración, la nota introductoria se inicia con una

reflexión muy seductora sobre la fascinación del investigador de archivos y de papeles históricos como posibilidad de descubrir el espíritu de los tiempos dorados. Estas palabras, indiscutiblemente, son una confesión del autor y la mejor definición de una práctica que ensayaría en su dedicada vida de estudioso. Salas y su idea del pasado quedan con ellas perfectamente retratadas:

¡Qué grata fruición se experimenta al exhumar el recuerdo de otras edades, consignando en rancios y olvidados pergaminos; leer esas viejas crónicas de hechos ya remotos a los que el tiempo, mágico poderoso, revistió con la pátina del encanto que el pasado siempre tiene!; vino generoso conservado largos años y rico en incitante y suave aroma. Épocas añejas, tiempos de feliz ignorancia, edad de oro, si la comparamos con esta menguada que alcanzamos en que huérfanos de virtudes cívicas, hasta la esperanza de mejorar hemos perdido.

Una vez alcanzados estos logros intelectuales que dibujan la faz inequívoca del estudioso y del escritor, Salas va a culminar sus tareas de abogado. Ciertamente, al promediar un poco más de treinta años, obtendrá una participación muy destacada en el llamado “Caso Lamus”, quizá la corona de sus actuaciones como litigante. Corre el año 1901 y se sucede una demanda que interpone el señor Clemente Lamus contra los señores Ezequiel Dávila, José del Carmen García y Emilio Maldonado, todos propietarios y vecinos de Mérida, debido a que el demandante busca revalidar la antigua usurpación de una acequia de agua que provenía del río Albarregas y que los demandados usaban ilegalmente. El pleito, que tenía un origen muy remoto, implicaba, coincidentemente, a la abuela de Salas, doña Dolores Roo de Salas, dueña de la Hacienda “Santa Ana”, que había permitido que la acequia pasara por su propiedad rumbo a la “Liria”. Lo curioso de la demanda y lo singular de la situación motivan que Salas, además de actuar en defensa de sus clientes, escriba un folleto de cuarenta y ocho páginas para explicar las rarezas del caso y para apuntar las irregularidades sobre las que estaba asentado. Cumplida esta publicación, que titula *Historia de una demanda temeraria*, se precipitan para su autor una cadena de sucesos personales impredecibles, como secuelas del extraño proceso judicial.

Primero, renuncia a su cargo como miembro suplente de la Corte de Justicia del Estado Mérida para no ser motivo de presiones en el caso (como consta en un oficio dirigido a Salas, conservado en el archivo personal del doctor Luis Alberto Tinoco Arria, hoy en custodia de la Fundación Salas, en donde éste acepta, el 1° de julio de 1901, la renuncia de aquél al cargo: “Di cuenta al ciudadano Presidente Provisional del Estado de su oficio fecha de ayer, en el cual manifiesta Ud. que motivos inherentes a su profesión de abogado le obligan a renunciar al cargo de 1er Suplente de la Corte Suprema, por virtud del cual ha venido Ud. ejerciendo en dicho tribunal el puesto de Relator”). Después, presiones que llegan muy pronto convertidas en persecuciones, hacen que Salas se oculte en casa de un amigo hacendado, viajando a Caracas para fugarse más tarde a Maracaibo en una aventurera travesía en piragua y exiliándose momentáneamente en Curazao. Todas estas acciones no van a evitar, fatídicamente, que a su regreso al país sea puesto preso por espacio de dos semanas, en la cárcel caraqueña de La Rotunda, la más abominable prisión de la época, en clara demostración de las implicaciones políticas que el célebre juicio conllevaba y de las represalias en contra del escrito de Salas que sacaba a la luz todos los detalles del caso y ponía en evidencia a sus actores principales.

El ingrediente político, como vemos, no estará ajeno a este lamentable episodio en la biografía de Salas. Su clara y abierta discrepancia con el gobierno del general Cipriano Castro, el caudillo tachirense que se encumbra en el poder, van a incidir en la toma de decisiones de tanta adversidad. No va a contribuir favorablemente, tampoco, la situación de inestabilidad política del año 1901 que vive el gran estado Los Andes, en pleno auge de la Revolución Libertadora que, capitaneada por el banquero Manuel Antonio Matos, intenta desplazar al generalote montañés, que ya preside los destinos nacionales desde hace dos años. En todo este desconcierto, Salas va a mantener firme su aversión hacia el dictador, hacia la camarilla de sus seguidores y, muy enfáticamente, hacia las ideas de un gobierno incivilizado que en nada podrá representar la noble factura del pensamiento progresista de Salas. También para él, los días de Cipriano Castro van a dejar huellas nefastas y sabores nada gratos (uno de los rasgos de pensamiento que acercan a Julio César Salas con su sobrino Mariano Picón-Salas).

Superado el temporal judicial y casi diciendo adiós a su carrera de derecho, Salas va a ocuparse, a partir del año 1903, de llevar a buen término la siembra de tabaco habano en la Hacienda “Agua Caliente”, propiedad de su suegro.

Estos años de construcción han supuesto para Salas, además, años de guerra y de paz, personal o pública, para la constitución moral e intelectual de su espíritu tolstoiano, ganado por la fuerza de la tierra y por la noción de igualdad y socialización, y sobre el que volverá tantas veces a lo largo de su vida. Con esta experiencia riquísima a cuesta y fortalecido por ella, los días, ahora, de paz y trabajo ya tocan promisoriamente a su puerta.

El trabajo de **la paz**

Como órgano de mi explotación agrícola publiqué en una pequeña tipografía adjunta a la Hacienda Agua-Caliente la hoja periódica titulada Paz y Trabajo, de circulación gratis y con artículos variados de Agricultura, Comercio, Industrias y aún de Economía Política y de Historia regional, en que aprovechando multitud de documentos inéditos de los Archivos de Mérida empecé la publicación de la Historia de la Conquista y Población de Mérida y otras Ciudades de Venezuela.

Al salir de La Rotunda, Salas va a regresar a Mérida. Convencido de la inutilidad de la lucha por la vía de una política malsana y de una justicia absurda, movidas una y otra por los intereses personalistas más inocuos y vesánicos, llegará a su tierra natal para, desde la distancia equilibradora, observar los desarrollos cruentos y faltos de sentido que todavía el país debe padecer, como últimos residuos de los viejos caudillismos. Las recientes experiencias por las que ha pasado no hacen sino afianzarlo en los ideales civilizadores que van a ir cobrando, cada vez con más fuerza, sentido en su pensamiento y en su acción. Sin embargo, no imagina que aún tendrá que verse con la dictadura de Castro, como más adelante quedará referido.

Va a dedicar todo el año 1903 a la siembra de tabaco en la Hacienda “Agua Caliente”, propiedad de su suegro, con miras a la producción e industrialización de habanos. En Ejido, espacio de estos anhelos, lo-

grará instalar, en sociedad con el señor Ostilio Gelsi, la Fábrica “Cabañas” destinada a la producción de tabacos puros y cigarrillos, al promediar el año 1904 sus primeros momentos. Finalmente, con esta empresa logra satisfacer la vocación comercial que la familia Salas ha tenido desde los tiempos de don Federico Salas Roo, quien había fundado diversos establecimientos, floreciendo el último de ellos, “Salas Hermanos”, dedicado a la importación y venta de mercaderías. El periódico merideño *El Comercial*, en su número 24, correspondiente a 1895, da cuenta publicitaria de los magníficos vinos importados por la empresa familiar de los Salas: tintos de Burdeos, aleáticos de Capolireri, dulces para consagrar, italianos, vermouth Falli Cora, champagne Carte Blanche y brandy de las casas Martell o Hennessy.

Sin embargo, la empresa tabacalera de Salas va a presentar un rasgo muy nuevo frente a las anteriores de la familia. No es otro que servir de plataforma económica para iniciativas no comerciales. Así, y en paralelo, Salas va a fundar una imprenta y un periódico de intereses agrícolas, comerciales y culturales. Registrará a la primera como *Tipografía de la Fábrica “Cabañas”*; y al segundo lo bautizará con el sugestivo y emblemático título de *Paz y Trabajo*, apareciendo su primer número el 1° de agosto de 1904. De circulación gratuita en el estado Mérida, se encargará Salas de redactar íntegramente los artículos y columnas regulares de la publicación, así como en la imprenta haría él mismo las veces de tipógrafo y operario de imprenta, no permitiendo recibir colaboraciones ni remitidos de ninguna índole (una nota en el número 40, del 24 de octubre de 1908, así lo reafirmará: “Todos los artículos de este periódico, cuando no vayan firmados, pertenecen a Julio C. Salas, quien ruega a los colegas que bondadosamente le hacen el honor de reinsertarlos expresar esta propiedad”). La vida de este periódico signará, a su vez, la vida de su redactor durante los cuatro años que dure la publicación, y no tanto por la expresa ocupación editorial que suponía, sino por la posibilidad que le ofrece al redactor de ordenar sus ideas sobre las verdaderas necesidades que tiene el nuevo país, de divulgar conocimientos esenciales para la cuestión agrícola, de publicar sus trabajos de reflexión sobre la realidad nacional y, en definitiva, de estudiar aspectos muy determinantes de la constitución humana venezolana, con la que Salas no siem-

pre estará de acuerdo con sus compañeros de generación, como se verá más adelante.

Titulado “Propósitos”, el primer artículo de *Paz y Trabajo* marcará el tono y la dimensión intelectual de esta publicación, sólo modesta por su apariencia. Teniendo como columnas vertebrales de su pensamiento los dos sustantivos que sirven para titular la publicación, Salas va a pintar la imperiosa necesidad que el país tiene de hacer de la frágil paz en la que se encuentra al despuntar los primeros rayos del siglo XX, posibilidad de crecimiento modernizador de civilidad por medio del trabajo, tanto en lo material como en lo espiritual:

En medio de la paz de que afortunadamente gozamos hoy, tras los penosos sacrificios de luchas fratricidas, es propicia época para entonar un himno al trabajo, fuente de prosperidad pública y privada; del trabajo que ennoblece y dignifica al hombre, y al proporcionar al individuo el bienestar da también a la colectividad lo que constituye el progreso y la civilización moderna.

Religioso, va a entonar el exaltado panegírico al trabajo, que va a indagar no sólo como actividad laboral ciudadana, sino como gestión industrializadora y como fomento apropiado de los cultivos nacionales. Su consigna, aquí, va a ser: “trabajar es orar”. El sensible elogio pasa por una enumeración sobre los dones nacionales y sobre la región de la que está y estará siempre tan orgulloso. Poéticamente, calificará a los Andes como “la espina dorsal del mundo” (imagen que volverá a utilizar en *Los Indios Caribes*, quince años más tarde) y al país como virginal y promisorio paraíso, aún no del todo perdido:

Vivimos en un país de espléndida naturaleza: llanuras inmensas, campos propios para el desarrollo de la industria pecuaria, alternan con montañas altísimas, a cuyos pies están las comarcas privilegiadas del globo, esos hondos valles y dilatadas altiplanicies de eterna primavera, salubres y prodigiosamente fértiles, donde al lado de la alta y copuda Ceiba, el árbol protector de flores rojas, brota el blanco y puro lirio. En estas comarcas nace el trigo junto a la caña de azúcar y el cacao, el tabaco, el plátano, la papa, el café y mil más. Con poca fatiga rinden opimas cosechas; por los flancos de los Andes, la espina dorsal del mundo, descienden multitud de arroyos, quebradas y ríos que dan lozano verdor a los cultivos de abajo, pero que también podrían, antes de caer,

convertirse en potencia poderosa que librase al agricultor montañés del penoso y rudo esfuerzo. Y a las montañas de cimas europeas y salubres, campo apropiado para la inmigración trabajadora de la tierra, suceden tupidos bosques maravillosamente grandes que ciñen con enorme faja verde oscura la dilatada costa de Venezuela. Esos bosques están llenos de precoces, fuertes y balsámicas maderas; por entre la enmarañada y tupida selva corren silenciosos y lentos caudalosos ríos a cuyas orillas crecen árboles colosales que son depósitos permanentes de resinas variadas y allí el cascarillo, el anime, caricarí, caraño, cabimo y mil más esperan hace centenares de años, la herida del hacha, por donde brotar el bálsamo precioso o el utilísimo caucho.

Toda esta emocionada presentación de las delicias naturales del país busca y buscará en el código ideológico de Salas reforzar el planteamiento sobre la urgencia de hacer de la industria de la tierra, por la vía de la diversificación de productos primos y de la explotación de especies no tradicionales, una forma de civilidad que permita al país ponerse a tono con el progreso exigido por la vida moderna. *Paz y Trabajo* vendrá a cumplir la tarea de hacer explícita la posibilidad de alcanzar este sueño de país, que Salas entiende plenamente viable. Virtuosamente, contribuirá a realizar el anhelo valiéndose de lecciones civilizatorias y de acciones laborales, gracias a sus facetas de cultivador intelectual y de ejecutor agrícola; sus dos más queridas provisiones.

Número tras número, artículo tras artículo y nota tras nota, *Paz y Trabajo* va a erigirse en uno de los cuerpos conceptuales más ricos de su tiempo para la canalización de todas estas ideas y para su autor en la primera gran plataforma de ordenación de su pensamiento. Así, cada entrega vendrá estructurada con un artículo de apertura que marca el fondo de la entrega y de una serie de secciones permanentes (la científica, la industrial y la de variedades); destinando la página final a un interesante y revelador cuerpo publicitario vinculado con la vida agraria merideña, muchas veces de personal implicación del redactor jefe (en el número 10, correspondiente al 18 de febrero de 1905, Salas anuncia la venta de diez vacas de su propiedad: “Julio C. Salas vende diez vacas de leche criollas, buenas y nuevas. El que desee negociarlas puede verlas y entenderse sobre precios con él en Egido”).

“Sobre agricultura” será el artículo que determine el pulso ideológico permanente de la materia desarrollada y el que aborde una de las problemáticas capitales de la publicación. Los lectores serán conducidos desde el número tres y durante toda la edición del periódico por los asuntos y temas de cuestionamiento de Salas sobre el manejo y aprovechamiento del campo venezolano. En este escrito nodriza vamos a tropezarnos con una idea del patriotismo y con una caracterización de la patria que nada tienen que ver con las acepciones heroicistas y belicistas habituales. Al contrario, para Salas el patriotismo será sólo entendido como engrandecimiento cultural e industrial de la tierra y de sus habitantes. Su repulsa a toda forma de caudillismo y de revolución militar quedará grabada en el axioma central de estos escritos: “País pobre, país de revueltas”. Superar el analfabetismo y la ignorancia, explotar inteligentemente el campo y fortalecer la industria nacional, todo ello en el mayor radio de acción de la probidad y la corrección, serán ejes rectores del pensamiento patriótico de nuestro biografiado, poco dado a la exaltación de los proceratos heroicos convencionales (no deja de llamar la atención que el número 37, del 28 de octubre de 1907, esté íntegramente dedicado a la memoria de Simón Bolívar, incluyendo colaboraciones propias y de Víctor Racamonde, Tomás I. Potentini y Cecilio Acosta):

Cada venezolano se debe a su patria, en esa virtud es necesario que el diez o quince por ciento de los que sabemos leer y escribir nos consagremos a aclarar cerebros entenebrecidos, suprimir rutinas y preparar en fin el terreno de la prosperidad pública; y luego que ésta sea un hecho, que el campo se cultive, que miles de chimeneas acusen otras tantas manufacturas, que el ferrocarril reemplace la senda impracticable, que los puertos se llenen de productos exportables y la inmigración y la riqueza pública establezcan el orden fundado en las prácticas republicanas; entonces no estarán fuera de tiempo las múltiples manifestaciones del arte.

Una insistencia en esta serie de artículos sobre agricultura será la de revertir los monocultivos tradicionales del agro venezolano. En especial, son duras las recriminaciones que Salas hace sobre el cultivo único de café: “Otros cultivos: No más café”. Aboga por la siembra del trigo, con la idea de hacer de los Andes el granero de Venezuela, en

función a la fertilidad de los territorios y con los beneficios aportados por el clima (publica en el número 28, fechado el 13 de septiembre de 1906, un artículo sobre “El cultivo del trigo”, del agrónomo Francisco de P. Álamo, en refuerzo del interés sobre el imprescindible cereal). Abogará, también, en línea progresista de larga duración, por las plantaciones de caucho (“la industria moderna todos los días aumenta el consumo y por consiguiente el precio de la goma elástica, tendiendo todo a convertir este producto en incomparable venero de riqueza para la América intertropical”) y por el cultivo de la vainilla (“inteligentemente cuidada, retirada del estado silvestre, en que crece en los Andes, y con convenientes preparaciones sus silicuas se transformarían en rico artículo comercial de halagadores resultados”).

Además de las ideas sobre renovación de productos cultivables, Salas insistirá en deponer las formas tradicionales de proceder en la preparación de la tierra, para sugerir procedimientos técnicos actualizados que impidan el desgaste de los terrenos y que fortalezcan la obtención de mejores materias cultivadas. Aquí, hará fortísimos cuestionamientos al atraso que suponen todas las formas de agricultura por conucos y rastrojos, en las que ve, además, señales de atraso en la civilidad y la cultura.

En apoyo a todo este conjunto de planteamientos sobre el giro moderno que debe dar la agricultura, *Paz y Trabajo* se empeñará, principalmente en la Sección Científica, en aportar muchas informaciones técnicas con miras a producir enseñanza en el campesinado rutinario y poco formado en procedimiento más efectivos de cultivo y cría. Serán, a este respecto, muchos los temas y los aportes que el redactor de esta publicación haga, en cuenta de su propia experiencia y dominio real de estas materias: temperaturas para favorecer la madurez de las plantas, modos de colocar la madera para que dure más, consejos contra los ratones, sobre la paraplejía animal, sobre el blanqueo de la lana, sobre el modo de preparar la cola fuerte líquida, sobre las hernias, sobre el muermo, sobre las fracturas, procedimientos para sangrarse el ganado vacuno, sobre los abonos, modos de cultivar el tabaco, sobre la pleuresía y la pulmonía, sobre la bronquitis, sobre farmacia veterinaria y sobre agronomía, entre tantos otros temas que se relacionan estrechamente con las informaciones aportadas en la Sección Industrial, segundo y consecuente paso del tópico agrícola.

El periódico, además y enfáticamente, destinará algunos de sus mejores espacios a escritos sobre historia, cultura, sociología, política y realidad nacional, en la idea de que no es suficiente para el progreso sólo el tópico tecnológico, sino, notoriamente, el asidero de progreso espiritual que todo ello presta y del que se apropia como manera lógica de entender el cultivo de la tierra en sintonía con el cultivo del alma. En otra lectura, el estudioso de la historia y de las culturas está en estas páginas haciendo su carta de presentación más firme, en muchas y variadas formas: entrega de obras inéditas del redactor (es el caso de su libro *Conquista y población de Mérida y otras ciudades de Venezuela*), notas sobre investigaciones antiguas o históricas (que entiende sugestivamente como “Vejece” y que, entre otras, destacan sus artículos sobre la escritura y los alfabetos antiguos, en el número 10, del 18 de febrero de 1905; y sobre los nombres indígenas, en el número 40, del 24 de octubre de 1908), informaciones de actualidad cultural (como la nota sobre la “Excomuni3n de León Tolstoy”, en el número 11, del 16 de marzo de 1905; o la necrológica por la muerte del escritor Nicanor Bolet Peraza, de quien dice que fue “con el verbo y el ejemplo, ap3stol de la Paz y el Trabajo”, en el número 23, del 12 de mayo de 1906) y artículos de reflexi3n sociopolítica.

Quizá los más representativos de esta última tipología sean los titulados “Por la paz” (números 10 y 12, del 18 febrero y del 31 marzo de 1905), “Almas enfermas” (Número 24, del 8 de junio de 1906), “Ciencia de las naciones” (número 27, del 3 de noviembre de 1906) y “De justicia” (número 30, del 9 de febrero de 1907), de los que destacamos sus planteamientos más incisivos.

“Por la paz” es un interesante artículo escrito para cuestionar la fatalidad de la guerra civil, “Saturno implacable que devora sus propios hijos” y “fuente perenne de descrédito, miseria y atraso”, y para privilegiar la urgencia de una paz nacional sostenida por medio de una auténtica educaci3n republicana, inexistente aún en la visi3n de Salas: “(...) las tres cuartas partes de los pobladores de Venezuela ignoran sus deberes y derechos políticos, la otra cuarta parte la forman individuos en el disfrute del presupuesto de gastos p3blicos e individuos que ansían llegar a él aun por medios ilícitos”. Asimismo, señala los vicios de nuestros gobiernos y, entre otros, el de aquél que quiere estar

presente y mostrarse todopoderoso en todo. Las palabras de Salas parecen retratar los gobiernos de su tiempo y también a los de los tiempos venideros y actuales: “Gobierno ideal sería aquel que pasase inadvertido y tuviese por divisa económica: Dejad hacer; dejar seguir”. Adalid tolstoiano de la paz y del trabajo, Salas va a culminar su reflexión cargando todos los acentos para resaltar, un tanto descorazonado, que: “Si Venezuela ha de regenerarse algún día, será por la paz, el trabajo y la instrucción; pero jamás por la guerra civil”.

“Almas enfermas” abre las puertas al cuadro de patologías sociales que impiden el progreso del país y que minan el cuerpo ciudadano. No son otras que las almas irredentas de un pueblo ineducado, ganado por la ignorancia, entusiasmado por las ínfimas victorias de las contiendas inciviles y, tristemente, conducido por el desgano vital y por el alcoholismo que se propaga como una infecta plaga. Durísimas van a ser las frases en correlación con las cruentas ideas que gestiona el artículo, especialmente sobre la noción de una patria enferma de guerrerismo y ajena a los valores de la educación: “(...) una Patria sólo conocida (...) como sinónimo de sangre, robo y exterminio”; y magníficas las expresiones que sirvan para orientar al país hacia el rumbo civilizatorio que Salas propugna, ataque rotundo a la guerra y odio a los vicios sociales: “la escuela rural mataría la guerra civil”.

“Ciencia de las naciones” insistirá en pormenores antibelicistas y en la necesidad de instalar la educación como forma afortunada de curación. Va a descreer del principio sobre el valor que moldea el carácter nacional entendido como coraje de guerra: “El hombre debe valer por algo más que por su fuerza”. Cree, en cambio, que la educación salva y protege a los pueblos: “La educación cívica ha hecho incontestable al pueblo inglés”. Arremete sin piedad contra los tiranos de “fantasmagórica gloria”, tanto de los históricos como de los modernos, cuya aparición surge cíclicamente para deterioro de los derechos de los hombres, que entiende como piezas para sus descalabrados caprichos:

Por eso el desenvolvimiento del propio valer como unidad haciendo abstracción de las fuerzas, hace perdurar la grandeza de los pueblos, y vale más que grandes batallas ganadas por un Napoleón o un Alejandro, cuya obra, deja charcas de sangre, en que

estúpidamente se revuelca la humanidad idiotizada por la fantasmagórica gloria, de los que de tiempo en tiempo surgen arrogándose el derecho de ser dueños de los hombres.

“De justicia” parece dar explicación a esa ciencia curativa de los pueblos en donde se ame más al civismo que a la fuerza bruta. Busca, ahora, razones científicas para entender la criminalidad y los altos valores que ya exhibe el país de ese tiempo, para extrañeza de ojos contemporáneos. El jurista, aquí, establece cuatro factores sociológicos de incuestionable solidez que alimentan el delito: 1) la guerra civil; 2) la falta de riqueza pública y la miseria del país; 3) la ignorancia de las masas y su ineducación e inmoralidad; y, finalmente, 4) la falta de educación cívica, de efectividad en las leyes constitutivas y el favoritismo de partido. En cierta medida, este texto irá a contribuir en las tesis de una de las piezas más celebradas de la bibliografía jurídica de Salas y de todo su tiempo: *Necesidad de adaptar la legislación venezolana al medio etnológico*, texto de una conferencia dictada y publicada en 1910.

Si hasta aquí hemos seguido la pista de este magistral y comprometido pensador, cargado en cuotas iguales de fascinación y desazón por el país, el hombre en el período que nos ocupa ha estado cargado de trabajo, pero desconociendo la paz por la que tanto clama en sus escritos. Al contrario, para Salas éstos han sido tiempos de lucha política y jurídica, en paralelo con las batallas intelectuales y comerciales que libra, las últimas en su fábrica y sus propiedades campesinas, y las primeras, en las singulares páginas de *Paz y Trabajo*.

En agosto de 1905 es detenido en La Guaira y encarcelado por tres meses, por orden expresa de Cipriano Castro. Actuaba como defensor de la señora Meri Salas de Ruiz y había viajado en mayo a la capital de la República para encargarse de diversos asuntos relacionados con este caso de linderos, en el Tribunal de Casación. De nuevo la política viene a interferir en sus tareas y a sembrar la permanente duda sobre la estabilidad que anhela para el bienestar nacional y para su propio sosiego intelectual.

El período, sin embargo, va a cerrarse con la alegría de ver nacer, el 3 de mayo de 1907, a su quinto hijo: una niña a quien bautizarían con el nombre de Olivia Estela (fallecida el 2 de septiembre de 2006, fue el

último de los hijos del sabio en morir, después de alcanzar los noventa y nueve años de edad, conservando a plenitud e intactas hasta esa avanzada edad, todas sus facultades intelectuales y corporales).

Otras situaciones de carácter familiar, por los momentos no precisadas, parecen sucederse al comenzar 1908 y llegan hasta a paralizar la aparición del periódico. Una nota incluida en el número 39, correspondiente al 25 de septiembre de ese mismo año, así lo hace constar: “Presentamos a los lectores de este periódico la más cumplida excusa por la involuntaria ausencia de siete meses; y aprovechamos la oportunidad para repetir las gracias a los amigos que nos expresaron su simpatía en momentos de duelo para nuestro hogar”.

El 28 de junio de 1908 vemos su nombre encabezando un escrito de constitución de una Junta Patriótica para la creación de una Industria de sombreros de jipijapa en Mérida, como reza en la publicación que sobre el documento hace en el número 39 de *Paz y Trabajo*. Lo acompañan en la empresa Gonzalo Febres Cordero, Tolentino I. Terán, Carlos Salas, Federico Guzmán Omaña y Golfredo A. Masini. Apoyado en el sentido de patriotismo que tantas veces ha defendido, en donde lo heroico es sólo lo que es productivo para el país y no la vanidad de la infructuosa gloria militar, siente, junto a sus compañeros de empresa, que hacer patria es hacer prosperar un establecimiento para confeccionar un producto rentable como éste. Pero, como es tónica de su pensamiento y de su acción civilizadora, no es el lucro económico el factor que lo mueve a tal empresa, sino, en suma, la acción filantrópica de educar al pueblo ocioso, vicioso, criminal y pleitero con el trabajo productivo y entusiasta:

(...) hemos creído una obra verdaderamente patriótica establecer dicha industria en esta ciudad, en el convencimiento de que con un poco de buena voluntad de nuestra parte y de la de tantos buenos ciudadanos con que se honra esta culta sociedad, y con una pequeña contribución de todos los bolsillos generosos bastará para costear y suministrar la enseñanza, el local y la materia prima indispensables para la implantación de una industria que puede con el tiempo desterrar de nuestra ciudad y de nuestra patria las plagas de la ociosidad, vicio, crimen y guerra civil, y relegar al olvido los harapos y necesidades que hoy son el triste patrimonio de tantos hermanos estropeados por la fortuna.

Ante todo este cúmulo de sucesos y de actividades quizá no sea percibido que Salas, en algún momento del año 1903, ha iniciado la que sería su obra maestra y su proyecto de investigación más ambicioso. Por propia confesión señala, en 1928, que ha trabajado durante veinticinco años en su diccionario comparado de lenguas indígenas, más tarde titulado como *Orígenes Americanos*. La tarea periodística de estos años iniciales, entonces, va solamente a entenderse como manifestación de desarrollo del hombre de pensamiento que era. Mientras tanto, silenciosamente, el lexicógrafo disciplinado y paciente mueve la ingente masa que ya constituían para él las lenguas del mundo atrapadas en un diccionario: una fragua de los pueblos que, por los momentos, debe presentar desde otros ángulos. El dios de las lenguas, a la espera de su verdadera oportunidad, cede su lugar al etnógrafo y al historiador.

La fragua de los pueblos

En la misma tipografía de Paz y Trabajo publiqué en 1908 la obra Tierra Firme (Venezuela y Colombia). Estudios sobre Etnología e Historia, libro generalmente conocido entre los etnógrafos americanistas y que, juzgado benévolamente con el título de autoridad en la materia se me dispensó el honor de ser nombrado socio correspondiente de la Academia Colombiana de la Historia. La primera edición de la obra contiene como apéndice varios documentos inéditos, desgraciadamente suprimidos en la edición clandestina hecha en Madrid años después.

Desde los comienzos de su adolescencia, Salas ha venido estudiando el patrimonio cultural precolombino andino, venezolano y americano. Avivado por los descubrimientos arqueológicos que se suceden en algunas de sus haciendas, irá materializando un proyecto de reconstrucción que pasa, como primer eslabón, por la descripción de la etnología y la historia de los territorios bautizados originalmente como Tierra Firme y que, en el argot colonizador, venía a designar a las actuales repúblicas de Venezuela y Colombia.

Esta primera tarea de interés antropológico, cuyas evidencias iniciales aparecen en *Paz y Trabajo*, alcanzan en 1908 su culminación en la forma de un tratado de estudio que hacen de su autor un profesional de la etnografía y que, para ojos desprevenidos, lo revelan como tal ante la comunidad científica del país. Al momento mismo de apare-

cer publicado *Tierra-Firme (Venezuela y Colombia). Estudios sobre Etnología e Historia*, su primer libro, nace su autor para la ciencia antropológica venezolana y lo hace con una obra innegablemente maestra. En otra consideración, este libro debe entenderse como la más acabada de las producciones del primer Salas y como el desarrollo más elocuente de los años de *Paz y Trabajo*, en cuyas prensas no por casualidad se imprime la obra.

Dos años antes le escribe a Lisandro Alvarado, sabio de paralelas inquietudes, una carta, fechada en Ejido el 20 de agosto de 1906, y en ella ofrece la datación de sus investigaciones etnológicas y su origen a finales del siglo XIX, además de anunciar la preparación de su libro:

En efecto, desde hace más de diez años me ocupo en el estudio etnológico de los habitantes del territorio llamado Tierra Firme por los españoles, y he conseguido multitud de datos sobre las costumbres, lengua y religión de las tribus indígenas de Venezuela y Colombia, cuyas notas me ocupo en ordenar, pues me propongo publicar una obra sobre Etnología, la que aparecerá, son mis propósitos, dentro de uno o dos años.

Con atinada precisión cumplirá el último de estos ofrecimientos, apareciendo el libro dos años más tarde y haciendo que éste venga a llenar un largo vacío en el estudio de las culturas aborígenes del país. Algunas parcelas de estudio que Salas aborda, no habían sido ni vislumbradas por antropólogos y lingüistas de la centuria precedente y, ni tan siquiera tanteadas, por los de la centuria naciente. Asimismo, y desde temprano, Salas tiene el esquema de su ciclópeo proyecto plenamente asimilado. Una y otra vez va a machacar que la triple entidad de su concepción etnológica: costumbres, lenguas y religiones en diálogo o discusión permanente van a constituir la más determinante fragua de los pueblos aborígenes ofrecida como fuente inagotable de la investigación.

En la "Introducción" el autor deja asentadas las intenciones y los métodos de esta obra. Su primera nota es para definir la sociología que para él no será sino estudio de fenómenos de evolución producidos por las relaciones humanas y cuyas fuerzas influyen en el perfeccionamiento moral de los hombres. Este complejo asunto hace que la sociología recurra a la investigación etnológica y de la historia como

disciplinas auxiliares para clasificar costumbres y para dar cuenta de sucesos e interpretar a unas y otros en función de sus consecuencias filosóficas. En este sentido, para Salas la implicación de estas tres ciencias, a las que sumará muy pronto a la lingüística, no hará sino producir una filosofía de la cultura, múltiple y orientadora.

Afinará mucho más la participación plural de las ciencias del hombre para ubicar las metas de su trabajo desde la riqueza de tareas de exploración, descripción e interpretación que este diálogo de ciencias le faculta. En vista de la novedad de sus planteamientos y de la presencia de un modo de sociología raro para Venezuela, se demora en puntualizaciones:

(...) el estudio de las costumbres pasa a convertirse en algo más importante que simple materia recreativa, pues la etnología suministra los datos para que economistas, legisladores, estadistas o sociólogos construyan el todo armónico de la felicidad humana; y la sociología al auxiliarse de esa y otras ciencias para dar fin a sus propósitos, las convierte en instrumentos útiles, cuando muchas de ellas, por si solas no serían sino vana y ostentosa floración del intelecto humano; por esa causa la sociología está llamada a asegurar el progreso: pues dicha ciencia no sólo estudia los fenómenos sociales sino también establece las reglas como pueden provocarse y dirigirse tales fenómenos en pro de la civilización; así, la labor del sociólogo debe ser tan eficaz como la del físico o químico; como estos dispone aquél de fuerzas naturales cuyo secreto no sólo debe poseer sino dominar, sin lo cual los conocimientos se convierten en mero ergotismo.

El toque personal que tienen estas ideas no será otro sino el de desentenderse de la sociología comteana, aunque manteniendo el principio rector de esta ciencia sobre las otras, que implica la determinación que el medio físico tiene en el progreso civilizatorio de los pueblos, tesis muy difundida por los positivistas europeos del siglo XIX y que no dejó de tener repercusión en algunos estudiosos venezolanos. Desligándose de estas creencias, Salas, además de cuestionarlas, va a combatirlas férreamente en este tratado y en sus próximas obras, en cierta forma nuevos desarrollos de la misma materia y de la aguda preocupación que sobre la personalidad del pensador merideño tienen estas ideas.

Salas no podía permitirse afirmar que nuestras culturas aborígenes son culturalmente decadentes por efecto ecuacional de un clima determinado o de otras condiciones pautadas por el medio. No podía permitirse, tampoco, referirse a nuestras culturas aborígenes como “atrasadas” o “salvajes”. Declaradamente, será Salas uno de los científicos sociales venezolanos de su tiempo en repudiar tales afirmaciones y en minarlas, con pasión y rigor, al máximo. En su lugar va a defender que en el proceso de conquista y colonización hubo choques muy fuertes que terminaron zanjándose a favor del rival mejor dotado. Llegará a conclusiones que no siempre fueron bien entendidas por sus contemporáneos: “por eso el contacto con los blancos fue tan nefasto para los aborígenes, ya que en Hispano-América, conquista es sinónimo de crueldad y asolamiento; colonia indica opresión y embrutecimiento y por último el régimen republicano está sintetizado por la guerra civil”.

En esta repartición de responsabilidades históricas, nunca Salas dejará de señalar la demoledora participación que en nuestros avances y retrocesos como nación ha tenido el republicanismo mal entendido y degenerado, portador de antorchas para incendiar la casa del hermano y en ningún caso promotor de desarrollo verdadero. Con esto Salas se desmarca de los estudiosos que manipulan con el solo hecho de que la huella española del continente significó aniquilación patrimonial de los pueblos indígenas. En todo momento, intentará comprender el fenómeno en su complejidad, dejando participar a los distintos actores dentro del gran techo que lo hispánico vino a significar y cuyo reconocimiento en nada viene a desmerecer las delicias culturales aborígenes. Sería lo contrario, no sólo ajeno a la historia nacional, sino manifestación de resentimientos ancestrales con los que un científico como Salas no puede comulgar. La conclusión de *Tierra-Firme*, a este respecto, no puede ser más ilustrativa:

Y al suspender nuestra pluma de este trabajo, como síntesis de él y nota final, nos permitimos advertir la necesidad de conservar los bellos rasgos de nuestra fisonomía nacional, constituidos por viejas y nuevas costumbres siempre que sean selectas y estén en armonía con los ideales de la raza y con la religión e idioma del conquistador español.

Contrariamente, busca más bien producir descripciones y análisis que determinen los originarios valores de estas culturas y para ello querrá remontarse a estadios precolombinos que evidencien el sentido verdadero que tienen. Más que demorarse en el tono peyorativo de ciertas denominaciones, relacionará gentilicios y topónimos para sustentar teorías tales como las de las raíces asiáticas del hombre americano. Orientalista, Salas va a producir este tipo de conclusiones: “pero si el ilustre inventor padeció error creyendo haber abordado al país de las especias, no erró al denominar indios a los habitantes de este continente, pues tan mongoles son chinos y japoneses como caribes y chibchas”.

Produce Salas este notable cuerpo de evidencias, documentos, descripciones y reflexiones para contento de la comunidad etnográfica nacional. Se trata, y éste es uno de sus muchos méritos, de la primera puesta de conjunto sobre esta materia, de la que tantos estudios parciales se habían realizado y se realizarían después. A la espera de, entre otras obras determinantes, *Datos etnográficos de Venezuela* (1945), de Alvarado, y *Los aborígenes del occidente de Venezuela* (1927), de Jahn, sería *Tierra-Firme* la primera piedra moderna en torno a los aborígenes venezolanos.

En cuanto a la materia lingüística, el lexicógrafo va a ofrecernos una primera evidencia de lo que lleva recorrido en esta materia y una primera evidencia, también, de la gran obra diccionariológica que viene desarrollando en silencio. *Tierra-Firme* va a terminar con un “Catálogo de voces indígenas”, de relativa extensión, en donde se reúnen y explican voces de distintas lenguas indígenas venezolanas y, además, indigenismos de uso en el español de Venezuela. De esta forma, Salas aborda los dos tópicos descriptivos fundamentales en el estudio de lo indígena en la lingüística continental y criolla. Declara, también, que el método que está poniendo en práctica en su comprensión de las lenguas indígenas es el de la comparación, que será el que rescate de la mejor lingüística decimonónica para elaborar sus *Orígenes Americanos*. En suma, la obra de 1908 va a marcar, como en el tema etnológico, la primera piedra del monumento lingüístico inmenso que adelanta.

El impacto que *Tierra-Firme* tuvo en el mundo académico y científico fue muy grande. Un nutrido conjunto de reseñas periodísticas y de cartas personales de felicitación así lo confirman. Andrés Márquez Carrero, uno de los principales estudiosos de la obra de Salas, así lo documenta en su libro *Huellas de perennidad del doctor Julio César Salas (1870-1933)*. Entre otros, le escriben Amílcar Fonseca, Pedro Manuel Arcaya, Manuel Landaeta Rosales, Américo Briceño Valero, Bartolomé Tavera-Acosta, Tulio Febres Cordero, Pedro Arismendi Brito, Max Uhle y Miguel de Unamuno.

La recepción de la obra en Colombia será muy trascendente, al punto que no solamente recibe manifestaciones de elogio por parte de Santiago Restrepo, Pedro Ibáñez y José Joaquín Guerra, sino que la Academia Colombiana de la Historia, en 1909, lo elegirá como Miembro Correspondiente; uno de los más altos honores que Salas recibiera en vida.

El historiador y escritor José Nucete-Sardi, yerno de Salas y uno de sus más apasionados vindicadores, aportará un comentario sobre *Tierra-Firme*, en el prólogo que escribe para la edición de 1971, que valida su carácter de libro fundacional, en donde su autor surca por primera vez los caminos que transitarán sus obras posteriores y que lo obsesionarán hasta el fin de sus días: corrección de las clasificaciones erradas de los pueblos indígenas (en especial las debidas a Humboldt y a Codazzi), cuestionamiento a la asignación de antropofagia de los caribes, análisis de la opresión sufrida por los aborígenes y, todo ello, con la menor dosis de fanatismo y con el mayor apego documental posible; en cierta medida, un modelo de investigación para su tiempo. En suma, ofrece un rico panorama de inspección de la historia de esta parte del continente, entendida como choque y aporte civilizatorios, sin descuidar la impronta del período republicano, signado por las revoluciones y las luchas intestinas. Nucete-Sardi, además, no oculta el tono polémico que el libro presenta y que será rasgo muy habitual en las visiones de Salas: “En general es un libro documentado, un tanto polémico y de clara defensa de los indios americanos. La crítica venezolana y extranjera lo acogió generalmente con alabanza”.

En 1920, Rufino Blanco Fombona editará sin autorización de Salas una segunda edición de la obra, calificada de “clandestina” por su au-

tor, que suprime los valiosísimos apéndices documentales y el colofón lexicográfico de la primera edición. Hasta el título original de la obra fue cambiado en esta entrega a cargo de la Editorial América, que el afamado escritor venezolano dirigía en Madrid, proponiendo el siguiente: *Etnología e historia de Tierra-Firme (Venezuela y Colombia)*.

Nacido maduro, este primer libro de Salas no es más que la suma de toda su obra posterior de estudioso, cuyos próximos pasos ya están anunciados en ella y sólo esperan que el tiempo permita darlos a su orgánico y complejo creador: etnólogo, historiador, sociólogo y lingüista.

La fe **sociológica**

En 1912 regenté la cátedra de Economía Política en la Universidad de Mérida y fui designado además para instaurar la cátedra de Sociología, cuyo curso por el sistema de Conferencias dio lugar a que fuesen publicadas por los periódicos, entre ellos la Revue Americaine que redactaban en París los hermanos García Calderón; la buena acogida del público y la petición de los estudiantes me hizo coleccionar y dar a estampa algunas conferencias en forma didáctica: Lecciones de Sociología aplicada a la América, cartilla editada por la Sociedad de Publicaciones de Barcelona, España, y que aún se utiliza como texto en Venezuela.

El año 1909 consolida uno de los éxitos más rotundos en la vida académica de Salas: la instalación de la pionera Cátedra de Sociología y Economía Política, en la Universidad de Los Andes, el día 13 de abril. En realidad, desde el 27 de enero ya ejercía como profesor interino y todos estos logros en su labor educativa y de investigación iban, irremediablemente, a estar asociados al doloroso suceso del fallecimiento de su padre, el 9 de enero de ese año de triunfos, a sólo dos días de celebrar Salas su cumpleaños número treinta y nueve, el 11 de enero. En cierta medida, algunas etapas de su vida van a estar conducidas simétricamente por la fatalidad y por lo promisorio en cuotas idénticas.

Anotará en uno de sus escritos autobiográficos, aún inédito, que titula *Notas históricas e íntimas*, estas palabras en relación con la muer-

te de Federico Salas Roo, en donde el hijo lo dibuja como hombre de ciencia abnegada y sensible y a él mismo, en manifestación de un escepticismo religioso proclive a un moderado panteísmo:

Largo cortejo de individuos socorridos por su ciencia acompañó su cadáver al cementerio./ Consagró su ciencia al enfermo menesteroso a quien jamás interesó nada. Estudió. Trabajó, su vida fue útil a su familia y a la sociedad. Descansa en el seno de la fuerza oculta y misteriosa cuyo nombre desconocemos: Naturaleza o Dios.

A partir de este momento, Salas va a ocupar el rol patriarcal que hasta ese momento había ejercido el padre, tanto en su faceta científica como en la de estandarte de la familia a ojos de la sociedad.

Las funciones al frente de la cátedra universitaria van a reportarle a Salas un nuevo estatus en el panorama de la ciencia venezolana, conducida por la última oleada de pensadores positivistas. En su entendimiento, la investigación sociológica, a la espera de la maduración final de su concepción lingüística, va a considerarse una panciaencia gestora de todos los conocimientos.

A un estadio aún intermedio de ubicación de su pensamiento teórico, en donde el jurista da sus últimas muestras de entusiasmo, contribuirá la publicación de su estudio *Necesidad de adaptar la legislación de Venezuela al medio etnológico*, un folleto que recoge las palabras de una aplaudida conferencia de idéntico título que pronuncia en el Liceo de Ciencias Políticas de Mérida, el 13 de febrero de 1910, como parte de los festejos por el Primer Centenario de la Independencia de Venezuela. La intención será evaluar los males políticos como inadecuación entre las leyes y el medio social; en otra formulación, el absurdo de códigos legales que no han sido pensados para resolver los problemas reales exigidos por la sociedad venezolana y que, en muchos casos, resultan calcos de aparatos ideológicos legales gestados para otras latitudes planetarias, males que no siempre la historia política venezolana ha superado todavía. La notabilidad de esta tesis y del escrito que la desarrolla fue tal que sería reproducido, al menos, en los *Anales de la Universidad Central de Venezuela*, el mismo año 1910, y en 1962, en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*.

Un intervalo parecen pautarlos, entre 1911 y 1913, algunos acontecimientos familiares o personales, tales como el nacimiento de su último hijo varón, Armando Salas Ruiz, y un viaje por Estados Unidos y el Caribe, durante dos meses. De marzo a mayo del año 1912, tal y como el propio Salas relata en “Por América y Europa. Impresiones de un Viaje” (texto publicado en el número 184 del *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, en 1963), visita Curazao, San Juan de Puerto Rico, Nueva York, Filadelfia y Atlantic City.

El crecimiento descriptivo y reflexivo impuesto por *Tierra-Firme* irá a desembocar en la consideración teórica de la disciplina matriz. Para alcanzar este cometido, escribirá el segundo de sus tratados paradigmáticos: *Lecciones de sociología aplicada a la América*.

La obra resulta de la reunión de nueve conferencias que constituían las entregas de la cátedra fundada en 1909 y cuyo cuerpo se iba estructurando a partir de las intervenciones magistrales dadas por el catedrático, método muy tradicional en la universidad europea. El sumario de las lecciones no sólo ofrece cuenta ajustada a los fines de la asignatura, sino que determina la impronta y el sello personal con el que Salas entiende la ciencia sociológica y su pertinencia para la comprensión de la realidad nacional. A saber: Lección I: Definición. Historia. Fuentes; Lección II: Ciencias auxiliares; Lección III: Plan. Método. Factores sociales; Lección IV: Fenómenos sociales. Crítica. Factores de fenómenos en América; Lección V: El hombre primitivo. Inducciones; Lección VI: La familia. La horda. Parentesco. Endogamia. Exogamia. Sentimientos morales. Idiomas. Artes; Lección VII: Autoridad política. Autoridad religiosa; Lección VIII: La tribu. La frontera. La propiedad; Lección IX: Leyes sociológicas. Aplicación.

Otros dos textos van a enmarcar las nueve conferencias: la dedicatoria y el resumen, fechados, respectivamente, en noviembre de 1914 y en enero de 1912. Estas dos fechas señalan la culminación del manuscrito de la obra, la más temprana de ellas, y la más tardía, la publicación del libro mismo. Más allá de las fechas, estos textos subrayan la intención del autor de dedicarse a una materia en la que deposita la mayor de las importancias para el porvenir espiritual de la humanidad y la vocación educativa que, en consecuencia, hace descansar en estas lecciones pensadas para la juventud hispánica y venezolana: “A

vosotros, Juventud de Venezuela y del habla española, dedico estos estudios sobre la maravillosa Ciencia Social, la cual en porvenir no lejano levantará el espíritu de los hombres y establecerá, por el conocimiento de sus leyes, más justas relaciones entre ellos”.

La conclusión de las *Lecciones* anudará estas intenciones y promediará la particular fe sociológica que Salas ha ordenado en torno a ellas. Los ecos sopesados de su positivismo hacen aquí honrosa aparición:

Como conclusión puede sentarse: que no obstante la complejidad del problema social, se pueden dar reglas fijas para analizar y determinar la manera cómo nacen, progresan, decaen y se arruinan los pueblos, y las causas generales que aceleran o retardan el progreso humano. Estas reglas axiomáticas se derivan de la observación exacta del hombre como ente social, por medio del método etnológico-histórico, sin prescindir de las otras ciencias auxiliares de la sociología.

Así, de acuerdo con predicados lógicos, se establecen inducciones rigurosamente verdaderas y científicas en la más lata concepción de la palabra; esas inducciones estarán, pues, muy lejos de ser hipótesis aventuradas acerca del porvenir de la raza humana y de los pueblos que encarnan hoy el movimiento civilizador del mundo; y ese conocimiento no resultaría práctico si la sociología renunciase al noble fin de modificar o encauzar ese futuro actualmente incierto, procurando el mejoramiento individual y social del hombre.

Y tanto más debe aspirar la sociología a mejorar la humanidad, cuanto que esa obra resulta superior al mismo progreso material alcanzado por el hombre desde que las ciencias renunciaron al escolasticismo y se volvieron positivas al soplo de Descartes.

Y así, alguna contribución dará la civilización actual a las que se suceden en el mundo; pues si hemos aceptado la herencia de los pasados y remotos siglos, y si este arte gráfico con que nos comunicamos con los hombres a través del tiempo lo debemos a generaciones que pasaron y civilizaciones que se hundieron, es nuestro deber aumentar el acervo de la inteligencia humana, para que cuando otras generaciones y otros pueblos vengan sobre la faz de la tierra, el viajero que en remotas centurias contemple a orillas del Sena las ruinas de la gentil ciudad, surgida ya otra civilización más perfecta, conserve aún el ideal Belleza como lo tuvieron los griegos, y el ideal Industria y Ciencia como lo concibió el siglo XX.

Aumentar el acervo de la inteligencia humana será la meta que guiará todas las intenciones de estudio de Salas que, a partir de esta obra, ya comienza abiertamente a dedicarse sólo a las tareas intelectuales y de

investigación. Asimismo, toda la obra que pudo publicar como la que deja inédita será la respuesta más comprometida para alcanzar el noble fin que se ha propuesto este noble trabajador del espíritu.

Para Salas, como para el resto del mundo, y aunque por razones muy distintas, el año 1914 va a ser uno de los de mayor significación en toda su vida. Con la intención de hacer publicar en España sus *Lecciones de sociología*, se embarca durante los primeros meses del año rumbo a Europa, ajeno a la guerra mundial e individual que le espera. Al menos, París y Barcelona serán dos de las referencias mayores de este viaje.

El golpe más duro de toda su vida, superior hasta que la muerte de su amado padre, lo recibe en abril de ese año. Se le informa que la noche del 26 del mes en cuestión ha sido asesinado su hijo Carlos, a manos de un joven de su misma edad de nombre Luis Enrique Matute. Doblemente abatido por conocer tan terrible suceso e imposibilitado de regresar a la brevedad a Venezuela, Salas dará una de las muestras de mayor fortaleza en toda su existencia. La Gran Guerra ha comenzado y se ve retenido forzosamente en Europa e impedido de volver al país, que es lo que más quisiera, para despedir a su hijo arrebatado a la edad de diecisiete años.

Transcurrido casi un año de espera, Salas regresa al país en febrero de 1915, cargando con la edición de sus *Lecciones de sociología*, que han aparecido en agosto del año anterior, y con la indolegable determinación de actuar en el caso de su hijo asesinado. Así lo refiere el propio Salas en sus *Alegatos presentados por el Padre de la Víctima preparatorios para dictar sentencia en 2ª Instancia en la Causa Criminal contra Luis Enrique Mature, condenado en 1ª Instancia por haber dado muerte al joven Carlos Salas Ruiz en la noche de 26 de abril de 1914*, redactados en 1916: "Me encontraba viajando por Europa para la fecha del asesinato de mi hijo y la guerra continental que estalló enseguida me impidió regresar a mi desolado hogar hasta Febrero del año siguiente".

En su ausencia, la defensa había sido comisionada al doctor Julio Consalvi, quien escribe y edita, el mismo año en que ocurre el fatídico hecho, el folleto titulado *Alegatos presentados por el abogado de la acusación, preparatorios para dictar Sentencia en 1ª Instancia en la Causa*

Criminal contra Luis Enrique Matute, indiciado de haber dado muerte al joven Carlos Salas Ruiz, en la noche de 26 de abril de 1914. Ya en Venezuela, Salas logra reconstruir los detalles sobre el infausto acontecimiento y, descontento por el resultado alcanzado por la acusación del doctor Consalvi, condenatoria del implicado a ocho años y dos meses de prisión, se encarga personalmente de ordenar los argumentos para intentar un nuevo recurso en Segunda Instancia y solicitar la pena máxima, que para la fecha era de quince años, para el acusado.

Antes de seguir el desesperado camino del doblemente agraviado padre, quien ha perdido a su hijo y también la mayor condenatoria para su homicida, veamos qué ocurrió la noche de ese 26 de abril. Los detalles aparecen referidos en un folleto que Salas hace publicar en Mérida, el año 1916, con el título *Sentencia en 1ª Instancia contra Luis Enrique Matute, por haber dado muerte a Carlos Salas Ruiz, en la noche de 26 de abril de 1914*. A partir de las declaraciones de los testigos presenciales del suceso, queda el caso perfectamente reconstruido: movido por disgustos y antipatías no determinadas en contra de su víctima, Luis Enrique Matute lo espera con actitud extraña en la esquina de la casa del señor Avelino Briceño, ubicada en centro de la ciudad de Mérida, para darle muerte con un disparo al momento en que Carlos Salas Ruiz alcanzara la altura de la calle en donde su victimario lo aguardaba. Cuentan que durante todo ese día Matute había rumiado la muerte del hijo de Salas, siguiéndolo a todas partes a donde éste se dirigiera. Una vez perpetrado el premeditado y alevoso hecho criminal, los testigos cuentan cómo huye portando el arma con que le había dado muerte a su víctima.

El juez había estimado que los alegatos de los abogados defensores permitían atenuar la pena a un poco más de ocho años de reclusión. Había sido determinante que el crimen ocurriera por la noche (exactamente a las 8.15), pues restaba credibilidad a alguno de los testimonios amparado en que los testigos habían visto defectuosamente debido a la oscuridad. Asimismo, que la víctima era un joven de carácter un tanto pendenciero. Salas, en contra de tales alegatos y de tales sentencias, desgastará los esfuerzos de esos años a llevar la causa, fracasada también en Segunda Instancia, ante la Corte Suprema de Justicia del Estado Mérida, ya en 1917. Escribe y publica en esta

oportunidad un nuevo folleto, en Caracas a cargo de la Tipografía Vargas, para denunciar el favoritismo del juez a favor del reo: *Proceso contra Luis Enrique Matute por haber asesinado a Carlos Salas Ruiz. 1914-1917. Alegatos presentados ante la Corte Suprema de Justicia del Estado Mérida, que demuestran la parcialidad del juez recusado Domingo Sardi L.*

Más allá de toda la querrella legal y de los altibajos seguidos por el proceso, vemos a un Salas luchador por la legalidad y a un Salas que repudia el hecho criminal bajo cualquier circunstancia, tópico este último que lo ha mortificado desde que redacta sus primeros escritos jurídicos y que en su contribución sociológica trata de auspiciar en reflexiones para su combate y disminución. También, el funesto episodio nos va a acercar más a la factura sensible de su carácter y al acentuado espíritu familiar que para él constituía uno de los valores más grandes del ser humano. En los distintos textos que se ve obligado a redactar al asumir el rol de abogado acusador, hay dos que reafirman las anteriores calificaciones y que hacen, quizá, uno de sus retratos más humanos y uno de los de mayor entidad filosófica. Sucesivamente, están recogidos en la página introductoria de la *Sentencia*, en 1914, titulada “Los Padres de la Víctima”, y en sus *Alegatos*, del año 1917:

(...) Pero, ¿qué pena por grande que fuese la que se aplicase, puede consolar a padres que lloran a un hijo injustamente asesinado?... Nada, nada hay en la tierra más grande que nuestro dolor; nada, nada más triste que criar amorosamente a un hijo y verlo perecer en la flor de la vida, a los diez y siete años...! Del presidio se puede salir, de la tumba jamás...

(...) y aunque nuestro corazón sangra y sangrará toda la vida, por este crimen que ha arrebatado a nuestro amor de padres un hijo querido, queremos: que al ejecutar la Justicia no miréis nuestro dolor sino el cumplimiento de vuestro sagrado deber. ¡Cuán difícil es decir esto...!

Pero, no acabará aquí el caso criminal, sino que un nuevo altercado espera a Salas en 1917. La recusación que había propuesto para el juez Sardi hará eclosión no por la vía legal, sino en un fuerte enfrentamiento callejero en donde Salas es casi asesinado por el agresivo ma-

gistrado. He aquí el testimonio que consigna en sus *Notas históricas e íntimas*, fechado el 30 de septiembre de ese año:

Salgo hoy por primera vez a la calle en busca de medicinas a casa de los Valeri y frente a la habitación de Amador Uzcátegui, Domingo Sardi, ex juez en la causa contra el asesino de Carlos mi hijo, me aboca a insultarme, trato de defenderme con el bastón en que me apoyo y se me viene encima, me derriba y sacándome mi pistola Browning del bolsillo trata de asesinarme, intento que no consigue por intervención de varios individuos y entre ellos la policía que se lo lleva para la cárcel. Yo me retiro a casa donde a poco fui intimado para concurrir a la Jefatura Civil pues Amador Uzcátegui, parcializado por el yerno de Cardona y cuyo Secretario Dr. Matute es el padre del asesino de mi hijo, extrema contra mí su malquerencia, calificando de riña lo que sólo fue agresión injusta por parte del juez que había absuelto al asesino, parcializándose a favor de él como lo demostré en los Alegatos que he publicado.

El incidente ocurre en Mérida, a donde Salas ha regresado para ocuparse de sus propiedades, toda vez que desde el 2 de febrero de este año se había residenciado con su familia en Caracas (en el número 122, de la avenida Este 4, entre las esquinas de Monroy a Misericordia y donde viviría por tiempo muy prolongado), en busca de tranquilidad para su alma desasosegada por la muerte de Carlos y por el lamentable proceso judicial seguido a su asesino (“Salgo con mi familia para Caracas, donde pienso residir algún tiempo en busca de tranquilidad para mi espíritu cruelmente probado con el asesinato de mi hijo Carlos”). Llegado a Mérida, enferma fuertemente de paludismo y tiene que ser tratado con inyecciones de quinina, por prescripción de los médicos tratantes, los doctores Hugo Parra y Diego Carbonell, el célebre científico.

Por si todo lo sucedido en torno al terrible caso fuera poco, Salas será llevado a prisión durante casi un mes por los hechos contra el doctor Sardi, individuo de contactos e influencias políticas muy grandes en tiempos gomecistas (en otro sentido, la podredumbre de la justicia que ya sufre en carne propia no sólo agudizan su desánimo por la disciplina jurídica para la que se ha formado, sino que le hacen cambiar su entusiasta primera impresión sobre el gobierno del general Gómez y apreciar su factura autoritaria y dictatorial). El 10 de octu-

bre queda en libertad tras firmar una caución de no agresión en contra de Domingo Sardi.

Abatido y desmoralizado, regresa a Caracas para continuar el camino de estudio, investigación e intelecto, aún largo para él, que se ha trazado como contribución patriótica y, claro está, como evasión personal ante tanto dolor vivido y ante tanta impunidad padecida. El duelo por el hijo ido y el duelo por la patria perdida parecen asociarse para fortalecer la médula inquebrantable de sus pasiones de sabio comprometido con las raíces profundas y complejas del pasado nacional. Con este pasado glorioso en sus sueños, deja atrás sus queridas tierras, sus amadas propiedades (la Hacienda “Belén”, uno de sus refugios más caros; y la “Villa Adelaida”, cuya construcción lo ha desvelado tanto desde 1915) y, también, en apariencia, el oscuro pasado reciente que la vida le ha impuesto vivir.

El hablar **indio**

En la ciudad de Caracas, a los diez y seis días del mes de junio de mil novecientos diez y ocho, reunidos en la casa del señor Christian Witzke, por excitación del señor doctor Julio C. Salas, los nombrados y los demás que luego se expresan, con el propósito de constituir una sociedad que se ocupe en investigaciones y estudios de Antropología, Etnología y otras ciencias relacionadas, se procedió a considerar el motivo de su reunión: acogida calurosamente la idea y fines dichos, como medios para realizarlos se discutieron y aceptaron por unanimidad los Estatutos que se insertan al pie, presentados por los doctores Julio C. Salas y Luis R. Oramas.

Como si de un exilio se tratara, una vez transcurridos los cuatro años tristes vividos en Mérida después de 1914, Salas llegará a Caracas propuesto a dar rienda suelta a sus pasiones de estudioso. Continúa en silencio la elaboración de su “gran diccionario comparado” y refina sus conocimientos e interpretaciones sobre la prehistoria cultural del país, no como una actividad de engrعيمiento erudito, sino como forma magistral de comprender los enormes valores que determinaron la constitución de Venezuela. Además, querrá siempre comprender lo nativo venezolano dentro del paisaje magnífico que significa la gran cultura americana.

Todo este coherente y disciplinado entusiasmo, quizá uno de los rasgos más calificadores de nuestro biografiado, va a propiciar que Salas realice una de las empresas más importantes de su biografía de estudioso: la fundación de la Sociedad Venezolana de Americanistas “Estu-

dios Libres". El día 16 de junio de 1918 queda instalada esta singular institución académica al celebrarse la primera asamblea de sus socios, a modo de miembros numerarios. La significación que esta sociedad llegará a tener queda anunciada en la nómina misma de fundadores y del número que les toca ocupar dentro de la sociedad. Ella recoge los nombres de los diez astros que ya son o que serán en las ciencias del hombre rubricadas con sello venezolano: Julio César Salas, Luis Ramón Oramas, Pedro Manuel Arcaya, Alfredo Jahn, José Ignacio Lares, José Luis Andara, Samuel Darío Maldonado, Christian Witzke, Abelardo Gorrochotegui y Enrique Suárez Borges. Ocuparían, respectivamente, Salas y Oramas los cargos de Director y Secretario Perpetuo.

Además de los miembros fundadores, la Sociedad completaría paulatinamente, y después de una labor de invitación puntual a personalidades en todo el país, su prominente cuadro de sabios de la antropología, la lingüística y el folklore. Ya para el 20 de septiembre de 1918 han sido incorporados otros nueve socios activos: Elías Toro, Aarón Benchetrit, J. B. Ascanio Rodríguez, José Eustaquio Machado, Oscar A. Machado, Ricardo Zuloaga, Juan Iturbe, J. A. Rodríguez López y A. Calatrava Rengel. Asimismo, en la misma fecha se produce la primera convocatoria a "notables etnógrafos" nacionales, en un inteligente y plausible desempeño por institucionalizar la actividad de la ciencia:

Se invitan a formar parte de la Sociedad Venezolana de Americanistas de «Estudios Libres» a los notables etnógrafos doctor Tulio Febres Cordero, doctor Emilio Menotti Spósito [Mérida], doctor Amílcar Fonseca [Trujillo], doctor Américo Briceño Valero [Valera], doctor Lisandro Alvarado, doctor R. Freites Pineda, doctor Antonio Álamo, doctor Pedro Montesinos [Barquisimeto], señor Luis Eladio Contreras [Barcelona], doctor B. Tavera-Acosta, bachiller E. Sifontes, bachiller Martín Arvelo [Ciudad Bolívar], doctor A. Lecuna Bejarano [Upata], doctor Félix M. Beaujón [Coro], doctor José Gil Fortoul [ausente de la República], Herman Leyba [Curazao].

Para el 28 de octubre de 1918 está, a su vez, ya constituida la primera nómina de Socios Cooperadores. Se trata de un repertorio de celebridades de ámbitos muy diversos de la vida intelectual y pública de la Venezuela de ese momento. Integran la lista ochenta y siete escaños, entre los que podríamos destacar, como ejemplo, algunos nombres destaca-

dos de estudiosos, escritores y artistas: Vicente Dávila, Pedro Elías Gutiérrez, Francisco Jiménez Arráiz, Santiago Key Ayala, Manuel Segundo Sánchez, José Antonio Ramos Sucre, Víctor Manuel Ovalles, Vicente Lecuna, Alejandro Fuenmayor, Eduardo Röhl y Vincencio Pérez Soto.

La primera reunión se llevaría a cabo en la casa del reconocido Christian Federico Witzke, cónsul de Dinamarca en Venezuela y director de los Museos Nacionales, fundador de los museos de Bellas Artes y de Ciencias Naturales, además de director de la *Gaceta de los Museos*, y, destacadamente, creador del Museo Bolivariano. Experto en museos y apasionado por lo que ellos representan, Witzke era para este momento no sólo un venerable y respetable coleccionista de objetos patrióticos, sino una de las personalidades más influyentes de la vida cultural venezolana. Ubicada entre las esquinas de Principal y del Conde, podemos hoy imaginar lo que suponía de inmejorable lugar y de provisor ambiente la casa de Witzke para esa primera junta. Las siguientes, si tomamos en cuenta la dirección que aparece tras el nombre del director-fundador, serían en Este 4, N° 122, lugar de habitación caraqueño de Salas.

La Sociedad Venezolana de Americanistas cumpliría muchas tareas. Sin embargo, las más destacadas serían la creación de un museo, de una biblioteca y de un laboratorio con la intención de conservar y estudiar las muestras físicas del patrimonio prehistórico nacional, desde la pluralidad investigativa de las ciencias paleohistóricas mayores (antropología, arqueología, paleontología y etnología). En otra lectura, la pasión coleccionista de algunos de los miembros de la Sociedad vendría a ponerse en funcionamiento (entre otros, además del propio Salas, serían afamados coleccionistas de objetos sobre la antigüedad venezolana Lisandro Alvarado, Rafael Fréitez Pineda, Christian Witzke, Abelardo Gorrochotegui y Alfredo Jahn):

(...) con tal fin los socios pueden ceder en calidad de préstamos sus colecciones particulares, conservando los objetos en vitrinas cerradas, cada estante o vitrina llevará el nombre del propietario. Se excitará a los venezolanos a que no dispersen o exporten todos aquellos objetos de Antropología, Etnología, Arqueología y Paleontología, cuya pérdida sería irreparable para la Historia Natural de Venezuela, los cuales deben enviarse a esta Sociedad para estudiarlos, conservarlos y tenerlos a disposición de los estudiosos nacionales o extranjeros, en la ciudad de Caracas, donde esta Sociedad funda su asiento.

Junto a estas tareas, la creación de un órgano informativo resultaba una necesidad de primer orden. Y, he aquí, que se abre uno de los capítulos más memorables en el mundo de las ediciones científicas venezolanas con la aparición de la importante revista de esta institución. Tendría por título *De Re Indica* y estaría llamada a convertirse en el saldo más perdurable de la Sociedad que Salas había fundado.

Los cuatro números de la revista que logra publicar son, hoy, no sólo un documento para la reconstrucción de la ciencia social venezolana, sino, por si esto fuera poco, el más rico repertorio de conocimientos etnográficos y lingüísticos de su tiempo, período caracterizado por el fuerte ímpetu fundacional que comporta para la comprensión de todas las actividades de investigación que, más modernamente, quedarían bajo la tutela de la antropología como ciencia rectora.

Un recorrido por el valioso repertorio nos acerca a la jerarquía que alcanzaron estos estudiosos singulares y nos permite calar de cerca la factura prodigiosa de la que estaban hechos. En esta idea, el primer número va a señalar el curso y el alcance que tendrá la publicación completa, constituida por un total de cuatro números aparecidos los tres primeros en 1918: 20 de septiembre, 28 de octubre y 22 de diciembre; y en 1919, el último número, el 14 de junio. El sumario del número 1 evidencia sobradamente el tono de las materias tratadas, la plantilla habitual de los colaboradores y la solvencia de los aportes que hasta hoy no deja de considerarse magistral: “Lenguas indígenas que se hablaron en Venezuela”, por Pedro Manuel Arcaya; “Denominaciones geográficas precolombinas de Venezuela”, por Julio César Salas; “Problemas antropológicos y etnológicos americanos”, por Alfredo Jahn; “Sociología antropológica”, por Samuel Darío Maldonado; “Patronímicos quiriquires y vocabulario paraujano comparado con el guajiro”, por Luis Ramón Oramas; “Un bote de ganado”, por Abelardo Gorrochotegui; “Venezolanismos. Zamuro”, por J.A. Rodríguez López; “Andes venezolanos. Vocabularios”, por José Ignacio Lares; “Pro Patria et Scientia”, por Luis Ramón Oramas; “Correspondencia científica”, por Samuel A. Lafone Quevedo (afamado etnógrafo argentino, único autor foráneo en todos los números de la publicación).

Como queda claro, las páginas de la revista permiten conocer un momento estelar en la historia de nuestra etnografía y lingüística. La

escuela positivista y el naturalismo de estirpe darviniana han ido macerando un gusto por el estudio objetivo en las ciencias y consolidando métodos sistemáticos para plantear reconstrucciones etnolingüísticas de las culturas precolombinas venezolanas. Siguiendo los cauces abiertos por los maestros Arístides Rojas y Adolfo Ernst, la nueva generación empeñará todo esfuerzo por alcanzar dibujar íntegramente el cuadro de los orígenes venezolanos. Tanto para Salas como para sus compañeros de generación, que en gran medida él se encarga de seducir y de inducir (en el mismo sentido con el que Key-Ayala querrá evaluar la tarea de Lisandro Alvarado y de su *Obra Inducida*), la investigación a partir de los restos y ruinas de las lenguas aborígenes pasará a entenderse como fundamental para arribar a la meta de reconstrucción cultural que se imponen.

En cumplimiento de estos trazados, *De Re Indica* recolectará para su conservación vocabularios generales de lenguas indígenas poco estudiadas o ya extintas y repertorios toponímicos de variadísima especie. Muestras de lo uno como de lo otro pueden apreciarse en los estudios de Lares ("Andes Venezolanos. Vocabularios", N° 1), Oramas ("Patronímicos quiriquires y vocabulario paraujano comparado", N° 1) y Alvarado ("Noticia sobre los caribes de los llanos de Barcelona", N° 3), en cuanto al primer asunto; y fundamentalmente de Salas, en cuanto al segundo, como veremos más adelante. En la misma tonalidad, se publicarán algunos estudios sobre indigenismos incorporados al español venezolano de Rodríguez López ("Venezolanismos. Zamuro", N° 1; y "Folklore venezolano", N°s. 2 y 3) y del general Gorrochotegui ("Lenguas indígenas. Vocabulario inédito de palabras indígenas de uso en castellano o que se hablan familiarmente en varios puntos de la América del Sur", N° 2). No quedarán sin espacio las consideraciones sobre afinidades y clasificaciones lingüísticas por parte de Arcaya ("Lenguas indígenas que se hablaron en Venezuela", N° 1) o las que atañen a problemas generales de antropología en los estudios de Jahn ("Problemas antropológicos y etnológicos americanos", N° 1) y Maldonado ("Sociología antropológica", N°s. 1 y 2).

El papel de Salas al frente de *De Re Indica* no sería, como es de suponerse, meramente administrativo. Al contrario, la revista va a recoger algunas de sus colaboraciones más significativas y emblemáticas. Ellas

nos permiten pulsar el rumbo de las investigaciones que adelanta, así como reconstruir los pasos que da en el desarrollo y elaboración de sus obras mayores, siempre mantenidas en un discreto silencio hasta que su culminación sea ya un hecho.

En total serían seis los estudios etnolingüísticos de Salas recogidos en la revista que dirige: “Denominaciones geográficas precolombinas de Venezuela” (Nº 1), “El maíz” (Nº 2), “Plantas indígenas de uso común en América” (Nº 2), “Los Orígenes. Sobre las lenguas indígenas americanas. Su corrupción. Falsos derroteros” (Nº 3), “Indios Mucus etc. Nación Timotes, de los Distritos Rangel y Miranda del Estado Mérida (Venezuela)” (Nº 4) y “El mito de la antropofagia” (Nº 4).

Ajenos a los temas duros de sus investigaciones, Salas publicaría en el último número de *De Re Indica* uno de sus artículos más influyentes y determinantes para entender la estirpe ideológica de su pensamiento. Se trata de un escrito sobre “León Tolstoy y sus obras” que ofrece una vez cumplidos nueve años de la muerte del grande novelista ruso, dos de la revolución bolchevique y uno del asesinato del zar Nicolás II junto a su familia. Como manifestación de la amplitud temática depositada en su revista pionera para la reflexión y la ciencia sociales, el artículo en cuestión pone en circulación un espectro de planteamientos en torno a la justicia social, al problema de las desigualdades, a la posesión latifundista de la tierra y al del ejercicio de una religiosidad para el bien. Muy rico en opciones de pensamiento, habría que decir que entiende Salas el símbolo de honestidad social e ideológica que representa la figura de Tolstoy y, magistralmente, el sentido social de la literatura. El texto se declara contrario a las revoluciones mentirosas que no se sustentan en la justicia y el amor como fuentes fundamentales de la felicidad humana. Como si quisiera verse en el propio espejo del escritor ruso (terrateniente y hombre de la tierra que libera a sus esclavos y que se libera de las ataduras de sus bienes materiales a favor de un proyecto estético y filosófico sobre los desajustes humanos y sociales), Salas formula la tesis del excomulgado. Aquí, el teórico social accede a sacralizar la gestión del hombre escritor que creyó en la solución a los males sociales gracias a una práctica de la fraternidad entre los hombres. El positivista spenceriano, sólo irreligioso en apariencia, cede aquí su rol ante el ejemplo

cristiano del escritor ruso execrado por religiones e iglesias, como si Salas pensara en las propias excomuniones religiosas y científicas que va a recibir de sus coterráneos y contemporáneos de antes y de ahora (el lamentable olvido de su obra y el desinterés por su edición y conocimiento no pueden entenderse sino como formas de exclusión). He aquí el código magnífico de religiosidad, humanismo y socialismo con el que cierra su artículo de fervor tolstoiano:

La ciencia, el arte, los progresos de los pueblos y la civilización con todos sus convencionalismos y oropeles, caen batidas en brecha por el ariete poderoso de la moral de Cristo, olvidadas por la humanidad y predicada al hombre de nuestro siglo por el insigne ruso. Que las naciones deben reflexionar, pues marchan bajo los predicados de la fuerza interior y exterior a un abismo insondable, que la única solución para los más arduos problemas sociales es la práctica de la fraternidad: «Ni siervos ni señores», es su divisa. Éste fue el excomulgado León Tolstoy, quien siendo poderoso en riquezas, siervos, influencia y poder, rasgó sus pergaminos, dio libertad a sus esclavos, les repartió tierras y bienes y vistió el capote del trabajador o mujik ruso, para ganarse diariamente la vida con el sudor de su frente.

El corpus de estudios que integraban *De Re Indica* estaba acompañado por una de las secciones más interesantes. Titulada “Varia”, y presumiblemente escrita íntegramente por el director, daba cierre a cada número de la revista indigenista de Salas. Gracias a esta sección fija era posible que estuvieran enterados los lectores de muchos asuntos relativos a la publicación misma y al desarrollo y destino de la Sociedad de la que era órgano de difusión y, adicionalmente, de noticias académicas y científicas de su momento. De los aspectos concretos más interesantes podrían contarse: la incorporación de nuevos miembros, la consolidación del museo y la biblioteca, la vida de la Sociedad (el regreso a Mérida de Lares, el viaje de Maldonado al Bajo Orinoco, la designación de Arcaya para sustituir a Salas como director), el descubrimiento de una cueva indígena en Carache (estado Trujillo), la lista de publicaciones recibidas o canjeadas y, entre otros aspectos, noticias de actualidad vinculadas con la Sociedad, su revista y sus miembros.

Corrían los años difíciles de la gripe española y sus terribles estragos también se dejarían sentir en Venezuela, en donde la cifra de muertos promedió unas veinte y cinco mil personas. La sección “Varia” de la

revista de Salas no va a estar ajena a las fatales consecuencias que tendrá para algunos de sus socios. Es el caso de las noticias sobre la ruptura de la periodicidad entre los dos primeros números, sobre la fractura que sufre Oramas cuando presta sus servicios a personas enfermas de la gripe y, principalmente, sobre los fallecimientos de Elías Toro y Luis Muñoz-Tébar a consecuencia de contraer la funesta enfermedad. Los textos que informan y lamentan estos hechos resultan reveladores del trato sensible y cariñoso que caracterizaba a la Sociedad, en el espíritu de las verdaderas confraternidades científicas.

Así, la sección "Varia" del número 2 consigna las primeras notas sobre "la epidemia de gripe que azota esta ciudad, desde mediados del mes de octubre" y que "han demorado considerablemente la salida de esta Revista". Salas, sin saber aún lo que se avecina, anota con preocupación: "Ojalá el flagelo, que tantas víctimas ha causado, cese ya su obra destructora". En este mismo lugar, se da cuenta del fallecimiento del ingeniero Muñoz-Tébar. Por su parte, el número tres va a informar el reposo de un mes que ya sigue Oramas "a consecuencia de la fractura del brazo izquierdo ocurrida llenando servicios benéficos de la Junta de Socorros, a los damnificados por la epidemia de gripe".

Será, sin embargo, la nota de duelo a raíz de la muerte del doctor Elías Toro la que resulte más significativa del impacto con que la cruenta enfermedad toca de cerca de la Sociedad Venezolana de Americanistas. La celebridad del fallecido, además, va a teñir el infausto suceso con los tintes de una tragedia nacional:

Entre la multitud de miembros importantes de la sociedad de Caracas, perecidos últimamente, a consecuencia de la terrible epidemia de gripe, que ha reinado en esta ciudad, se cuenta el sabio médico y naturalista, cuyo nombre encabeza estas líneas. Por sus personales dotes de carácter, era el doctor Toro, legítimo orgullo de Venezuela y de cuantos disfrutaron de su trato exquisito o han leído sus luminosas elucubraciones. Escritor de nota, deja multitud de escritos, entre ellos su obra Por las Selvas de Guayana, en la cual consigna sus observaciones personales cuando acompañó la comisión de deslinde con la Guayana Británica.

Pertenecía el doctor Toro a la Sociedad Venezolana de Americanistas «Estudios Libres», la que expresa en estas líneas su duelo, a la vez que se une al de la Patria por el fallecimiento de este distinguido literato y envía sus palabras de condolencia a sus deudos.

Si la revista tuvo su punto de partida con el acta de fundación y los estatutos de la Sociedad, manifestación de una fuerza espiritual muy grande, la revista va a terminar con una pequeña nota en la que Salas se despide de los lectores y anuncia su viaje a Europa, que equivalía a una derrota al comunicarles que tanto la revista como la Sociedad quedaban terminados. La partida del director de una y otra y, dadas las evidencias, líder y motor fundamental de ambas, marcaban lamentablemente el fin de esta notabilísima experiencia creativa: “Julio C. Salas, Director de la Revista *De Re Indica* saluda a sus lectores y se despide con motivo de ausentarse en viaje para Europa”.

Habría que preguntarse, por último, qué significaron las empresas científicas de Salas durante el bienio 1918 y 1919, qué estaban anunciando como desarrollos en la biografía venidera del sabio merideño, voluntariamente exiliado en Caracas, y qué datos ciertos se tienen para este tiempo sobre el estado de sus proyectos científicos e intelectuales.

Si comenzamos por la última de estas preguntas, tendría que concluirse que mientras dura la tercera de sus incursiones hemerográficas (sobre las huellas maestras de *Mérida* y de *Paz y Trabajo*) y la fraternidad de americanistas criollos, Salas ha terminado de dar forma casi definitiva o parcial a los dos tratados que muy pronto verán la luz: *Civilización y barbarie* y *Los Indios Caribes*. Asimismo, su ciclópeo proyecto etnolexicográfico *Orígenes Americanos* avanza con la pulsión más ordenada. Muestras y avances de la implicación que estos temas y sus correspondientes preocupaciones de estudio tenían para el Salas de *De Re Indica* son más que abiertas en las colaboraciones para la revista que ya se han comentado. En cierta medida, sus artículos deben entenderse como minúsculos anticipos de lo que llegarán a ser las últimas tres grandes obras en su producción como sociólogo, etnohistoriador y lingüista.

Y si un elemento es común a estas obras finales como a las previamente publicadas y que, como si de una magnífica bisagra de pensamiento se tratara, la revista *De Re Indica* recoge y proyecta, será el amor desmedido por la tierra patria presente y pretérita como auspicio esperanzador de futuro. Su acercamiento a las culturas primitivas no será, así, ocupación de vana sabiduría o de huera erudición, sino, contrariamente, ruta obligada para la comprensión de las voces culturales que desde tiempos remotos parecen insistir en la urgencia por

entendernos en un hablar indio que alimenta tanto lo aborígen y lo mestizo, lo nativo y lo criollo, lo indígena y lo español como fuerzas promotoras y demolidoras en la constitución de lo americano y de lo venezolano, para Salas una sola y única entidad etnológica.

Su personal consigna de “hablamos indio”, en la pandimensión conceptual ya referida, vino a formularla apenas dos años más tarde, en 1921, cuando redacta sus críticas al tratado *El castellano en Venezuela* (1897), el más importante estudio sobre la lengua venezolana del siglo XIX, de Julio Calcaño. Salas le reclama a este tocayo nominal, mas no de pensamiento, que no comprenda los orígenes indígenas de nuestras voces criollas y que, en su lugar, pretenda buscarles nobles nacimientos en lenguas clásicas u orientales que ninguna solución pueden aportar a este respecto. Salas no puede aceptar que Calcaño vea sanscritismos, helenismos, latinismos y arabismos donde ha debido ver tainismos, tupismos, caribismos y aruaquismos, afrontando la nobleza que estas últimas ascendencias indiscutiblemente también reportan a nuestras voces indígenas venezolanas. Y, aunque después optaría por un título más académico, escribe al frente de sus *Apostillas al libro El Castellano en Venezuela de Julio Calcaño*, en rotundas mayúsculas: “Hablaamos Indio. Estudios sobre el Castellano de Venezuela”, la más noble y afortunada de sus gestiones de etnógrafo e historiador de las lenguas venezolanas.

La síntesis de esta filosofía del hablar indio como forma de cultura y patriotismo auténticos, germen de la tierra verdadera y sin imposturas de ninguna clase, quedarán selladas en uno de los momentos magistrales de su crítica hacia el Calcaño exotista y contra-indigenista. El estilo literario de Salas, a más de efectivo, no teme acotar las estrechísimas cuotas de oxígeno que deja a su contrincante, a quien destruye con elegantísimas y cultas referencias:

Individuos hay que en medio del bosque no encuentran leña, ni junto a las claras linfas del río ven el agua, pues mirando las estrellas los asaltan las sombras de la noche y se mueren de hambre, de sed y de frío, cuando no se pierden en las marismas o se desbarrancan siguiendo penosas y agrias cuestas, y después de mucho trabajar nada han hecho. Tal pasa a quien alardeando de políglota, filólogo, historiador y etnógrafo, a la vera del campo y junto a la clara fuente histórica, a vocablos esencialmente indígenas americanos atribuye ascendencia castellana, eúskara o gallega, o campeando por sus

respectos llega a los solares árabe y gótico, latino y griego y hasta las derruidas tapias del sánscrito y fenicio, lenguas cultas; o montado en alado clavileño, o en hipógrifo violento, alcanza los campos púnicos, en busca de turbias por oscuras fuentes de los malayos del Indico, cuando no abreva en las negras y pestíferas aguas de Angola y Mazapán. Pero esas etimologías, así buscadas, son una ínsula Barataria y nosotros que no tenemos fuerza ni suficiencia, para perseguir tan lejos lo que como criollos tan a la mano hallamos, convidamos al lector a este rústico banquete americano, en que si no encuentra pan de trigo ni exótico sorgo, puede satisfacer su hambre con arepas y cazabe.

Los días gloriosos de *De Re Indica* no hicieron sino anunciar las fuerzas aún mayores del pensamiento de Salas que estarían por llegar. Todavía con más reciedumbre, aumentará su desesperanza frente al presente y, para salvarse, su implicación con los orígenes de los pueblos americanos, un paisaje pretérito de sensibilidades que lo fascina con su esplendor magistral y que lo encanta con su luz inextinguible.



Objetos precolombinos de la colección personal de Julio César Salas

La civilización y **la barbarie**

En 1919 publiqué el libro *Civilización y Barbarie: Estudios de crítica sociológica americana*, que ha merecido general aceptación por el concienzudo e imparcial análisis de las nacionalidades hispano-indias y la génesis histórica de las causas que estorban su desarrollo. El ilustre sociólogo argentino José Ingenieros, quien publicó en su *Revista* párrafos tomados de mi libro y un juicio muy favorable, me escribió una carta en que resumiendo su apreciación dice que mi estudio debe considerarse por la América hispana, como ruta o cartilla política. Esta obra fue impresa en los Talleres Gráficos "Lux", de Barcelona, España.

"Repúblicas retardadas" era el título que Salas iba a colocar originalmente al frente de su libro *Civilización y barbarie. Estudios sociológicos americanos*. Se decide por este último, de mayor abolengo entre intelectuales y estudiosos americanos (son claras las vinculaciones con la obra homónima del intelectual argentino Domingo Faustino Sarmiento), al congeniar la consecuencia aludida en el primer título pensado y la causa que suponía para ello el contenido del título definitivo que la obra iría a tener.

El 14 de junio de 1919 anuncia en las páginas de *De Re Indica* su despedida por motivo de su viaje europeo y en agosto se embarca, vía Estados Unidos, con destino a España. Desde enero de ese año ha puesto el punto final de su nueva obra y lo esperan en Barcelona, en los

Talleres Gráficos “Lux”, para la definitiva autorización de la edición, que ve la luz al poco tiempo de pisar tierra catalana. Ha cargado, también, con el manuscrito de *Los Indios Caribes*, cuya publicación demorará dos años más.

Además de las tareas editoriales, Salas cumplirá en Europa otras igualmente importantes en torno a sus investigaciones en los archivos y bibliotecas españolas y francesas como parte de las necesarias documentaciones primarias que le son requeridas para la hechura de muchas de sus obras venideras, algunas por publicarse y otras, las más de ellas, por dormir sin ver las prensas en vida del autor. El 15 de julio, como se refiere en *Tiempo Perdido*, recibe una credencial, a los efectos de acreditar sus tareas de consultas en archivos, del director y secretario de la Academia Nacional de la Historia, respectivamente, los doctores Felipe Tejera y Rafael Villavicencio.

Durante estos años, Salas comenzará a recibir una abundante manifestación de recepción afirmativa sobre sus obras anteriores, tanto nacional como internacional. Estas comunicaciones, en realidad, van a constituir el primer cuerpo de apoyo a la internacionalización de su obra que, además de granjearle admiración, van a instalar sus trabajos y aportes como referencia obligada para el tratamiento de temas etnolingüísticos americanos y venezolanos. Entre otras, las firmadas por Paul Rivet y José Ingenieros. La cercanía científica con Rivet va, en otro sentido, a tener tanta trascendencia como divulgador de la obra de Salas entre la comunidad francesa y mundial de americanistas que, muy pronto, va a recibir uno de los galardones más especiales por su trayectoria de estudioso, hazaña muy rara para ningún otro venezolano de su tiempo: el nombramiento como Individuo Correspondiente de la Sociedad de Americanistas de París.

En la medida en que recibe el encomio del mundo científico, el gobierno dictatorial venezolano del general Gómez va a ir afilando sus baterías en contra de un pensador de ideas tan novedosas y de pluma tan dura. Nucete-Sardi cuenta cómo el peso de la opinión adversa hacia Salas sostenida por personeros gomecistas va a influir para que la Academia Nacional de la Historia, que había llevado su nombre para ser incorporado en su seno, deponga la elección a favor de un colega políticamente menos comprometedor:

En 1919 también en Barcelona, España, publicó este libro que mereció aplauso de la crítica en todos los países de América y creó dificultades al autor para poder regresar a Venezuela, gobernada por la dictadura gomecista. Aplacadas las suspicacias levantadas por los áulicos lectores del libro, que quizá el dictador no leyó sino oyó las intrigas en torno a la publicación, tiempo después el autor regresó a Venezuela sin inconvenientes.

Algunos académicos de la Academia Nacional de Historia se propusieron presentar a Salas, en acuerdo con los Estatutos, como candidato a un Sillón en dicha Academia, pero el generoso y justo proyecto de esos Académicos no prosperó porque otro Académico de reconocida obra e influyente en la política dictatorial, manifestó que tal candidatura sería muy mal vista en Maracay y peligrosa para la Academia. A pesar de que la ilustre Corporación no es un organismo político, la prudencia se impuso porque así eran los tiempos dictatoriales...

Todo ello no será sino la reacción natural suscitada por una obra tan polémica y combativa como *Civilización y barbarie*. ¿Qué resulta, entonces, tan problemático en el contenido de esta obra; qué planteamientos remueven a tantos; qué contiene esta escritura para lograr despertar la conciencia sobre los problemas más agudos de nuestra realidad social y cultural?

Como en ningún otro de sus libros, el sumario de los veinte capítulos que la componen pautan los temas de reflexión y ataque y señalan rectilíneamente la norma demoledora que Salas se ha impuesto en esta obra indiscutiblemente maestra.

Sus páginas nos obligan a un recorrido inquietante y agónico sobre la constitución de la naturaleza espiritual del continente enfrentada a la decadencia de las enfermas repúblicas. La visión maravillada de la realidad natural se desploma ante el vórtice impuesto por los deterioros sociales. En este paisaje desolado, la historia dolorosa de las naciones americanas parece transformar la esencia moral de cada tiempo en crecientes degradaciones, sin impedir que su discontinuidad vaya a sumergirse en el abismo. La utopía americana de un destino feliz queda desvanecida ante la crueldad de la acción despiadada de la política personalista y de la existencia de gobiernos autoritarios. Las virtudes de los hombres grandes quedan diluidas por los vicios éticos más rudos. Pudiendo, en suma, ser ricos en cuerpo y alma, somos pobres con una solemnidad que produce terror.

El libro se abre con el punzante “Prefacio apologético” y éste, magistralmente, con un triste y luminoso epígrafe encargado a Juan Vicente González, que Salas ya ha utilizado para su estudio de 1910: *Necesidad de adaptar la legislación venezolana al medio etnológico*. Apoyado en el pensamiento del escritor más visceral y crítico del siglo XIX venezolano, Salas busca datar, si no el origen del mal, sí uno de los momentos de diagnóstico más estremecedores. Como si de un Salas adelantado se tratara, leemos el texto de González como si también leyéramos las propias palabras de Salas y su intención por esbozar el retrato escalofriante de la criatura que a continuación pintará con derroche:

Tan incapaz soy de adular al poder de la multitud, como al de un hombre, y desdeñoso por carácter de la popularidad que se compra de ordinario a precio de la virtud, y que honra menos de lo que dura, mi pluma no anima aristócratas ni tribunos, ni esas vanas promesas cuya realización, siempre ofrecida y siempre esperada, constituye las sociedades en un estado permanente de mentira y de guerra.

Desde el epígrafe al índice, este libro debió molestar en exceso al dictador, a su cohorte gobernadora y, también, a muchos lectores comunes que no entendieron la enorme exigencia que el autor se imponía para hablar de la Patria sin discursos de falaz exaltación, sino derramando lágrimas convertidas en hiel, para atacar con fiereza a los culpables y para poder execrar con dureza a los verdugos. Para Salas, culpables y verdugos de la Patria serán todos los que prefieran callar en vez de delatar y los que prefieran resignarse en vez de batallar. En este sentido, el prefacio ofrece todas las claves. *Civilización y barbarie* contendrá terribles verdades para alcanzar la utilidad social que se ha propuesto, pues cree que la verdad es un “cauterio poderoso” contra el mal que anida en repúblicas retardadas en su progreso: “pues si urge secar los pantanos e higienizar los poblados, debe destruirse también esta marisma infecciosa política, que corroe y aniquila el organismo social, cubriéndolo de asquerosas llagas”. Hablar claro es una obligación de todo individuo en una sociedad en donde “la cizaña arraiga más que el trigo”. Y como someterse y callar es un crimen en este medio, Salas hará la apología del grito de alarma en que terminará convertido todo su libro (por no decir que, enteramente, su obra toda).

Capítulo a capítulo iremos sintiendo el progreso de estos planteamientos y, eléctricamente, iremos apreciando el corte sanguinolento que imprimen sobre el cuerpo de las naciones americanas (y sobre el de Venezuela), reflejado en el propio cuerpo del autor como si de un infarto prolongado se tratara. Este libro significa el rugido de amor más desesperado que se haya escuchado en la tierra venezolana de su tiempo como resultado de la más seria inspección sociológica posible de la tierra venezolana, que Salas conocía como el que más.

Produce un acercamiento que no deja de someter a juicio a ninguno de los procesos y a ninguno de los actores que hicieron la historia de la nación americana en general y venezolana en particular. La periodización en que se quiere dividir la historia de estas naciones aparece cuestionada en sus caídas y privilegiada en sus ascensos. El efecto de conquistadores y colonizadores y su incidencia en las culturas indígenas es motivo de una crítica que no sabe de medias tintas. La tarea evangelizadora es revisada en cuanto a sus influencias benéficas o despiadadas. Todo elemento es procesado por la mirada de un autor que sólo tiene al frente a sí y en el centro de su corazón la significación o no que todos estos procesos y protagonistas pudieron tener en sus distintas intervenciones. Las consecuencias de la disolución del régimen español y el nacimiento de las repúblicas a causa de la Independencia son subrayados motivos de estudio y semillero de explicaciones para avalar la debacle revolucionaria y la ruina caudillesca en que acabó convirtiéndose la historia decimonónica de nuestras naciones. La vida política y social contemporánea es factor principal de la investigación del autor y desenlace funesto de una biografía republicana que sólo conoce de choques entre lo civilizado y lo bárbaro, entre el ideal de progreso y la cotidianidad del atraso y entre la esperanza de felicidad y la presencia dramática de la ignorancia.

La interpretación de este cardiograma ofrece, además, algunas de las mejores páginas escritas por este escritor de méritos mayúsculos. Espigar algunas de ellas es, también, la mejor manera de proponer la comprensión cruenta de su lacerante materia. Especialmente reveladoras de la factura recia de este libro, el más violento de todos los que Salas escribiera, serán las demoledoras críticas que propina a la política personalista y dictatorial de las siempre huérfanas repúblicas ame-

ricanas, producto de la valerosa condición de juez oracular que se impone, a cualquier costo. Muchas de estas ideas, a la luz del día de hoy, resultan anticipadas y premonitorias descripciones de situaciones por las que seguimos inexplicablemente atravesando.

A este respecto, interesa insistir en la simiente didascálica en el pensamiento de Salas que hará descansar las razones teóricas para explicar las revoluciones y las guerras civiles, el aumento de la criminalidad, la ineffectividad de las instituciones y de las leyes y, en suma, la miseria pública de Venezuela y el descenso de la moral evidenciado por el desapego que reportan en la instrucción y en la educación. El capítulo XX resulta, en esta idea, imprescindible:

Además de la falta de educación e instrucción, deben apuntarse otras causas de delincuencia en Venezuela, factores de carácter general que entraban el proceso evolutivo del país y que malean los buenos elementos indígenas e impiden su acrecentamiento de inmigración pacífica y trabajadora: nos referimos a la guerra civil, la cual, afortunadamente, tiende a desaparecer como cáncer nacional y perpetua fuente de males para la América Latina, cuyas nacionalidades jamás podrán progresar sin el íntimo convencimiento de que la revolución por fuerza aleja más y más el implantamiento de las instituciones republicanas, por cuanto empobrece al país, pues es una gran verdad que la riqueza pública atrae la emigración, y si un ilustre pensador argentino dijo que poblar es civilizar, podría también decirse que enriquecer es progresar en todos sentidos. Por otra parte, si lo que se busca con la guerra civil es traer nuevos hombres al poder con las mismas ideas, ¿qué se habrá ganado con tan costoso sacrificio? ¿Valdrá esa efímera alternabilidad la desaparición de tantas vidas y de tantas propiedades consumidas por la guerra? Los nuevos elementos, hechos gobierno, no porque sean nuevos serán mejores que los que existen, pues serán tan productos maleados del país como los otros y las clases gobernadas permanecerán siendo las mismas incapaces de siempre. Ante la verdad de este raciocinio, es insensato buscar el mejoramiento por medio de la revolución, pues, de contado, la guerra impide el progreso, y éste puede esperarse, a la larga, de la evolución de los sanos principios y de la instrucción del pueblo; así la paz, el trabajo y la educación cívica deben ser nuestros únicos ideales, si pretendemos el dictado de buenos patriotas.

La insistencia machacona en este concepto de patriotismo nada tiene que ver con la farsante imagen de los héroes, sino con la acción civilizadora del trabajador abnegado, del propietario honesto, del

empresario inteligente, del educador comprometido y, entre tantas otras, con la actuación del gobernante amoroso y consciente. La obra va a culminar insistiendo en el origen de los males nacionales y en su personal y moderno concepto de Patria. Oigamos, una vez más, el verbo encantador, inexorable y agónico de nuestro autor y la granizada que descarga en el capítulo final de su incomparable libro:

La civilización de los pueblos se gradúa o está en relación directa con la cantidad de libertad de que gozan los individuos, en virtud de las leyes, cuando éstas son cumplidas u obligan igualmente a mandatarios y gobernados.

Para el trabajador que así se arruina, lo mismo da que el origen de su miseria sea la República o el Rey, o que el fruto de su trabajo se dilapide por una corte corrompida y en la lista civil de los príncipes, o que vaya al bolsillo de los primates de la seudodemocracia y enriquezca a los políticos sostenedores del déspota.

El antiguo como el nuevo régimen, en sus efectos económicos, para América es igual, donde aun no se aplica el sabio principio de economía política «Dejar hacer, dejar pasar al productor de la riqueza nacional», apotegma que debe ser pauta de una verdadera administración de la sociedad en beneficio de todos los socios.

En muchas partes de América la política ha sido un conjunto heterogéneo de las más viles pasiones humanas, pues sobre el interés de las comunidades se ha destacado el egoísmo o personalismo utilitario; resortes políticos han sido también el odio, la vanidad ridícula, la ignorancia presuntuosa, la barbarie de la guerra fratricida, de los asesinatos, de las crueldades sin nombre, del terrorismo; la intriga, el fanatismo, el robo, la adulación bizantina... ¡Proteo de múltiples formas!... ¡Una hidra de mil cabezas!

Estas comarcas están enfermas por el convencionalismo y la mentira, taras retardatorias que inutilizan para la obra del progreso social el transcurso de los años perdidos en tejer y destejer esta bizarra tela política de la República y de las instituciones, vestido que, a través de sus roturas, exhibe nuestra vergüenza.

Conseguida la separación o emancipación política, el absolutismo de los monarcas españoles y de sus virreyes y capitanes generales fue substituido por el querer absolutista también de los que por la fuerza se habían adueñado del mando, única razón del ejercicio del poder en estas repúblicas de nombre, donde la representación nacional o el parlamento, después de algunos visos de independencia, bajo la presión de la fuerza, tuvo por misión ver, oír, callar y sancionar, a nombre del país, la voluntad del director, que con el nombre de Presidente, como pudiera haberse llamado César, supeditó en absoluto no solamente la función legislativa de los Congresos, sino hasta la Judicatura.

A proporción que se consuman los atentados contra la libertad y se multiplica la turba de aspirantes políticos que, incapaces de ganarse la vida fuera de la tutela del amo, fueron colaboradores más eficaces en la antipatriótica labor de destruir el país.

Los trabajadores también hemos llenado el bolsillo de injustos extranjeros por obra de los politicastros y politiquillos que nos hablan de patria, república, independencia y demás cantos de sirenas.

(...) y se nos ataca porque carecemos de la hueca e insubstancial palabrería de los patrioterros, de los aspirantes a la pitanza diaria, covachuelistas insignes, ratones de oficina y de expediente.

Y estos cínicos utilitarios, zánganos de la colmena social que se comen la miel del presupuesto, califican a los agricultores de antipatriotas, a los que con nuestro trabajo labramos los campos de la patria y somos la única razón de la existencia nacional, carneros de Panurgo a quienes se esquila incesantemente y que en el convite del león, como las fieras son tan exigentes y consumen tanto, temen quejarse y ser sacrificados por interrumpir con sus balidos de hambre la digestión de los animales de garra: tigres, lobos y raposas...

Referencias y metáforas, en definitiva, que, más que acallar a sus adversarios, levantaron el malestar del régimen dictatorial venezolano que pondría trabas para el regreso de Salas a Venezuela, donde su familia lo esperaba, y que recrudeció la hostilidad hacia un pensador que exponía una teoría nada democrática del cesarismo, en abierta discrepancia con la del ideólogo gomecista Laureano Vallenilla Lanz, autor del archifamoso libro *Cesarismo democrático*, publicado coincidencialmente el mismo año 1919, y que edificaba toda una justificación académica de la figura del autoritario caudillo andino. *Civilización y barbarie* va a significar, en este contexto, la contraparte del libro de Vallenilla Lanz, rechazando la existencia de un gendarme necesario que sirva para controlar el rasgo salvaje de las repúblicas americanas. Al contrario, Salas va a repudiar toda forma de autoritarismo y va a exigir para el labriego, el hacendado, el comerciante y, en general, para el ciudadano, el reconocimiento civilizatorio más extremo, pues ellos son los verdaderos patriotas y no los políticos falsarios que se atragantan con la interminable genealogía de los héroes y con la propaganda rutinaria de sus hazañas. Creyendo más en evoluciones y menos en revoluciones, Salas iluminará el camino hacia la civilidad,

cultura y educación de los pueblos para que pueda transitarse por él como única posibilidad para alcanzar el progreso, tantas veces soñado y tan pocas obtenido.

Corriendo todos los riesgos, Salas logrará salir librado de las garras del déspota y hacer propagar su personal y dolorosa teoría sobre el derrumbe de las repúblicas americanas, para enarbolar la patriótica bandera del progreso, que para él no podía tener sino los colores de la paz, del trabajo y del amor a la tierra.

La antropofagia del **espíritu**

En 1920 [sic] publiqué en la misma casa anterior mi libro Los Indios Caribes. Estudio sobre el Mito de la Antropofagia, obra bastante conocida de los etnógrafos. Está basada sobre textos históricos indiscutibles y en Documentos del Archivo de Indias de Sevilla, del de la Academia de la Historia y otros. De esta obra existe una segunda [sic] edición hecha por la Editorial América de Madrid.

Sin otra salida que prolongar su estancia española por más tiempo del previsto, en cuenta de la prohibición de entrar a Venezuela que el régimen del general Gómez le ha impuesto, Salas ganará el tiempo de este forzoso exilio para adelantar sus investigaciones en archivos españoles y, especialmente, para poner a tono y seguir paso a paso la edición de su libro *Los Indios Caribes. Estudio sobre el mito de la antropofagia* que, durante el año 1920 y buena parte del siguiente, se imprime en Barcelona. Como en el caso de *Civilización y barbarie*, libro gemelo hasta en eso, la impresión de este nuevo trabajo estará a cargo de los Talleres Gráficos “Lux”.

Muy pronto, la biografía de este libro ofrecerá notables peculiaridades. La primera y más elocuente será el desconocimiento y la desautorización del autor hacia la primera edición de su obra que publica, en 1920, la Editorial América, en su colección de libros sobre ciencias políticas y sociales. Por razones que no resultan fáciles de establecer,

Rufino Blanco-Fombona insiste en promover el trabajo intelectual de Salas, pero no respeta los textos originales entregados a la imprenta. Hay que recordar que Blanco-Fombona ya había hecho de las suyas con la edición madrileña de *Tierra-Firme*, durante este mismo año. Sin escarmentar plenamente, la Editorial América vuelve a ser encargada de este nuevo libro de Salas. Aquí la relación va a ser más problemática, pues la obra va a sufrir cambios en la redacción y eliminación de alguno de sus cuerpos documentales (varios capítulos del original culminaban con un conjunto de eruditos anexos documentales, muy del gusto de Salas, titulados “Ilustraciones”, que Blanco-Fombona sustrae completamente de su edición). Todo ello, a fin de cuentas, exige que Salas promueva una inmediata segunda edición el año 1921, considerada por él como la única que reconoce (esto es tal, que en la “Página autobiográfica”, referirá que en 1920 se imprimió la obra en la imprenta catalana, en una especie de fusión no intencionada de datos relativos a la edición madrileña y a la catalana). En definitiva, sus años españoles verán la publicación de este notable tratado por partida doble, pues, más allá de los detalles apuntados, la edición de 1920 se entenderá como la primera difusión de una de las temáticas etnográficas que más lo ha mortificado: la denigración de las culturas aborígenes del continente.

Aunque responde a otros intereses, sólo en apariencia más académicos, *Los Indios Caribes* resultará un libro complementario de *Civilización y barbarie*, y el desarrollo más acabado de muchas de sus propuestas e intenciones. Si en éste último Salas había resemantizado los conceptos de lo civilizado y lo bárbaro en relación con la naturaleza de nuestras sociedades americanas, un intercambio de roles no siempre fáciles de determinar, en su libro vindicador de los caribes asentará la certeza de sus logros conceptuales al testimoniar cómo la inversión semántica apuntada era un hecho en la evaluación de la historia de esta raza aborígen, catalogada siempre calumniosamente por los conquistadores y colonizadores europeos. Al invertir los términos de la ecuación interpretativa, Salas producirá una conclusión que hace recaer sobre el elemento foráneo todo el peso de la conducta bárbara y despiadada, frente al rasgo civilizatorio de los indígenas americanos.

El libro se abre con dos textos de singular interés: la dedicatoria de la obra para Abelardo Gorrochotegui; y un soneto, escrito por este amigo etnógrafo y poeta, dedicado por su parte a Salas, sobre el pueblo caribe. Las líneas en homenaje a su prominente compañero van, tempranamente, a determinar las claves que el libro develará: “Este libro, vindicación histórica de la calumniada raza caribe, que durante tres centurias luchó por la independencia del suelo patrio, lo dedico a mi amigo el general Abelardo Gorrochotegui, etnógrafo distinguido e inspirado cantor de los indios”. Por su parte, el dedicatario, autor de dos libros de notorio impacto en el indigenismo de este período: *Aramare* y *Viaje al Amacuro*, integrante de la generación de *De Re Indica* y coleccionistas de antigüedades venezolanas, escribirá una pieza de lírica y reflexiva inspiración:

El Caribe

No existen los Jiménez de Quesada,
ni Pizarro, ni Ordaz; ni el patriotismo
sujeto al sin igual obscurantismo,
de la Iberia de ayer, de horca y de espada.

¡No queda ya de la Conquista nada!
Ni el recuerdo siquiera del heroísmo,
y sin embargo, tú, Caribe el mismo,
después de tanta sangre derramada.

Pudiéramos decir que vana, incierta,
fue de Avaricia la matanza horrible
de los hijos de Arauco y de Campeare,

pues tú revives la falange muerta,
aunque abreves tu pena intraducible
en el dejo cerril del Mare-mare.

Estos umbrales escriturarios no hacen sino anunciar los fuegos que serán abiertos en la extensa y sustanciosa “Introducción” del libro

en donde quedan acopiados todos los elementos de pensamiento que el tratado irá alimentando en su crecimiento paulatino y posterior: defensa de los caribes, desmitificación de la atribución de antropofagia como costumbre de la raza, desarticulación del argumento de sanguinariedad de los indígenas como justificación para cometer genocidios por parte de conquistadores y colonizadores, discriminación entre la crueldad individual de algunos españoles venidos a América y la nobleza general de la raza hispánica, evaluación de la acción misional y descripción de las características etnográficas y antropológicas de los caribes, entendida como “la más bella familia indígena americana”.

El estudio de Salas se elabora al amparo de una idea matriz que es la de acabar con las fábulas que en relación con las culturas precolombinas aborígenes americanas habían gestado, con cuotas similares de responsabilidad, “la ignorancia de los conquistadores y la falta de criterio científico de los cronistas contemporáneos de aquellos magnos sucesos”. Una y otra, tanto como unos y otros, se vieron implicados en uno de los capítulos más dolorosos de la historia del continente: el completo exterminio de los caribes antillanos y de gran parte de los de tierra firme; un genocidio que, en cifras de Salas, supuso la desaparición de diez millones de personas a causa del “hierro, el fuego, las enfermedades y los trabajos a que fueron sometidos”.

Más allá de lo que pudieran hacer ver estos planteamientos de base, Salas no va a secundar la tesis antihispánica de otros estudiosos. Al contrario, entenderá como injusto hacer calzar el juicio hacia el conquistador inhumano y ambicioso, en todo caso una excepción, con la nación española completa. La misma precisión para Salas, muy a pesar de su no muy convencido clericalismo, valdría en relación con la objetiva evaluación de la labor misional. Manipuladamente, antes y después, se hizo mucho daño en nombre de la cristiandad y en nombre del imperio español: “Si la religión del Crucificado no puede ser infamada por la torpe conducta de aquellos atroces evangelistas, mucho menos puede serlo la noble España, a quien ineptamente se pretende hacer responsable del mal gobierno de los reyes de la casa de Austria y de los conquistadores, que no tuvieron por norma de su conducta los principios de derecho natural”.

La encomiable modernidad de la visión de Salas no será obstáculo para dejar de reconocer que América será una “tierra propicia para la injusticia y la mentira”, desde el nombre mismo que la designa, síntesis de “la falsedad y el engaño” (parece suscribir con esto, aunque sin declararlo, la tesis antivespucciana que Félix E. Bigotte había desarrollado en *Colón y su Descubrimiento*, entre 1904 y 1905). Salas, gracias a esta teoría falsaria de lo americano, produce un símil entre el desierto dominador del continente y la gestación de mitos igualmente falsos:

(...) continúa llamándose lo que en justicia debe nombrarse Colombia, como perdura la falsa imputación de que los indígenas comían carne humana, que preferían a cualquiera otra, error que de buena o mala fe se propaló por el mundo y que nadie ha pretendido destruir, como debe serlo por medio del análisis y la razón, pues cuando más, quien no ha convenido en la mentira se ha contentado con negar la falsísima imputación sin aducir pruebas.

En el camino científico de negar las fábulas americanas, Salas va a revisar la sumatoria de equivocaciones cometidas a partir de las ligerezas de Colón y de muchos cronistas e historiadores de Indias, estableciendo que los indígenas colombinos no eran “súbditos del gran Kan o caníbales”, que no eran “comedores habituales de carne humana o antropófagos en la lata acepción de la palabra” y que, para colmo, no eran “ni aun siquiera *caribes*”, en comprensión de la fragmentación cultural de los territorios inicialmente conquistados, refrendada una y otra vez por la multiplicidad de lenguas cercanas o distantes que en ellos se hablaban.

A contracorriente con todas las fuerzas activas por el estudio americanista de su tiempo, Salas va a querer desmoronar el edificio fantástico creado por los primeros escritores americanos, pero sin restarle su carácter de fuente imprescindible que tienen para otras materias. En esto, nuevamente, nos encontramos en presencia de una mentalidad científica moderna y con un investigador diestro y maduro. Los propósitos de la obra quedan, así, plenamente inscritos, y sus resultados protegidos ante futuras tergiversaciones:

Es hora ya de fallar en este juicio entre victimarios y víctimas, para lo cual, asistiendo a la creación del mito, iremos desechando uno a uno los testimonios invocados, desde los de Colón y de Américo Vespucci hasta el último, convencidos, cuando no de falsedad benévola, por lo menos de ignorancia. Esto no quiere decir en absoluto que se debe prescindir de la opinión de los cronistas y documentos antiguos, cuando no haya motivo para recusarlos, sino que se impone una paciente labor analítica para juzgar en conciencia y establecer la verdad, cuya pura luz debe llenar el mundo y vindicar una raza que fue juzgada a la ligera y con testigos falsos, y que condenada pereció sin ser oída.

Será éste el espíritu de defensa y justicia que habitará las páginas de *Los Indios Caribes* y que le aportará algunas de sus cualidades más perdurables. Reconstruye el origen del mito de la antropofagia, acompaña su historia, explora las razones para tal creencia, sanciona las acciones perversas de hombres insanos, establece las consecuencias nefastas para la raza, reflexiona en torno a la siembra de dolores sobre los que se levanta la tierra americana y, entre tantos otros cometidos, ordena un cuerpo de notables principios sobre el pensamiento humanitarista. Nada queda sin ser auscultado científicamente por su ojo evaluador: las órdenes de la corona española, la actuación del soldado, la instalación de un régimen de despiadada servidumbre humana, la acción evangelizadora, el calado de la lengua y cultura implantadas, la extinción y conservación de la raza aborigen, la irrealidad de las interpretaciones sobre el fenómeno indígena, las explicaciones maravillosistas y la fragua de nuevas fábulas ennoblecedoras de lo indígena americano.

En este último sentido, una de las cumbres de este portentoso estudio podría indicarnos el perfil completo de la espectacular cordillera. La referencia que se desprende del conjunto no es otra que la del mito de la Atlántida. Sumándose a los estudiosos que habían ya ofrecido para nuestras culturas nativas la seductora explicación de que ellas constituían la estirpe portentosa del continente hundido y anticipándose a lo que la arqueología y antropología venezolanas irían a resolver sobre tan singular hipótesis cultural, Salas hará una intervención de brillo propio: acabará con un mito por mediación de otro.

En la vertiente de búsqueda de explicación sobre los orígenes americanos, uno de los tópicos más caros a Salas, la teoría atlantídea permi-

tirá aunar una sapiencia múltiple sobre América que entrecruza resultados ganados por la etnografía, la historia, la mitología, la religión y la lingüística en torno al monotema de comprender la fragua de nuestras naciones indígenas prehistóricas. En todo ello, Salas será hijo de su tiempo y su renovador más esforzado. Su tesis, además, va a funcionar como encabalgadura entre las de Pedro Antonio Carrascosa y Rafael Requena, respectivamente, autores de *Orígenes Americanos* (1906 y 1909) (vinculado con Salas hasta por el coincidencial e inspirador título) y de *Vestigios de la Atlántida* (1932). Tanto para el primero como para el segundo de estos autores, el origen de las grandes civilizaciones antiguas va a entenderse estrechado con la civilización que el continente hundido fue capaz de hacer prosperar. Curioso resulta que se llegara a ver al Egipto antiguo y a la Grecia clásica como hijas magníficas de la sapiente y gloriosa estirpe de pensamiento, estética y progreso inaugurada en la Atlántida, que en época antigua el divino Platón había descrito con brillo encantador. De esta suerte, Carrascosa establecería hermandades entre los caracteres escriturarios grabados en la “Piedra de Sarare” (la Roseta venezolana), perdida casi al momento de ser encontrada en las cercanías de Barquisimeto, con las de la babilónica escritura cuneiforme. Con similar arrojo, Requena concluiría que el “Turiano”, una de las razas atlantídeas, constituyó la cuna venezolana más originaria. En paridad de desarrollos el Tolteca, lengua y cultura madre de todas las que después del diluvio se gestaron, dio como frutos más sublimes los pueblos faraónicos del Egipto (apreciar la carga de apasionado convencimiento que portan las palabras de Requena no dejan de fascinar: “La civilización egipcia de que tanto se ufana el mundo tuvo, pues, su origen en la civilización tolteca, del mismo modo que las civilizaciones mejicana y peruana, caracterizadas por la azteca y quechua, respectivamente”). Orígenes y vestigios contemporáneos americanos y venezolanos, entonces, no hacían sino concertarse para invertir toda la etimología civilizatoria del orbe terráqueo y para postular nuevas y sorprendentes explicaciones sobre el decurso humano.

Sin refrendar, ni mucho ni poco, estas hipótesis, Salas va a invocar a la Atlántida con otros fines y en otras situaciones. Más que asomar filiaciones teóricas o más que abrir fuegos en contra de la solución

sobre el misterioso continente, recupera los nexos entre atlantes y caribes, pero sin forzar ningún tipo de fundamento que conecte este mito con el de la antropofagia, centro de la reflexión de Salas en este libro. El capítulo V de *Los Indios Caribes* da cuenta de estas relaciones aún no del todo culminadas y del debate entre mitología y ciencia que se desarrolla a la par en el pensamiento de nuestro autor:

¿De dónde procedía esta raza caribe? ¿Debe buscarse su país de origen en Norteamérica o en el Sur de este Continente, en las Antillas o en Honduras, en la cuenca del Misisipí o en la de los ríos Atrato, Orinoco, Amazonas y Paraná? Nada concreto ha podido aún establecerse sobre tan interesante cuestión antropológica; pero, no obstante, la hipótesis basada en el tipo físico y etnológico de estos indios, que ocupaban y ocupan la parte oriental de América, permite juzgarlos como los Atalantes, como se denominarían por los antiguos pelasgos a los afines de los antiguos guanches de las Canarias y de los bereberes del Norte de Africa, raza que en tiempos prehistóricos fue destruida por la gran catástrofe geológica que hundió la Atlántida de Platón en el seno del mar; catástrofe tan grande que en el antiguo como en el nuevo mundo se hallan vestigios de ese enorme diluvio o anegamiento universal en todas las teogonías, así como en los mitos de la India y en el poema de la Ramayana y en las mitologías egipcia y griega. De cualquier manera que se resuelva en lo futuro tan interesante problema, démoslo por no pertinente por ahora a nuestra investigación histórica sobre el origen del mito de la antropofagia de los americanos precolombinos, y sobre todo de la familia Caribe, cuyo nombre falsamente ha sido sinónimo de antropófago, caníbal o comedor de carne humana.

La complejidad de esta reflexión, enmarcada en una más compleja sobre el origen del hombre americano, hará que Salas tome partido por los principios de la escuela creacionista, que se afirmaba sobre similitudes antropológicas, etnográficas, lingüísticas y religiosas para establecer afinidades entre los pueblos precolombinos y entre éstos y los del mundo antiguo. Además, quedaba a la vista la base orientalista sobre la que descansaban estas teorías. Rechazando los parentescos escriturarios (“se ha hablado de las inscripciones fenicias o cuneiformes, que dizque se han encontrado en Sur América”), reforzará la tesis atlantídea (en suma, un sinónimo bíblico del diluvio universal) para la explicación sobre el origen del continente americano y su permanente cercanía con el este planetario:

En verdad que resulta incuestionable ese anegamiento universal o diluvio, cuya tradición pertenecía igualmente a los pueblos americanos y a los indoeuropeos, y que, sin ese cataclismo, sería imposible explicar las similitudes que existen entre las estatuas de piedra o colosos de la isla de Pascua y las ruinas ciclópeas del Alto Perú, donde las razas que se sucedieron en una y otra parte, los aymaras incásicos y los taitianos, se deformaban el cráneo de idéntica manera, deformación que igualmente practicaban otros polinesos de Sumatra, Borneo y Nueva Guinea; por tal modo se explicarían esas afinidades, si el Asia estuvo unida a la costa del Perú antes que fuese separada o rota la faja ecuatorial primitiva o cuaternaria, pues costumbres aún menos notables, como la navegación en balsas de los antiguos peruanos, fue encontrada entre los isleños polinesos en las soledades del Pacífico, islas cuya fauna y flora tienen grandes similitudes con las de esta parte de América; y si en la parte occidental de este Continente se advierten tantos puntos de contacto, no menos se hallan en la parte oriental, entre los caribes y los bereberes, restos perdidos de los anegados Atlantes, atrevidos y valentísimos en los tiempos prehistóricos, como hoy mismo, tipos antropológicos tan parecidos, que al mismo Colón le sorprendió la semejanza física entre los valientes ciguayos y los guanches, indígenas de las islas Afortunadas o Canarias, que con los bereberes serían los descendientes en el antiguo mundo de los audaces escaladores del cielo, que Júpiter, airado un día, sepultó en el Océano Atlántico al destruir el puente que unía al Africa con las Antillas y Venezuela.

Más allá de la verdad y de las futuras refutaciones o confirmaciones que en esta materia llegarían más tarde a estos estudios, *Los Indios Caribes* resulta un libro cargado de noble sabiduría sobre las culturas indígenas venezolanas y, más aún, de nobilísima sabiduría sobre la historia de dolor e infelicidad que planeaba sobre el continente americano. Indiscutiblemente, una de las más penetrantes será aquella que define al inconmensurable continente en relación con la generación de falsedades, mitos y deslealtades con la verdad que transitaron y transitan en la mente y pensamiento de los que buscan entenderlo. En este sentido, la fórmula que Salas alcanza será demoledora, al asociar la mentira en proporción directa con la enorme prolongación territorial americana: “luengo país luengas mentiras”.

La lección magnífica de esta obra, en definitiva, no será otra que recordarnos que la más dañina de las depredaciones humanas es la que considera no tanto el cuerpo de los etnocondenados, sino los descalabros del espíritu: la más agónica de las antropofagias. La defensa

indigenista de Salas moverá todos los cimientos del edificio de una historia parcial del continente, para promover un acercamiento de sólidos nexos hacia los pueblos aborígenes, deslastrados por efecto del fallido entendimiento de los valores máximos que estos pueblos poseían. La asignación de antropofagia, pues, será vista por Salas como el más injusto y deshonesto de los argumentos inventados para justificar desmanes y aprovechamientos de toda laya.

Pueden referirse, al menos, tres orientaciones en la recepción crítica sobre *Los Indios Caribes* y tres modos de entender sus valores inmensos, al momento en que se presenta la obra. Renuencia, entusiasmo y cautela podrían ser las aristas contrastantes que trazan el cuadro crítico de una obra de calado tan complejo como ésta. Los responsables de esta triple faceta receptiva serán tres astros del firmamento científico y literario de este tiempo: Lisandro Alvarado, Jesús Semprum y Diego Carbonell.

La revista *Cultura Venezolana*, de la que Salas era colaborador (destaca, entre otros escritos, un comentario al *Cancionero popular venezolano*, de José Eustaquio Machado), recogerá la reseña que Alvarado escribe sobre *Los Indios Caribes* para el número 14 de la prestigiosa publicación, correspondiente a junio de 1920. Titulada “Etnografía americana”, marca una clara oposición a los planteamientos de Salas, aminorando el interés por una investigación tal y restando sentido a la necesidad de abordar un estudio con tales características y sobre tales presupuestos. Parece Alvarado indicarle al autor sobre la inutilidad del asunto tratado, apelando, muy sobriamente, a que la ciencia ya lo ha superado. Como un intento por demeritar la obra, quiere definirla sólo por sus rasgos jurídicos, en la idea de que estos conllevan irremediablemente manipulación documental y silenciamiento discursivo: “Tiene en este sentido todos los caracteres de un alegato jurídico, y, en consecuencia, empieza por tachar testigos y recusar jueces, no escapando a este recurso ni aun los que han objetado, como los señores Juan Ignacio de Armas y B. Tavera Acosta, la costumbre de la antropofagia señalada entre los primitivos habitantes del suelo americano”.

Contrastando con la lectura de Alvarado, Semprum, el más acre de los críticos literarios de su tiempo, ofrecerá, para el número 1, del tomo XVIII, de la revista cubana *La Reforma Social*, correspondiente a

septiembre de 1920, un escrito de sensato aplauso y de entusiasta asentimiento hacia la argumentación y enfoque que Salas canaliza y edifica en su obra: “La antropofagia caribe se considera hoy como un mito, urdido aposta por los conquistadores. Todavía existen quienes repiten la fábula de los caníbales, y hace poco, en un libro de viajes norteamericano, se hablaba de los antropófagos que demoran en las selvas ignotas de las orillas del Marañón. Los escritores modernos que han estudiado el asunto con circunspección científica, rechazan definitivamente la especie de la antropofagia de los aborígenes americanos. ¿Cómo nació y cundió esta creencia en el mundo entero? Esto es lo que trata de explicarnos el autor de este volumen”.

Finalmente, a otro orden pertenecerá el señalamiento de Carbonell sobre la obra de Salas. Encontramos en su ensayo dedicado a los “Historiadores de indias” (en su libro *Históricas y pseudoseruditas*, 1939), un discreto comentario que, sin abrirse rumbo por ninguna de las posiciones encontradas, entiende la obra como aproximación equilibrada sobre una cuestión de pertinente investigación. En esta idea, señalará, citando por la edición de 1921, a diferencia de Alvarado y Semprum que sólo conocen la obra por la edición no autorizada del año 1920, más allá de las formas y los recursos, el logro revisionista de la obra: “Este doctor Chanca, timorato y extravagante, recuerda que habría sido costumbre entre esa gente de caribes comer carne de hombre de la que aseguraban era muy buena; pero el señor Julio C. Salas, con astucia o sin ella, ha negado el que los indios fueran antropófagos”.

Salas regresará al país, después de levantada la negativa en su contra impuesta por el gobierno gomecista, al que adversará en todo momento (en sus *Notas históricas e íntimas* escribirá que el estado Táchira, cuna del dictador, es “el peor regido de todo el país donde impera el bandidaje organizado por Juan Vicente Gómez”), portando las dos antorchas más luminosas de su portentosa obra de americanista: *Civilización y barbarie* y *Los Indios Caribes*, esta última en la edición del año 1921, encargada a la ya referida editorial catalana.

El reino de **Mitrídates**

Posteriormente he sido invitado a formar parte de la Sociedad de Americanistas de París. En 1924 asistí al Congreso Americanista de la Haya y Gottemburgo, en el que presenté en esquema mi obra Orígenes Americanos, estudios de las religiones e idiomas indios comparados y plan general del trabajo, que he logrado terminar en estos cuatro últimos años como lo anuncio al XXIII Congreso de Americanistas que acaba de tener lugar en Setiembre de este año de 1928, en Nueva York. Como puede verse de la transcripción inglesa del discurso con que presenté mi obra, ésta comprende actualmente diez y seis volúmenes, en que más de doscientas mil palabras de quinientos cinco idiomas y dialectos de toda la América han sido colocadas en riguroso orden alfabético y comparadas con las correspondientes de cerca de seiscientos idiomas de Europa, Asia, Africa y Oceanía. Este trabajo no ejecutado hasta hoy, representa veinticinco años de constante labor, pero se puede considerar básico respecto a la prehistoria de América, pues se demuestra claramente la unidad de las Religiones y Lenguas del mundo, obteniéndose por comparación el valor semántico de las voces y raíces de cualquier idioma con respecto a los factores sociológicos o del mundo físico, asistiendo, podemos decirlo, al nacimiento de los Dioses, de las Religiones y del Habla y Escritura que tienen la misma cuna. Sería de desear que un Instituto científico se encargase de la publicación de este Gran Diccionario Comparado.

Superadas las tormentas auspiciadas por sus dos libros anteriores, Salas recorrerá selvas menos escabrosas, navegará aguas menos traicioneras

y pisará arenas menos movedizas. Terminará refugiándose en la lingüística y en el estudio amoroso que ésta le incita como si intentara encontrar una forma de sanar su espíritu, toda vez que la tenebrosa confrontación con la verdad social ha tenido en él un efecto tan devastador.

Asiste al Congreso Internacional de Americanistas reunido en Nueva York el año 1928 para dar cuenta de la culminación de su monumental diccionario comparado de lenguas indígenas. Escondido tras el equívoco pero sugestivo título de *Orígenes Americanos*, ése que una y otra vez aparece en su obra anterior, se encuentra el más extraordinario y ambicioso de los trabajos lexicográficos venezolanos, nunca antes diseñado y nunca después realizado por ninguno de nuestros estudiosos del lenguaje.

Sus cifras son alarmantes: dieciséis volúmenes, más de doscientas mil palabras, más de quinientas cinco lenguas indígenas de América y seiscientos idiomas de otras partes del mundo son considerados por su autor para componer esta obra de proporción descomunal y cuyo signo es la comparación polifónica como una búsqueda de la armonía diversa de los hombres y los pueblos a través de sus lenguas.

Siguiendo un riguroso plan de trabajo, Salas había presentado en 1924 (en el Congreso de Americanistas realizada en sedes compartidas entre La Haya y Gottemburgo) el esquema de su obra y el adelanto correspondiente a la letra A-Ale, que se editaría ese mismo año como publicación independiente. José Nucete Sardi (en el "Prólogo" a la segunda edición de *Tierra Firme*, llevada a cabo por la Universidad de Los Andes), reconstruye el debate de ideas y sentimientos que a Salas, abierto opositor de la dictadura del general Gómez, le reporta la invitación que, para asistir a este congreso en representación del país, se empeñará en cursarle y en defender su candidatura el doctor Pedro Manuel Arcaya, en su carácter de Ministro de Relaciones Interiores. Arcaya, viejo amigo de Salas y su compañero en numerosos tópicos e intereses científicos, logra convencer tanto a Salas como a los funcionarios del régimen para que todo marche dignamente y se alcance la honorífica representación científica que Venezuela llevó a la más prestigiosa reunión de americanistas del mundo. Podemos suponer cómo privó en el pensamiento del sabio merideño más el compromiso por el estudio que el repudio a la estéril contingencia política: "Fue la única

vez que representó a Venezuela oficialmente en una reunión científica, naturalmente alejada de la política”.

Cuatro años más tarde, en 1928, anunciaría (en el Congreso de Americanistas realizado en Nueva York) la culminación de la obra y el cumplimiento del proyecto, una tarea de atlante que se había impuesto cumplir y que ya la había cumplido durante veinticinco largos años. Haciendo algunos cálculos, vemos a Salas, a comienzos de siglo, aún antes de publicar *Tierra Firme* (1908), libro inaugural de su bibliografía, recogiendo materiales, anotando voces, ordenando listas de palabras, estableciendo afinidades, ensayando definiciones y construyendo el edificio monumental de la mayor de sus obras. Y esta visión es, más allá de una muestra de meritoria perseverancia, una comprobación de la solidez de una obra que desde temprano se ha trazado objetivos muy firmes como verdadero proyecto moderno de investigación y que se ha ido haciendo con la madurez al desgastar años de aprendizaje y desarrollo. *Orígenes Americanos* supone para su autor la recompensa más grande y orgullosa a una gestión sistemática y apasionada de investigación edificada, como todas las de raíz multilingüe y mitridática, en la soledad y el silencio más aterradores. Se muestra, pues, feliz ante el mundo científico: “He aquí la obra, vuestra aprobación y la satisfacción que experimento al ver mi labor terminada es por ende bastante recompensa”, dirá en la introducción a la muestra.

Junto a la fascinación que produce la culminación de una obra así, logro y esfuerzo no siempre bien entendidos en los trabajos lexicográficos, Salas presiente las dificultades para la difusión de este gigantesco edificio de resultados lingüísticos y no duda en apuntarlas en su *Página autobiográfica*, que escribe el mismo año 1928, en Nueva York: “Sería de desear que un Instituto científico se encargase de la publicación de este gran Diccionario Comparado”.

Como confirmando un designio que su autor veía dramáticamente venir, de los dieciséis volúmenes que componen esta obra sólo se publicó la muestra, de unas cincuenta páginas, que presentó en 1924 en La Haya y Gottemburgo. Reposan, aún, inéditas las miles de páginas que dan forma a este portentoso *Mitrídates*, como la más monumental de las obras que nunca lingüista venezolano alguno logró soñar y, sobre todo, que nunca lingüista venezolano alguno logró concluir.

Resulta de todo ello, además, entender la seriedad con la que Sala asume su tarea de lexicógrafo y la agudeza que despliega, en tiempos tan tempranos para nuestra profesionalización, para someter su obra a la consideración de la comunidad científica internacional. Pionero en la asistencia a reuniones tan renombradas como las organizadas por los americanistas mundiales, Salas será de los primeros estudiosos sociales venezolanos, si no el primero de todos, en participar de manera tan destacada en las señaladas asambleas dedicadas a la americanística.

El propio Salas nos ha dejado un recuento personal, conservado entre sus papeles inéditos y aún sin publicar (nos valemos de la transcripción del documento ofrecida por Andrés Márquez Carerro en *Julio César Salas a través de su vida y de su obra*; una miscelánea biobibliográfica del año 1978, sin editarse todavía), sobre las incidencias y desarrollo de las sesiones del XXI Congreso Internacional de Americanistas, del año 1924. La primera parte del evento fue instalada en La Haya el día 12 de agosto, con una conferencia magistral a cargo del afamado americanista francés Paul Rivet, sobre el origen del trabajo del oro en América, y culminada el 16 del mismo mes, con otra conferencia central a cargo del ponderadísimo etnógrafo holandés C. H. de Goeje, sobre los nombres de las tribus caribes de la Guayana. La segunda parte del evento se llevaría a cabo en la ciudad sueca de Göttemborg, entre el 20 y el 26 de agosto. La narración de viaje que Salas produce sobre la transición de un país a otro en la realización del congreso resulta de primera importancia para adentrarnos no sólo en las dificultades económicas y materiales de la asistencia al congreso, sino en la madera de viajero científico y académico que anidaba en la hechura del sabio venezolano:

(...) la visita del Palacio de la Paz y la recepción de los congresistas en el Palacio del Kurhaus por el Burgomaestre de La Haya, fue nuestra despedida de tan simpática ciudad, pues partimos al siguiente día para Göttenburgo (Suecia), no sin lamentar que fuese necesario tan costoso y largo viaje, de treinta y cuatro horas de tren y vapor, para dar fin a nuestro cometido asistiendo a la segunda parte del XXI Congreso de Americanistas, realmente que fue inconsulta tal disposición previa del anterior Congreso, ponernos en el caso, a la mayor parte de los concurrentes, de atravesar no sólo el Atlántico sino también el continente europeo y hasta el mar Báltico hasta Escandinavia.

A las cinco de la mañana del 18 de agosto arribamos a Trelleborg, primera tierra nueva que pisamos, de allí en un confortable tren corrimos desde el extremo sur de la península, poco menos de tres grados hacia el Norte pasando por Malmö sobre el golfo de Sound que separa Suecia de Dinamarca, luego volvimos a visitar el mar del Norte o el Kattegat y llegamos a la importante ciudad de Halmstad donde el barón Erland Nordenskiöld a nombre de la Junta Preparatoria dio la bienvenida a los miembros del Congreso al igual que lo hizo la prensa y especialmente el enviado especial del diario Göteborg Morgon Rost, finalmente a las cuatro y media de la tarde hubo de terminar el cansado y largo viaje en Götensburgo, capital comercial de la Suecia y bella ciudad de más de doscientos mil habitantes, puesta de gala para honrar, como cumplía a un país que carece de analfabetas y es reputado por su amor a las ciencias, a sus huéspedes estudiosos de todos los climas y de doce lenguas diferentes; antropólogos, etnógrafos, lingüistas, historiadores, arqueólogos, etc., muchos de ellos sabios de reputación universal que gozosamente acogió en su seno la tierra de Linneo y de Cristina de Suecia, prodigándoles atenciones y festejos (...)

En Suecia, tuvo el sabio venezolano la oportunidad de entrar en contacto, personal o no, con algunas de las figuras internacionales más rutilantes de su tiempo en los estudios etnolingüísticos y etnohistóricos: Paul Rivet, Franz Boas, J. Alden Mason, Sylvanus Morley, Max Uhle, R.H. Lowie, Gustav Bolinder y Erland Nordenskiöld. Todos ellos célebres etnógrafos, antropólogos y lingüistas, muchas de sus obras van a considerarse como indicaciones perdurables para la comprensión de las culturas y los pueblos aborígenes americanos y como hitos en la historia de estas disciplinas científicas. Habría que recordar, en este sentido, alguna de las obras por ellos producidas para hacernos una idea clara de cuánto fueron capaces de aportar y de cuál fue el beneficio que nuestro autor pudo sacar de una reunión tan nutritiva de personalidades, a la que el propio Salas iba a honrar. Uhle fundaría la arqueología americana con sus importantes hallazgos en Perú y Argentina, habiendo publicado ya su obra *Las ruinas de Tomebamba* (1923). Bolinder se especializaría en *Los indígenas de las montañas nevadas del trópico* (1925). Lowie, de la Universidad de California, publicaría la mejor síntesis historiográfica de este tiempo científico en su *Historia de la etnología* (1937). Morley, el arqueólogo maya del Instituto Carnegie de Washington, se haría un americanista clásico

con su obra *La civilización maya* (1946). Boas echará las modernas bases de la lingüística norteamericana con su *Manual de las lenguas indígenas americanas* (1964) (además, culmina, en 1940, un texto de inspiración salista: *Raza, lengua y cultura*). Rivet, gloria del americanismo internacional, destacaría especialmente con su imprescindible *Los orígenes del hombre americano* (1943). Alden Mason se ocupará brillantemente de *Las lenguas indígenas de América del Sur* (1963). Sin embargo, será Nordenskiöld, uno de los anfitriones suecos del congreso y reconocido americanista, miembro de una familia de geógrafos y exploradores (su primo Otto sería protagonista de varias expediciones a la Patagonia, siendo la del naufragado *Antartic* la más publicitada, en vista del rescate espectacular de parte de la tripulación perdida durante años), el que, quizá, presente más similitudes de estudioso con nuestro autor. Sus *Estudios de etnografía comparativa* (1918-1938), en diez volúmenes, es producto de una maestría científica y de una espiritualidad erudita hermanas de las que Salas profesó y confirmó en sus obras y, aunque no tengamos evidencias documentales para sustentarlo, de las que creemos hizo gala con su presencia y presentación en el evento internacional de americanistas.

Si bien la intervención central de Salas se llevó a cabo el lunes 25 de agosto, antes tuvo oportunidad de tomar la palabra, tanto en Holanda como en Suecia, para hacer aportes a las ponencias de otros colegas. Se refieren, a este respecto, las precisiones hechas a la conferencia de Rafael Altamira, único de los delegados españoles en asistir, sobre la revisión de las consecuencias de la conquista española en América: “Mal muy grande fue que la conquista y población de nuestra América no se hiciese a nuestro nombre sino al del Rey Católico”. Asimismo, las investigaciones arqueológicas de Salas entran en la consideración del profesor vienés Heder, “que en la mañana había discurrido sobre las famosas *Piedras Verdes* de los Indios de Venezuela (*Klangplatten* aus *Nephrit* aus Venezuela) mostró cuentas de collares de esta procedencia general en todo el país, según el profesor Dr. Julio C. Salas, quien halló de estas cuentas de nefrita en la parte central del país en sepulturas de los indios Tacariguas, así como entre los Mucuchíes y Cuicas de la región occidental y hoy mismo se encuentran en uso entre los Guajiros”.

Llegado su turno como conferencista, Salas hace lectura del proyecto de su “Gran diccionario comparado” de lenguas indígenas americanas, un aporte a la lexicografía y lingüística del continente, así como a la etnografía y mitologías americanas. Para comunicar la pertinencia del talante descriptivo de este diccionario, ya muy avanzado para el momento en que lo anuncia ante la comunidad científica mundial, anexa una muestra con artículos correspondientes a la primera letra del alfabeto. Son éstas las palabras con las que Salas relata su participación en evento tan memorable para la historia de la ciencia venezolana del lenguaje y para la memoria sobre su profesionalización:

En la Sesión II (Sala 5) conferenciaron el Profesor William Gates sobre el Codex mejicano de Dresden y la interpretación de una de sus páginas; el Profesor Hendriksen de Copenhague sobre arqueología peruana; el Dr. Laurentino Oloscoaga, delegado por Argentina, leyó una reseña sobre las razas aborígenes de su país; el Dr. Salvador Debenedetti, también argentino, disertó sobre las expediciones arqueológicas oficiales y privadas en la parte Noreste de dicha República; El Profesor Dr. Julio César Salas, de Venezuela, presentó a la consideración del Congreso el primer volumen de su obra “Lenguas Comparadas” con relación a los Orígenes Americanos, dando lectura a la introducción para hacer palpar la identidad de los mitos religiosos en el Antiguo y el Nuevo Mundo y de muchas palabras con que se expresan.

En 1924 Salas había mostrado, como vemos, sólo la primera visión del complejo reino de Mitrídates. Una convención en la historia de la lingüística designa con el sintagma *Mitrídates* a aquellos textos diccionariológicos que pretenden ambiciosamente describir monumentales caudales de materiales lingüísticos, con énfasis en el léxico de, a su vez, gigantescas variedades de lenguas. En otros casos, se designa con el término *Mitrídates*, en recuerdo del rey Mitrídates VI, Eupator o El Grande, monarca del Ponto, famoso por su talento de conquistador y conductor de triunfantes campañas bélicas, hombre valeroso y sanguinario, de prodigiosa inteligencia y que se había hecho inmune a los venenos para que sus enemigos no lo mataran con facilidad, el más mítico conocedor de lenguas en el mundo antiguo; se designa con este término –decía–, aquella obra de fronteras ilimitadas por la extensión de los materiales considerados y por la profu-

sión de opciones lingüísticas a tomar en cuenta. Nos habla este término de diferencias y de semejanzas de lenguas y de razas, de clasificaciones y de orígenes insospechados. Asimismo, de la filiación de Salas a una de las estirpes de estudio lingüístico más sólidas en la historia de estas vocaciones.

Anuncios aparte, Salas logra dar forma a su monumental Mitrídates en la compleja factura de dieciséis volúmenes en que la obra se convertiría. De esta vasta arquitectura la suerte hizo que solamente se conociera hasta el presente una mínima porción del gigantesco diccionario. Ciertamente, el folleto del año 1924, titulado *Orígenes Americanos. Lenguas indias comparadas (A-Ale)*, iría a entenderse como la única imagen de una obra tan enorme.

Orígenes Americanos era, sin embargo, una que debía responder a una motivación etnográfica, en donde la raíz lingüística de la investigación sería considerada de primera importancia junto a la información mitológica y antropológica. Salas entiende gracias a esta obra que la lengua y las lenguas son vehículos de las culturas, de las costumbres y de las religiones de los pueblos. El estudio de estas últimas junto al de las lenguas debía reportar grandes provechos a la investigación etnográfica, al conocimiento de las culturas y al de la vida del hombre americano.

Las palabras tenían, según esto, que ser vistas como documentos etnográficos de estudio y, también, tenían que aportar al estudioso y al usuario del diccionario un alto grado de informaciones sobre los individuos y pueblos que las ponían en uso. De la palabra a la cosa viva era, pues, el principio metodológico al que venía a responder el trabajo lexicográfico.

Asimismo, la comparación debía surgir de ese mismo principio rector. La captación de semejanzas se traducía, con carácter de obligatoriedad, en semejanza de cultura y mentalidad, parentescos de costumbres y similitud de historia, aún para los pueblos más disímiles. La comparación léxica implicaba también la apertura a otros asideros etnográficos. Así, la lengua era proyectada en las creencias de los pueblos. La lengua, entidad siempre sagrada, era el producto y la razón de las religiones, aquello que de más propio ofrecía la etnología de un pueblo: "Hoy, a través de un estudio metódico de más de veinticinco

años, podemos afirmar que teogonía y lengua, palabras equivalentes, son una para la raza humana, y que cualquier investigación etnográfica para ser fructuosa debe basarse en la comparación simultánea de mitos y palabras”.

El diccionario, y más que ningún otro éste de naturaleza comparada, debía sostener la idea de su naturaleza etnográfica. Más que una obra que sólo tuviera como finalidad la descripción sistemática del léxico de una lengua, el diccionario aquí era visto como un objeto cultural, propuesto por unas culturas específicas, la de los pueblos indígenas americanos, y de la que tenía como misión dar cuenta de cómo eran.

De ahí que las conexiones entre las unidades léxicas tengan que recalcar la razón de sus ciudadanías, la explicación de sus orígenes comunes o no, la naturaleza de sus propuestas semánticas, las posibilidades de su particular interpretación del mundo, razón siempre última del estudio del lenguaje y de sus mecanismos de descripción.

En esta obra se van armonizando los ámbitos de la historia, la religión, la magia y el lenguaje en una compleja escritura etnográfica que privilegia el documento lingüístico como posibilidad certera de entender y retratar el origen, progreso y evolución de los pueblos. Las comparaciones que suponen la base sobre la que se arma el diccionario abren vías de análisis etnolingüístico que, por encima de la pura descripción, se erigen como los productos y las contribuciones más acabados de la época. En otro nivel de consideración, reflejan una asombrosa erudición y un conocimiento de la historia y cultura americanas nada común.

Y esta erudición cobra especial sentido cuando está en juego la realidad más conocida y querida del autor: los Andes venezolanos. Efectivamente, la voz *Andes* (“cordillera, ANTIS, Quichua”), propicia un documentado repertorio de referencias interculturales que, una vez más, valiéndose de la comparación, postulan, en suerte de reiteración metodológica *ad infinitum*, la similitud y conexión entre las culturas:

Andes, voz india americana y celtíbera, montes entre Vizcaya y Alava. Baudrimond en su Estudio sobre el origen de los bascos, trae “Andes” con el significado del Altos; y Fr. Gabriel de Henao, más razonablemente, dice que Ande es Ando o Endo, Endobélico, la

deidad cántabra o celta de la guerra, venerada por los iberos primitivos, en la cima de los montes. En los Andes de Italia, patria de Virgilio, se adoraba a Andirina; Andera, Cibeles o Belona la diosa del fuego de la guerra; Ander persa, Andra o Indra hindú.- Andrihmer, en la mitología escandinava, dios del fuego, o cocinero del Walhalla o Elíseo.- Andelos, top. Navarra, España, territ. De los Andelogenses.

Lingüista de montaña, Salas, sin proponérselo abiertamente, irá orientando el trabajo etnográfico hacia un objetivo latente que lo obliga a estudiar los orígenes americanos para descubrir, a través de las similitudes con otros pueblos, los orígenes andinos como una parcela privilegiada de la Venezuela etnográfica. Como un Mitridates andino, entenderá que la comparación de muchas lenguas entre sí y el manejo de los caudalosos materiales léxicos que ha acopiado sobre ellas, las lenguas de América y las lenguas del mundo, será la única razón suficiente y el único motor necesario para el conocimiento del hombre andino como hombre venezolano y como hombre americano. El proyecto lingüístico que Salas se había exigido, como no lo había hecho ningún otro estudio de su generación, crecería y prosperaría en una dirección persistente: el esclarecimiento del complejísimo panorama de las lenguas indígenas americanas, venezolanas, andinas y merideñas.

El logro más obvio, entonces, sería la destrucción de Babel (un símbolo de la confusión en el entendimiento entre lenguas y un sinónimo siempre nefasto de lo antilingüístico), en tierra venezolana y desde las montañas andinas. Podía desde ahora pensarse en comprender la prehistoria de nuestras realidades como cultura. Sin embargo, y muy lamentablemente, el proyecto Mitridates reposaría inédito hasta hoy, a un siglo de ser concebido por su autor.

Esta muerte de Babel no es sólo obra de Salas, sino de toda una generación de estudiosos y de científicos de la lengua que desde los Andes venezolanos, como también desde otras regiones del país, fueron armando el rompecabezas multilingüístico vivo aún a finales del siglo XIX y junto a este rico panorama, el de los orígenes lingüísticos y etnográficos del continente, del país y de las regiones culturales que lo integraron.

Salas fue la mente directriz de una escuela de etnógrafos del lenguaje andino, entre los que tendría que mencionarse a Jesús Manuel Jáure-

gui (*Apuntes estadísticos del Estado Mérida*, 1877), José Ignacio Lares (*Etnografía del Estado Mérida*, 1883), Rafael María Urrecheaga, José Gregorio Villafañe, Foción Febres Cordero, Américo Briceño Valero (*Factores étnicos de la raza Hispano-Americana*, 1905), Samuel Darío Maldonado (*Defensa de la antropología general y de Venezuela*, 1906), Tulio Febres Cordero (*Procedencia y lengua de los aborígenes de los Andes venezolanos*, 1921), Amílcar Fonseca (*Orígenes trujillanos*, 1908-1927) y Mario Briceño-Iragorri (*Procedencia y cultura de los timoto-cuycas*, 1929), entre otros. Como vimos, la empresa de edición de la revista *De Re Indica* (1918-1919) puede dar fe del liderazgo científico de Salas. Se convirtió, así, en el indiscutible conductor de un grupo de estudiosos notables que sintieron la necesidad de describir, reconstruir y conservar hasta el cansancio de sus fuerzas todo lo descriptible, reconstruible y conservable en la inmensidad de lo etnográfico ya extinto o de lo que muy pronto iba a desaparecer.

La imposición de Mitrídates en Salas daría un impulso renovador y firme a toda esta tarea ardua de preservación de lo que fuimos a través del lenguaje. La obra de Salas, como eco de toda una generación, vendría a constituir la ciencia andinística como parcela bien delimitada de estudio etnográfico, histórico y lingüístico. Durante aquellos años, sólo puede hablarse de una ciencia guajirística del lenguaje en sintonía con la que en los Andes venía haciéndose. En el resto del país, en cambio, son siempre aislados los intentos por numerosos que en algunos casos puedan ser. Pensemos, por un momento, en los estudios etnolingüísticos guayaneses, los más trajinados, y veremos que no ensamblaron en una corriente de pensamiento y metas tan uniforme como la andina.

Y si puede buscarse una explicación a esto, creo que se debe a la cohesión de pensamiento e ideología generada por el ámbito de montaña, por la cordillera subyugadora, por las necesidades que su presencia apremiaba en todas las inteligencias emanadas de ellas como para su propia reflexión. Estos autores descubrieron que las montañas no sólo eran un numen inspirador, sino, destacadamente, un espacio protector y conservador de realidades y materiales lingüísticos intocados por el roce del tiempo y alejados de la erosión de hombres de otros orígenes.

Las montañas andinas suponían un aislamiento. Los Andes como región signada por las montañas condicionaba la noción de que se vivía ajeno al transcurrir del resto del país y del resto del mundo. Los estudios dialectológicos estaban confirmando la fragmentación a partir de lo que las montañas y los ríos aportaban como marcadores de diferenciación entre los dialectos. Pequeñas poblaciones evolucionaban al margen de la evolución ciudadana o de otras regiones con otros condicionamientos de la geografía. Una caracterización del arcaísmo léxico era uno de los resultados más notables: la conservación, en cuanto al español, de la lengua del siglo XVI, aquélla de los conquistadores.

En relación con las lenguas indígenas el panorama no era menos complejo. No sólo una multiplicidad lingüística, sino, además, una fragmentación dialectal de las lenguas indígenas andinas casi indescriptible. Toda la andinística registraría esta situación. En otro sentido, las montañas marcarían la orientación del trabajo lingüístico y aportarían una ideología de la ciencia del lenguaje desde altas montañas. Mariano Picón-Salas ha aludido, en su ensayo “Los Andes pacíficos” (1953), a una situación geo-psíquica que en el cuerpo de la misma región condiciona diferencias:

El más visible de los antagonismos –dentro de la zona cordillerana– era el que puede llamarse geo-psíquico entre los habitantes de los valles y vegas calientes y los de las empinadas altiplanicies, como se ejemplarizaba en las diferencias entre una villa bulliciosa, mercantil, igualitaria y extrovertida como Valera y otras de ceño más taciturno y jerárquico como Mérida, La Grita o Boconó. A medida que se ascendía en metros de altitud y se remontaba el curso de los ríos torrentosos, el alma montañesa parecía tornarse más conservadora y tradicionalista; regresábamos a estilos de vida ética, recato y cortesía que se escenificaron en el siglo XVII español. Al caliente paisaje del cacao, de las vegas de caña, al sombreado y fresco del café y a la gélida paramera del frailejón, correspondían también psiques y actitudes distintas.

Estas dos posiciones se aglutinaron en la obra de Salas para calificarla de una lingüística de las montañas andinas por su apego al espíritu montañés y porque su obra mitridática y multilingüe era, desde el aislamiento intercordillerano tradicionalista merideño, una puerta al resto del mundo a través de sus lenguas. La comparación puede ser

vista, más allá de una metodología lingüística, como una necesidad de lectura del mundo al semantizar cada palabra indígena como relato de las lenguas foráneas. En otras palabras, Salas ha querido decodificar en las culturas indígenas merideñas, andinas, venezolanas y americanas las culturas de otras regiones del mundo a través de sus palabras y, como un reflejo, comprender las otras culturas en una lectura de los pueblos indígenas americanos, venezolanos, andinos y, en definitiva, merideños.

Nuevamente Picón-Salas nos da la clave, en su “Mensaje a los merideños (en el IV centenario de la ciudad)” (1958). Ha caracterizado a Mérida, en contraste con las otras ciudades del país, como “labradora y estudiosa”. Y labrador y estudioso fue, sin duda, Julio César Salas como merideño auténtico. Es conocida su dedicación al trabajo de hacendado y propietario. Su pasión de estudioso es, indudablemente, producto de una laboriosidad agraria, hija de un profundo amor por la tierra, que Salas propone entender no sólo como el tradicional trabajo del campo sino como acercamiento a su significación como cultura, historia y vida. La antigua imprenta de “Paz y Trabajo” estaría volcada a este proceso de descubrimiento de la región desde la misma tierra.

Además, aludiendo a Salas y a Maldonado como representantes de un positivismo combativo producido en la Mérida agraria y eclesiástica de comienzos de siglo, Picón-Salas, en el ensayo dedicado a estudiar la significación de la universidad de Mérida: “En la Universidad de Los Andes” (1955) (el único episodio que hemos identificado, en toda la obra de Picón-Salas, en donde menciona expresamente a su tío: “la combativa generación positivista de Julio C. Salas y Samuel Darío Maldonado”), reporta el persistente valor del paisaje andino para sus hombres intelectuales:

Entre todos los tesoros que no se pueden disputar a Mérida está el de su prodigiosa naturaleza. Supremos dioses poetas se pusieron en este rincón de Venezuela a plegar y enverdecer montañas, tallar altiplanicies con el cuchillo de los ríos blanquísimos, desgajar nevados torrentes por las grietas de los cerros, congrega flores, pájaros y mariposas, para contento de los hombres. El merideño que viaja, lleva la iluminada fábula de su paisaje como permanente nostalgia. Y la franciscana cercanía de árboles, aguas, hori-

zontes de placentero verdor, parece convidar en Mérida al estudio y la meditación. Nuestra tradición cultural –por modesta que ella parezca– nos hizo en general gentes reflexivas, corteses y razonadoras.

Y desde altas montañas, Salas escogerá una forma diferente a la de muchos de sus compañeros de generación para propiciar la revisión de las culturas universales en la percepción de las locales: el diccionario. La gran obra de su vida, aquélla que le ocupa un espacio de veinticinco años de disciplina, será un diccionario. Lo ha llamado *Orígenes Americanos* para recalcar en el sintagma que lo titula que el camino para responder al arcano de nuestro nacimiento como cultura no es otro que el de la lengua. Lenguas que son palabras que se parecen a otras palabras de otras lenguas. Parecidos que están signados por la fraternidad. Fraternidades que el diccionario de Salas hará, rigurosamente, evidentes.

La idea del diccionario, en contraste con la de una gramática, marca características particulares al trabajo lingüístico de Salas. Ante la dificultad de reunir datos confiables de naturaleza morfosintáctica o fonológica, recurre a la vía léxica, la más plástica para calcar el rasgo espiritual y las mentalidades de los hombres y los pueblos, como centro de su sistemática. Incuestionable razón, también, el hecho que sea el léxico la parcela lingüística mejor descrita en las fuentes, muchas de ellas asistemáticas, existentes. Estudioso de nada habituales disciplinas, apto como el que más en la Venezuela científica de aquel tiempo para las exigencias de la mecanización y demora productiva de un trabajo así, Salas mantendrá su fe en el estudio lexicográfico durante un largo cuarto de siglo, vía idónea de acceder al conocimiento de lo americano.

En el saber de su tiempo este conocimiento sólo podía provenir del contraste entre los fenómenos. Compara, entonces, las palabras de distintas lenguas para orquestar un cuadro de parentescos que logre emparentar, también, a los hombres por medio de las palabras.

Diccionario comparado será, ahora, la tipología triunfante. No sólo el universo verbal que reúne cualquier diccionario, sino universos verbales inabarcables, por definición, para cualquier diccionario también. Este contrasentido metodológico es, justamente, el que viene a justifi-

car la escogencia mitridática en Salas. Ante la imposibilidad de describir todo el universo verbal de una lengua indígena recorro a describir los universos parciales de muchas lenguas que, así, van a mostrarme el universo de la lingüística indígena.

Aquí la ciencia del lenguaje descansa en esa paradoja de método: como no puedo estudiar ninguna lengua en su totalidad estudio, entonces, todas las lenguas. Como no me es posible optar por el diccionario particular de alguna lengua, construyo el diccionario de todas las lenguas. Como no puedo ser un diccionario soy todos los diccionarios. Siendo un lexicógrafo soy Mitrídates. Domino un universo lingüístico indígena para dominarlos todos. Soy un lingüista andino –de montaña–, pero quiero ser todos los lingüistas a un tiempo. Mitrídates es la explicación de una carencia. Una y otra vez, Salas mostrará la angustia de esta contradicción. Lo leemos en *Tierra Firme*:

Como base para esas investigaciones deberían publicarse catálogos detallados de los nombres indígenas geográficos y los vocabularios que aun pudieran formarse de las lenguas existentes. Por desgracia existe una vasta laguna que la mayor buena voluntad no podrá jamás llenar; nos referimos a los idiomas perdidos por haber desaparecido las tribus hace mucho tiempo, o al bárbaro esfuerzo de algunos sacerdotes que para evitarse el trabajo de aprender los idiomas indígenas, como lo hacían los antiguos y beneméritos misioneros, por la fuerza consiguieron desterrar de los indios el habla primitiva; así terminó aquí, en los Andes, el idioma de los Mucuñoques, Mucuchíes y otras tribus, que de sus ascendientes sólo conservan el tipo y algunos vestigios de antiguas costumbres.

Este espíritu, descubierto por Salas, o al menos racionalizado, viene a ser la característica generadora de la actividad lingüística de la generación positiva y de la ciencia de entresiglos. Esta opción, la única practicable, estaría conformando el lado más doloroso de una ciencia que se había esforzado por ser luminosa y triunfante, pero que el mismo rigor de sus objetivos estaba destruyendo continuamente. En otros términos, se trata de entender cómo la más brillante de nuestras generaciones lingüísticas llevaba guardado, *in pectore*, el germen de su autodestrucción. Utópica, quiere construir casi sobre la nada; deduce a partir de fulgurantes intuiciones; compara con los vestigios de culturas perdidas; concluye armando un esqueleto con huesos recogidos

de disímiles geografías. Admirable en su voluntad de estudio, se ha hecho sobre la base de un repertorio de encubiertas ficciones. Constantemente, implora por la recolección de materiales y por la preservación de ellos. En este sentido, cada palabra o rasgo conservado es un auténtico tesoro. La inagotable fascinación que proyectan viene, precisamente, de esta dolorosa y paradójica realidad.

La otra cara de esta angustia de estudioso es el laberinto. Mitrídates es el laberinto. Quien se propone el dominio de lo indomitable lingüístico sabe que quedará, para siempre, atrapado en el laberinto. La imagen de las culturas indígenas americanas en materia de lenguaje será para Salas, recurrentemente, un auténtico dédalo. He aquí la más hermosa de sus formulaciones, ofrecida en su póstuma *Etnografía de Venezuela*:

Comparable es la maraña lingüística precolombina de América, a la flora prodigiosa de sus lujuriosas e intrincadas selvas, donde las lianas o bejucos que enlazan unos con otros los árboles y las plantas trepadoras y las parásitas que por todas partes cuelgan, sumergen el bosque en una semioscuridad, y el caminante se extraviaría en la revuelta manigua, si fijándose solamente en las plantas menos elevadas, no grabase señales en la corteza de los gigantes seculares, cuyas raíces se infiltran y van muy lejos por el esponjoso suelo, en tanto que sus poderosos brazos se enlazan a otras añosas ramas, y unas y otras sobrecargadas de plantas parásitas, hacen un revuelto dédalo de hojas, flores y frutos diversos, en el cual no se podría distinguir si pertenecen al añoso tronco o al matapalo, orquídea o parásita que allá conviven.

Susana Strozzi ha visto, por una vía metodológica de implicación lacanianiana, con la que sesgadamente interpreta a Salas en el libro que le dedica: *Palabra y discurso en Julio C. Salas* (1992), cómo el laberinto viene a erigirse en la explicación matriz de la obra de este prodigioso hombre de ciencia. Analiza su fracaso como la caída de una generación científica y de un país todo. Palabra y discurso se implican en una unidad que sustenta la trampa del saber imposible mitridático que no le permitió salir del laberinto: “La trampa del saber imposible es muy clara en el caso de Salas. La escritura obsesionante de las *Etimologías* y de los *Reparos al Diccionario de la Real Academia Española* con la que llenó sus últimos años son un testimonio. Atrapado en el laberinto, murió sin encontrar la salida”.

Mitridates o el saber lingüístico imposible, inabarcable e inconmensurable es el signo más notorio de este lexicógrafo admirable. Y es como lexicógrafo como puede adquirir su figura una proporción nada común. Más allá de la epistemología, una asombrosa habilidad técnica late en *Orígenes Americanos* como el más oceánico y polifónico de los diccionarios venezolanos de todos los tiempos. Más allá de la certeza de sus resultados, una técnica de lo monumental rara de congeniar con la información mínima y minuciosa. Con la conciencia de que construía el laberinto en forma de diccionario se introdujo en él para sugerir un camino que conduce a otros caminos que, como las ramas de un árbol, se ramifican siempre en otros caminos sin solución de continuidad. Para el Salas lexicógrafo, el diccionario es el laberinto de la lengua que se elabora para sobrevivir a la trampa enmarañada que ella siempre construye para confundirnos con sus similitudes y contrastes. Libro nacido para decodificar la lengua, el diccionario termina codificando a los hablantes y dándonos de ellos una visión permeada por las ideologías, las afectividades y los modos de pensamiento.

La obra lexicográfica de Salas, la más importante de todas a las que dedicó sus esfuerzos, inédita en gran medida por estas mismas razones, viene a probarnos la certeza de una teoría que trata de entender al hombre detrás de las codificaciones diccionariológicas. Lo señala en el avance a *Orígenes Americanos*, del año 1924: “Ese análisis comparativo debe abarcar todo el campo sociológico, no sólo cuestiones religiosas y filológicas, sino todas las manifestaciones de la humana evolución, y no puede hacerse de otra manera que en forma de diccionario”.

La fecundidad intelectual y científica de estos años no van a impedirle que continúe con sus habituales tareas comerciales y agrarias, con su rica vida familiar y con su pasión de viajero. Los episodios reseñables de estos años van a ser el fallecimiento de su madre, doña Adelaida, el año 1924, mientras se encuentra ocupado en las gestiones que lo llevarían a Holanda y Suecia. Así, dos años más tarde, el matrimonio de su hija Julia con José Nucete Sardi, el conocido escritor y hombre público, quien con el tiempo se convertirá en uno de los más entusiastas promotores de su obra. El año 1926 lo llevará, nuevamente, a sus dos destinos más dilectos: Europa y Estados Unidos. En Nueva York se encontrará con su hijo Enrique, a quien ya comienza a adies-

trar en la administración de la hacienda “Belén”; aunque el principal motivo de este viaje es presenciar el nacimiento de su primer nieto varón: Rafael Salas Rotundo, resultado del matrimonio que Enrique había formado con doña Leonor Rotundo Luder.

Finalizados los gloriosos años mitridáticos de Salas y aunque aún le queden algunas nuevas empresas intelectuales por cumplir, ya se escuchan, cada vez con más fuerza, los estruendos de las últimas tormentas y las delicias de las últimas palabras.

Las últimas palabras

Del trabajo anterior se desprenden los "Reparos etimológicos al Diccionario de la Academia Española", que he venido dando a la luz pública en el periódico "El Universal", de Caracas, y "Las Religiones Indias o el Cristianismo Universal", que me propongo publicar por mi cuenta, no pudiendo acometer, por lo costosa, la publicación del Gran Diccionario Comparado.

Los veinticinco años invertidos en la fragua de *Orígenes Americanos* han hecho de Salas un investigador avezado en fuentes históricas y, especialmente, un erudito en el conocimiento de repertorios lexicográficos. De estos últimos, el *Diccionario de la lengua española*, obra de la Real Academia Española, ha sido la más transitada y la más criticada, en partes iguales, por Salas y por todos los estudiosos del español americano. En paralelo, mientras construye el enorme edificio de su diccionario comparado de lenguas indígenas, anota, interpreta y cuestiona muchas de las informaciones y descripciones aportadas por el diccionario académico. Producto de estos trabajos, nacerá una nueva obra que titula *Reparos etimológicos al Diccionario de la Academia Española*, y que será, quizá, la última de sus grandes empresas intelectuales.

Resultado de un empeño cada vez más sólido por el problema de los orígenes culturales como orígenes lingüísticos, estos *Reparos* van

a pretender ofrecer, no sólo el pormenor crítico requerido por el diccionario general de la lengua española, sino la determinación de cuestionamientos a la etimología pautaada desde el diccionario modélico de la lengua.

El archivo de los materiales inéditos del sabio reporta una profusa referenciación sobre la amplitud de la investigación que Salas llevó a cabo en torno a las apuntaciones sobre etimología a partir del diccionario de la Real Academia Española, conocido con la sigla DRAE. Las carpetas de su archivo inédito rotuladas con los números 27, 28, 29 y 30 ofrecen, en primer término, doscientos veintitrés folios relativos a un “Catálogo de voces españolas omitidas o no consignadas en todas sus acepciones por el Diccionario de la Academia Española en su XI edición” (letras B y G, iniciales). Siguen a este catálogo los “reparos” propiamente dichos, entregando en cada pieza las observaciones críticas que le merecen algunas voces específicas del diccionario académico. Constituyendo el enorme conjunto de un mil ciento cuarenta y seis folios (en la misma tónica ciclópea de sus anteriores realizaciones lexicográficas), Salas va a estudiar las voces *adamante*, *arcabuz*, *baca*, *bachiller*, *baile*, *Bahaman* [sic], *Balaám*, *balance*, *balcón*, *bálsamo*, *bija*, *cabra*, *cabrestante*, *cabresto*, *cabrestillo*, *cabuya*, *cabuyera*, *cabuyería*, *camisa*, *capucha*, *capuz*, *cobre*, *imán*, *landa*, *Lemán*, *retador*, *soberano*, *techado*, *techada*, *torbellino*, entre otras.

En total, los *Reparos* van a estructurarse en una colección de ocho volúmenes, que analizan unas diez mil voces (como ha calculado el doctor Márquez Carrero en su *Presentación de los estudios lingüísticos de Julio César Salas*: “comprender más de diez mil palabras en ocho volúmenes que suman un total de ochocientas treinta y ocho páginas mecanografiadas”), resultado de las investigaciones léxicas y filológicas que Salas ha tenido que cumplir durante los veinticinco años que le consumen sus *Orígenes Americanos*, del que los *Reparos* deben entenderse obra subsidiaria y natural producto lingüístico, consecuencia de las muchas anotaciones discrepantes que le genera la auscultación crítica de esa mina de saber léxico de la lengua española que supuso y supone el DRAE (el ejemplar privado de esta obra, conservado hoy en la colección de la Fundación Julio César Salas, gracias al cuidado de María Cristina Arria Salas, nieta del sabio, hace

explícita la dedicación de estudio que Salas tuvo a partir del diccionario académico, en vista de las numerosas anotaciones manuscritas que hizo en el volumen que fuera de su biblioteca particular y que expurgó durante décadas como el amoroso amante y usuario de diccionarios que era). El mismo Salas ha ofrecido al frente de esta obra las circunstancias de elaboración y los resultados alcanzados: “Trabajo empezado en Nueva York el 1° de enero de 1929. El 18 de marzo llegué desde la A hasta AD. El 9 de abril de AD llegué hasta AL. El 26 de mayo llegué hasta AÑO. El 5 de agosto llegué hasta AZKE. El 16 de noviembre llegué hasta AZUZÓN. Gasté diez meses y medio en la composición de voces con A inicial”.

De este vasto cuerpo de materiales, apenas el diario *El Universal* y la revista *Cultura Venezolana* recogieron algunas pocas entradas de la grande obra, quedando el resto inédito, como el grueso de la obra lingüística de Salas. En 1928 aparecerían en el mencionado diario caraqueño los artículos correspondientes a los reparos hechos sobre las voces “Imán”, “Camisa”, “Lemán”, “Soberano” y “Adamante” y que el propio autor recogería, también, como apéndice a la *Memoria del XII Congreso Internacional de Americanistas reunido en Nueva York en 1928*.

Los reparos de Salas van a permitir nuevos desarrollos a la ciencia etimológica en la lingüística española y americana. Una vocación revisionista animará la investigación y redacción de las entradas léxicas de esta importante obra de lexicografía. Parte siempre el autor de la referencia expresa de la información aportada por el DRAE para, seguidamente, proceder a cuestionarla sobre base documental muy sólida. Así, cada artículo se propone dar un paso en firme en materia tan delicada y difícil y de la que muy pocos autores han demostrado incontestable maestría. La vocación indigenista de Salas, en este escenario de temeridades científicas, sale siempre a cuento y, más aún, sale siempre bien librada cuando de parentescos entre lenguas se trata, método en el que nuestro autor es maestro incuestionable (los logros de una escuela de etimologistas indígenas queda, aquí, traducida en los mejores términos e invocada para las causas más nobles; pues no mueve a Salas una crítica de reniego colonialista o antiimperialista y, menos, de repudio hispánico, del que se sentía parte y al que profesaba una admiración capaz de promover los muchos sinsentidos

cometidos en otros tiempos por el conquistador español). A la par de sus amigos y correligionarios de generación Alvarado, Arcaya y Tavera-Acosta, va a contribuir al más exacto conocimiento de la lengua española y de los cuantiosos préstamos procedentes del mundo indígena americano con apuntes sabios y de efectivo espíritu divulgador.

La transcripción íntegra del artículo dedicado a la voz *camisa* puede aportar evidencias suficientes para observar la maestría que Salas había alcanzado en sus estudios lingüísticos y las dotes lexicográficas firmes que ya su obra manifestaba en los años finales de su vida. Publicado en mayo de 1928, el texto se ofrece en términos críticos en torno a tópicos de técnica diccionariológica y a aspectos de naturaleza filológica. La sabiduría poliglótica de Salas es, además, invitada de excepción a estos ruidos de la confrontación lingüística:

CAMISA.- (Del lat. Camisia.) f. Prenda de vestido interior hecha de lienzo, algodón u otra tela. (Dic. XV Edic.)

Encontramos que la *camisa* tal como está definida, corresponde a la *subucula* ó *túnica interior latina*, y por consiguiente no tendría correspondencia con la *camisia* de la *baja latinidad*, en tanto que *Camis* o *Kamis* en árabe de Egipto y *Qamis* en *hindostani*, voces que significan *camisa*, serían propiamente la ascendencia legítima de la palabra castellana, que es también portuguesa, así como de *caricia* en italiano.

Es muy de notar que *Kamisa* nómbrese a la *camisa* en idiomas *Tishi* o *Twí* de la *Costa de Oro* en *África*, así como también dicese *Kamisa* en idioma *Ga* de la misma parte del oeste africano y que en árabe de Argel nómbresela *q'mydja*, *po-kamiso* en griego.

La palabra *Cameja*, igual *camisa* en rumano corresponde a *Kamps* o *Camse*, nombre de esta prenda de vestido en bretón, según Drouin, *Caimis* en gaélico, de donde vendría la voz *chemise* en francés, si no de *chabig* en armenio, lo que es más probable, con su ascendencia recta del *Kameja*, que significa *camisa* en malayo.

En nuestra opinión, es a los idiomas indios de América donde se debe ocurrir por la etimología verdadera de esta palabra y de muchísimas de los idiomas del otro hemisferio, donde las raíces corresponden con las del extremo oriente, del antiguo hemisferio. Por ejemplo, la raíz de la palabra *camisa* es *Cam* o *Kam*, comer en dialectos melanesios o corazón en idioma *atakapu* de California, *Kama* o *Cama* alma, ánima en quichua, el propio dios *Cama* o *Camac* inventor del tejido, pues *Kaman* significa tejer en lengua de la *Guajira* de Venezuela. Este *Kami* significa dios en malayo, como *cabello* en japonés, el primer vestido del hombre.

Kami, significa sol en idiomas custenau y makwakwa de Sur América, y es el nombre del dios del imperio del sol naciente, donde el papel se nombra también kami.

Por último cami o kami, significa cama y también, cami-zoke o kamizoque, igual bolsa en idioma záparo del Ecuador, y camiya equivale a hilar en capakura, todos idiomas de Sur América.

Los últimos años en la vida del sabio van a estar condicionados por la llegada de la vejez, por el arribo de la enfermedad y por la persistencia de una consolidada pasión lingüística. En paralelo, no desatenderá nunca sus obligaciones en el mantenimiento de las propiedades familiares, sus cultivos e industrias, así como las que se desprenden de su amplia vida familiar, que gira en torno a una esposa abnegada y amorosa y a unos hijos numerosos que van desarrollando una adultez encauzada por el estudio, los negocios y la responsabilidad familiar, como la del patriarca en que Salas se ha convertido para este momento.

Para conocer las circunstancias en la que transcurre la vida del sabio en los años finales nos ha quedado un conjunto de cartas y, especialmente, un texto testimonial inédito escrito por su nieto el doctor Alberto Arria Salas, en enero de 1999, que hemos titulado *Recuerdos de Julio César Salas* (a falta de un mejor título asignado por su autor). El escrito reconstruye con preciosos datos, y provisto de una escritura afectuosa y maestra, sus recuerdos de niño cuando, actuando como secretario de Salas, tuvo la inmensa suerte de aprender del contacto directo con su abuelo y de observar lo que fueron los últimos momentos de su existencia, no tan plácidos y triunfantes como hubiera merecido una vida tan proba, productiva y útil a la cultura y engrandecimiento de la inteligencia nacional.

Del conjunto de piezas epistolares conservadas, tres de ellas, pertenecientes a la colección del doctor Luis Alberto Tinoco Arria, nos van a aportar un interesante panorama de referencias y reflexiones que hace y se hace nuestro autor sobre su situación personal y sobre la situación nacional entre 1928 y 1929. Las tres cartas han sido dirigidas a su esposa doña María Ruiz de Salas, desde Nueva York, el 6 de noviembre de 1928, la primera (timbrada con un logo con las iniciales mayúsculas de Salas) y las dos restantes, los días 3 de junio y 29 de octubre de 1929, escritas con papel timbrado del Hotel Bretton Hall, en donde

se presume Salas se hospedaría en ese momento de prolongada estadía neoyorkina, debida a su asistencia al XXIII Congreso Internacional de Americanistas.

Las tres piezas señaladas van a recorrer, de una u otra forma, los mismos asuntos; aquéllos que a nuestro autor le ocupan y preocupan en período tan crucial de su biografía personal y de estudioso. Los problemas familiares y de salud van, en este sentido, a motivarle comentarios y recomendaciones para la abnegada esposa que ha dejado forzosamente encargada del bienestar de una familia numerosa. En este sentido, el crecimiento de sus hijos va, en partes iguales, a llenarlo de felicidad y de mortificaciones. Las más agudas de este tiempo van a caer sobre su hijo Armando, que ha sido encarcelado por razones políticas por el régimen del general Gómez, con el que Salas nunca ha tenido buenas relaciones, pero que resignadamente ha logrado sobrellevar gracias a su dedicada vida de estudioso (prácticamente durante todo el gomecismo Salas estará centrado en la factura de sus tratados sociohistóricos y de su colosal diccionario comparado). Junto al padecimiento que al padre distante le produce la prisión de su hijo, y de la que saldría indemne al tiempo, Salas va a conducir desde Nueva York sus negocios familiares, instruyendo permanentemente sobre lo que debe hacerse con tal o cual asunto, y va a pulsar en todo momento sobre la salud de toda su familia. Las cartas reflejan un poco de equilibrada angustia y, especialmente, producen un aire de desilusión hacia la situación nacional; esa desesperanza que el gomecismo había instalado en todos los venezolanos de inteligencia y de bien que, ante la interminable dictadura, sentían perdidas toda posibilidad de cambio. Salas moriría, desafortunadamente, sin ver el fin del régimen vesánico sobre cuyas causas tanto había reflexionado y cuyos embates concretos había sufrido en varias ocasiones. Durante su vida, nunca conocería las delicias de una libertad plena, sino que, al contrario, estaría ella signada por el personalismo caudillesco, al nacer en el nacimiento del guzmancismo y morir cuando el gomecismo muestra sus evidencias más estertóreas.

El año 1928, como se sabe, será determinante para la materialización de la oposición al régimen, y muchas serán las víctimas visibles o invisibles de esta nueva actitud. El desgastado gobierno dictatorial las

reprime con la desesperada rudeza del que sabe que está viviendo sus últimos días. Igualmente desesperadas, sin embargo, van a sonar las palabras de Salas al implorar la liberación de su hijo encarcelado. En la carta fechada el 6 de noviembre confirma que está enterado de la prisión de su pequeño hijo, a la sazón de diecisiete años, ocurrida el día 12 de octubre, y que le ha escrito al general Gómez para solicitar la liberación de Armando. Interesa hacer énfasis en que el argumento central esgrimido por Salas ante el gobernante es que hace valer su “actitud serena en cuestiones políticas”, superadas las tormentas ideológicas planteadas por sus libros sociológicos (en vista de que ahora está dedicado sólo a la disciplina de las lenguas). Sus palabras, adicionalmente, contienen la declaración del “abstencionismo político” al que sus tareas de comprometido estudioso lo habían conducido:

A mi regreso de Washington donde estuve una semana, encontré aquí las cartas de la familia en que me anuncian la prisión de Armando. Considero lo angustiados que estarán por la pena que yo mismo experimento, ojalá esté en libertad y no haya sufrido su salud ni perturbado seriamente sus estudios. Antier le escribí al Grl. Gómez una carta, cuya copia te incluyo, en que le pido libertad de nuestro hijo y hago valer mi actitud serena en cuestiones políticas y la corta edad de Armando. No dudo que el Gobierno en vista de mi reconocido abstencionismo político, ocupado siempre en mi trabajo y en el estudio, verá en ello la mejor prueba de la inculpabilidad de Armando, así pues no dudo que ya esté en libertad, en caso contrario escribe tú misma al General Gómez.

Es de hacer notar la desesperación que Salas, muy contenidamente, asienta sobre la situación de su hijo, pidiéndole a su esposa, como recurso final, que ella misma le escriba al general Gómez en auxilio del joven encarcelado. Aquí, pesa muchísimo en su espíritu y ánimo el nunca postergado dolor por la muerte de su hijo Carlos, aún a la distancia de los años, revivido ahora en los temores por el destino que su último hijo varón vivo pueda correr.

A pesar de todos los esfuerzos y de las gestiones realizadas, la situación no va a variar. Todavía para junio del año siguiente, 1929, persiste la privación de libertad y crece la agonía de toda la familia Salas y del patriarca, residenciado en Nueva York por razones de trabajo y de estudio (aunque no es difícil suponer que, adicionalmente, por el te-

mor de ser también él puesto preso por un gobierno que ha sido ganado por la represión histórica). Las diligencias, como vemos, van también a continuar:

Mucha pena he tenido con la ya tan larga prisión de Armando; no dejes regresar a Enrique Arria sin que hable personalmente con el Grl. Gómez a fin de que ponga en libertad a nuestro hijo. Yo voy a escribir al Grl. García sobre el particular para probarlo otra vez si es amigo mío, interesándolo en la libertad de Armando.

Ganado por una cruel desesperanza, depone Salas su controlado equilibrio y, en la carta del 29 de octubre, deja fluir su rabia contenida para lamentar la penosa situación de su hijo y para ofrecernos uno de los momentos más lacerantes de su escritura crítica y combativa, resumen impecable y prolijo motivado por la barbarie de un país reclinado a los pies de un gobierno tiránico. Sus palabras de desprecio van a proyectarse, muy incisivamente, contra la perversidad de todos los sectores y de todas las instituciones (ofrecerá duras críticas contra la iglesia y sus actuaciones obsecuentes y materialistas) que hacen babosas loas de adulación al déspota y a su corte de miserables gestores (“turba de adulantes y literatos perversos”). Son estas palabras, en suma, la evidencia del estado de agonía en que transcurren sus días neoyorkinos (frugales por enfermos y sufridores por forzados), secuestrados por la infelicidad del que sufre en carne propia lo que antes ha explorado y estudiado en el cuerpo aniquilado de la historia. La fatalidad de su pensamiento y visión son ya asunto que ningún entusiasmo pasajero o alegría fugaz podrán modificar:

Figúrate lo abatido que estoy con esa larga prisión de Armando, que cumplió el 12 un año de ser víctima de la barbarie de ese pobre país, el cual se halla todos los días más distante de la civilización, que no es automóviles, cines y luz eléctrica, como se estima en Caracas, sino instituciones, libertades y verdaderos gobiernos, representantes de la Nación y no meros acaparadores del poder para explotarlo en su favor haciéndose millonarios a costa de la miseria, atraso del país y tristeza y dolor de los que le damos alguna vitalidad con nuestro trabajo honrado, con el cerebro y criando y levantando una familia. Mas como te digo en mi carta, no son los mayores responsables de nuestros sufrimientos, los casi analfabetas gobernantes, militares y demás atropella-

dores de la gente honrada sino los malvados concientes, la turba de adúlantes y literatos perversos y sobre todo ese clero amoral y ateo, porque no tiene religión al no cumplir con la conciencia, que mantiene al hombre en el cumplimiento de sus deberes para con los demás, que es la Caridad, principio primitivo de justicia, pues hasta los animales mansos no hacen daño a otro así más que salvajes y fieras inconscientes son más malos que tigres y serpientes esos curas malvados, pues la virtud [en] estos ateos es palabra vacía de sentido, y si del crimen logran conveniencias materiales sancionan el mayor desafuero. Si piensas lo que hay en el asunto sabrás tú perfectamente a quién se debe hacer cargo de la prisión injusta de nuestro hijo y del dolor que sufrimos, de la angustia en que está nuestro hogar, y obrar en consecuencia prescindiendo y haciendo prescindir a los tuyos de ese imbécil culto público de santos pintados y golpes de pecho mentirosos y perversos, porque engañan a los pobres de espíritu, con el relumbrar de una falsa piedad, de que carecen, empezando por el Papa y terminando por el último cura. Tú sabes experimentalmente lo que es la religión en Venezuela, en especial la del Padre Mejías y la de los más inflados portaestandarte de ella, y que en todo caso, mayor apoyo tiene una familia con la amistad de cualquier particular, para que le ayude en sus tribulaciones o a resguardar sus derechos que en el clero, que siempre está partiendo con el atropellador el fruto del atropello. Es necesario hacerles comprender que están promoviendo la descatolización del país con su inicua conducta, dejándoles desiertos su culto público para ver qué hacen con sus pomposos templos en que no habita Dios, que se ha retirado al fondo del corazón de los que verdaderamente creen en él, pues practican la virtud y huyen del vicio.

El último Salas y sus últimas palabras van a estar signadas, curiosamente en el período más productivo de su carrera de etnolexicógrafo y diccionarista, por este carácter agónico y desarticulador. Descree de la llegada pronta de un futuro promisorio para el país, que tanto ha pensado y al que tantas soluciones ha aportado, nombrando siempre la civilización en la casa de la barbarie, renegando de las instituciones públicas mal habidas e implorando por la educación de los más ignorados y desgastando la solidez de los rituales de la fe (una fe de traidores, en el magnífico decir y pensar de Miguel Ángel Campos) en pos de una auténtica religiosidad.

Podemos aproximarnos a edificar los momentos finales de la vida del sabio, por las anotaciones dejadas por Alberto Arria Salas, recuerdos merideños a sus nueve años de edad, que hemos presentado más

arriba. Vienen a confirmar las propias palabras finales de Salas y a asentarnos en la verdad que ellas edifican.

Se trata de un texto que recuerda los instantes finales de la vida de su abuelo, durante los últimos meses de su vida. El escrito del doctor Arria Salas, quien llegaría a ser un notable jurista, sigue en detalle las horas en que el sabio es atacado por una hemiplegia que lo llevará a la tumba. Todo ocurre en Mérida, a donde Salas regresa, después de veinticinco años de ausencia motivada por el asesinato de su hijo Carlos, a cobijar a su hija Gracia Luz, que ha enviudado prematuramente y que busca el apoyo paterno para levantar su numerosa prole. Hombre de disciplina permanente y dura, no detiene ni en estas circunstancias sus labores de estudio y producción intelectual, esas últimas palabras, reparos que hace al diccionario académico como parte de su prolongado trajinar lingüístico con el que ha desgastado casi la mitad de su vida. Cuenta el doctor Arria Salas:

(...) mi abuelo retomó sus hábitos suspendidos y por necesitar de la indispensable soledad que no le era propicia por la confusión y alteración en que se encontraba nuestra casa, decidió utilizar una pequeña dependencia fronteriza a ella, en la que posiblemente en tiempo anterior, cuando vivía en Mérida, tenía un negocio. Mi abuelo dormía y trabajaba en esa dependencia que le aseguraba el retiro conveniente y atravesaba la calle para venir a nuestra casa, en donde comía y en la que, muchas veces, pasaba sus horas de descanso.

El relato del ataque, que priva ya para siempre al sabio de su movilidad y de su capacidad para hablar, se formula en los siguientes términos:

Los días pasaban sin altibajos, asegurados por la compañía de nuestros abuelos. Nadie imaginaba lo que en aquella mañana iba a ocurrir. Como era su costumbre, mi abuelo vino a almorzar. En la punta de la mesa se sentó, a sus lados mi madre y mi abuela y luego, sin concierto, todos de nosotros a quienes se nos permitía acompañarlos.

En ese día, mi madre había dispuesto servirle una sopa de arvejas, de la que era muy aficionado, como lo son de ellas todos los andinos. Al probarlas las encontró duras para su gusto y muy airado lo reclamó en alta voz. Todos, en la mesa, estábamos pendientes de la furia de mi abuelo. Mi madre, nerviosa, me ordenó buscar en un negocio cercano una nueva provisión de esos granos; orden sin sentido, pues de todos modos tendrían

que pasar una noche entera sumergidas en agua. Salí, alado, en su busca y al regresar, muy pronto a nuestra casa, vi a mi abuelo, tendido en una cama que se había traído a un cuarto cercano al comedor, y a todos, familiares y servicios, consternados. Todavía no era tiempo de lágrimas, pero ellas estaban acercándose.

Colmado de cuidados familiares y de atención médica, Salas transcurre “yacente, inmóvil, semienmudecido” los días postreros de su vida en una habitación de su casa merideña, que los niños solían llamar “el cuarto de los temblores”, pues allí dormían cuando algún terremoto estremecía la ciudad, pues quedaba en la parte baja de la vivienda y era más seguro que las dependencias altas de la casa.

Inerme pero sin perder la consciencia que había sido savia y motor de su existencia, llega el momento de su muerte, el día 15 de abril del 1933, a los sesenta y tres años de edad. Como si las tormentas que su vida y obra lacran como destino de esta vida, tormentas de la acción y del intelecto, tormentas por la moral y el bien, tormentas en contra de las falsedades políticas y religiosas, asimismo los instantes finales de su vida no serán sino tormentosos y luchadores. El doctor Arria Salas va a cerrar su hermoso escrito de recuerdos de su abuelo con la narración de lo que supuso para el anticlerical Salas el momento en que se le aplican los óleos de la Extremaunción, una mueca revanchista del destino que parece cobrarle a esta grande inteligencia, ganada por la religiosidad, más no por el clericalismo. Su repudio furibundo en contra de las prácticas insanas de muchos prelados torpes y deshumanizados, va a quedar grabada en este último episodio:

Muy pronto irrumpió frente a nuestros ojos la certeza de la gravedad de mi abuelo, al ver aparecer un cura que se le aproximaba. Rodeándolo estaba su familia y la demás gente de la casa. Muy cerca de mi abuelo, yo no perdía conocimiento de cuanto allí se estaba produciendo. Oía los rezos dirigidos por el cura y los de quienes estaban presentes.

Al terminar las oraciones, el cura se inclinó hacia mi abuelo y le indicó que pidiera perdón de sus pecados. Como no obtuvo respuesta, ni la tendría tampoco, lo que era evidente por la condición de mi abuelo, repitió en voz más alta la orden que le había dado y siguió exaltándose hasta que en el colmo de la ira golpeó repetidamente a mi abuelo en su frente, con el crucifijo que tenía en la mano.

Nunca después, en toda mi vida, sentí más rabia ni sufrí más impotencia para defender a ese ser amado agonizante, de tal energúmeno, y salvarlo de las ofensas que se le infligían por ese tratamiento, pues como yo lo creía, mi querido abuelo ni pecados veniales tenía.

Su cuerpo sin vida sería enterrado, a las diez de la mañana del día 16 de abril, en el Cementerio de Nuestra Señora del Espejo de Mérida, en donde reposaría hasta que fueran trasladados al Cementerio General del Sur, para hacerle compañía a los de su amada esposa.

Las reacciones, locales y nacionales, sobre el fallecimiento del sabio no se harían esperar. Quizá, las más emblemáticas serían las aparecidas en los periódicos merideños *El Occidental*, que destaca la tarea continental realizada por Salas (“Porque su inteligencia trabajadora realizaba viva prolongación del país venezolano más allá de nuestras fronteras [...]”), y *Patria*, que reasume la tarea toda del estudioso y la firmeza de su personalidad al momento de sostener sus convicciones (“La muerte del Doctor Julio Salas afecta profundamente al mundo científico venezolano. Hombre de convicciones y sin volubilidades, supo mantener firme sus principios, los cuales defendía valientemente en todo momento”); y en el periódico de circulación nacional *El Universal*, del que Salas fue colaborador durante los años finales de su vida, publicada el 16 de abril: “Honda repercusión ha tenido en nuestro mundo social esta desaparición, pues resta una valiosa figura del Foro, de las letras nacionales y de la sociedad merideña, donde fundó un hogar que supo exaltar con la excelencia de sus virtudes y gentil hombría”.

El obituario, publicado el 16 de abril en *Patria*, en donde se invita al “acto de enterramiento”, resulta interesante como asiento de una nómina de amigos y de notabilidades intelectuales que se hicieron presentes en tan sentido y luctuoso acto o que lo acompañaron con el expreso sentimiento. Sin contar a los familiares, éstos serían algunos de esos nombres prominentes: Mariano Picón-Salas, Eleazar López Contreras, Felipe Massiani, Mario Briceño-Iragorry, Vicente Dávila y Caracciolo Parra León

El espíritu necrológico parece brindar oportunidad a los periodistas de aquel tiempo para recordar, no sólo las cúspides científicas alcan-

zadas por Salas, sino, muy enfáticamente, los títulos honoríficos que su labor había cosechado en reconocimiento: Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de la Historia, Individuo de Número de la Sociedad de Americanistas de París, Director y fundador de la Sociedad Venezolana de Americanistas, Fundador de la Cátedra de Sociología de la Universidad de Los Andes, Miembro Correspondiente Extranjero de las Academias de la Historia de Cuba y Argentina y Miembro Correspondiente por Venezuela de la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica.

La biografía **póstuma**

Estos breves estudios seleccionados entre la extensa obra inédita del Doctor Julio C. Salas, son publicados por su viuda e hijos, en homenaje y recuerdo a la memoria de su querido deudo con motivo del primer aniversario de su muerte.

El 15 de abril del año 1934 ve la luz la primera de las obras inéditas de Salas. Su título, desprendido de lo más hondo de su entraña de etnógrafo será, atinadamente, no otro que *Estudios americanistas*. Su viuda, doña María Ruiz de Salas, y sus hijos, han querido recordar al sabio con una publicación al cumplirse el primer año de su muerte. Podría decirse que desde este mismo momento, y concientes sus familiares de lo mucho que dejaba Salas escrito y sin editar, se abre la más angustiosa herencia que recibieran de tan notable hombre de estudio. Asimismo, podría también decirse así, inaugurarán una costumbre de la familia Salas de homenajear al más ilustre nombre de la familia con la edición de alguna de sus obras, bien publicadas por él en vida o bien ya fallecido (otro ejemplo podría constituirlo la segunda edición de *Civilización y barbarie* que la familia hace publicar en 1970, con ocasión de cumplirse el centenario del nacimiento de nuestro autor).

El interés de *Estudios americanistas* va a radicar no sólo en la afectuosa efeméride sobre la que se justifica, sino en la reunión virtuosa de algunos textos de Salas de primera línea para entender su pensa-

miento y la factura incuestionable de su obra y pensamiento. Cuatro ensayos ven la luz en el cuerpo central de la obra: “Orígenes americanos”, “La Cruz”, “Padre y Pan Nuestro” y “Los Dioses Americanos”. Junto a ellos, dos escritos hacen las veces de nutritivas introducciones. La primera, obra de Rubén Corredor, reproduce una nota aparecida en el periódico merideño *Patria* (del que Corredor era director en ese momento), el 30 de abril de 1933, apenas cumplida la primera quincena de la desaparición del merideño ilustre, y cuya conclusión no deja de iluminar la magnífica calificación de la biografía del estudioso entregado a su tarea de sabiduría y cuyos logros gestan estandartes modélicos de permanente faz educativa “La obra del escritor es propia senda por seguir para la juventud venezolana. Sin marionetismos ni debilidades, se perfila en nuestro mundo científico valiente, recia, la vida estudiosa de Julio Salas”.

El segundo de estos escritos preliminares de *Estudios americanistas* va a ser, magistralmente, la “Página autobiográfica”, la más elocuente de sus autoexploraciones en donde hace el retrato fehaciente, sin “marionetismos” ni “debilidades”, de su valiente y recia vida de estudioso. Redactado en Nueva York el 2 de noviembre de 1928, coronará su ya largo aporte al género autobiográfico, que ha cultivado con rotundo éxito, al menos, en dos obras anteriores: *Tiempo perdido*, que cubre los años 1890-1896, y *Notas históricas e íntimas*, que lo hace con los años 1870-1900 (un curioso libro en donde Salas recupera, desde el mismo año de su nacimiento, los acontecimientos personales, nacionales e internacionales de ese período, con profusión de datos muy valiosos y con fotografías de enorme singularidad). Los originales de estas dos últimas obras se encuentran hoy, respectivamente, en la Biblioteca Nacional y en el Archivo personal de doña Julieta Salas de Carbonell, custodia del que a su vez fuera de la finada doña Olivia Salas Ruiz de Salas.

Los *Estudios americanistas*, además, enfatizarán desde temprano la enormidad de las tareas póstumas que tienen que acometerse para sacar a flote la gigantesca obra de Salas, grande en extensión y grande en dificultades de edición y estudio.

Como si el propio autor aún estuviera vivo, la recepción póstuma de su obra se bifurca en dos direcciones de acorde complementariedad:

primera, la instalación de su pensamiento en los espacios de la ciencia y, segunda, los desvelos editoriales de la firma Salas, hacen sólida la frase inicial de este párrafo. El recuento de estos empeños deberá ser visto como la mejor y única forma de mantener viva la memoria encantadora y la gestión intelectual prodigiosa del sabio.

La acogida que la obra de Salas iría teniendo después del año 1933 habría que ordenarla en la triple vertiente que dibujarían la vocación individual despertada por su obra en historiadores, intelectuales, escritores, críticos y estudiosos de varia naturaleza; por la acción de esfuerzos institucionales de edición y, finalmente, sumada a estas primeras tareas de seguidores y conservadores, la pervivencia de Salas vendría a ser obra de sus descendientes, en la mejor tradición de familias orgullosas por preservar el legado de alguno de sus parientes notables.

Revisar exhaustivamente los logros del primero de estos sectores receptivos desbordaría los límites de esta biografía, dado el masivo aplauso que muchas de sus ideas han recibido en las ciencias humanas venezolanas y el profuso cuerpo de referencias que haría falta anotar para dar cuenta de este reconocimiento. En compensación, sin embargo, es posible hacer mención, y no por ello resultaría menos significativo, de los esfuerzos mayores dedicados a estudiar en conjunto la obra de Salas a partir de visiones generales o particulares de su producción. El saldo actualizado de este conjunto tendría que considerar los trabajos de Pedro Nicolás Tablante Garrido, Andrés Márquez Carrero, Susana Strozzi y Francisco Javier Pérez, todos ellos autores de libros de estudio sobre Salas.

Es posible aventurar una clasificación de los trabajos de los mencionados autores que les ofrezca el exacto marco de lo que cada uno en su momento y con sus recursos científicos pudo hacer en la tarea compleja de comprender y de dar a conocer la obra extensa y difícil de nuestro biografiado. Así, Tablante Garrido y Márquez Carrero marcarían la etapa inicial de comprensión y primera difusión, mientras que Strozzi y Pérez ofrecerían los primeros resultados de reflexión crítica y de reseña de contribuciones específicas. El saldo se dejaría sentir en una generosa bibliografía integrada por siete obras: *Julio César Salas, escritor emeritense* (1970), de Tablante Garrido; *Introducción a la vida y obra de Julio César Salas* (1977), *Julio César Salas a través de su vida*

y de su obra (1978) [inédito], *Huellas de perennidad del doctor Julio César Salas (1870-1933)* (1982), *Presentación de los estudios lingüísticos de Julio César Salas* (1983), de Márquez Carrero; *Julio C. Salas: Biografía y política en el positivismo venezolano* (1986) y *Palabra y discurso en Julio C. Salas* (1992), de Strozzi; y *Mitridates en Venezuela: Diccionarios, poliglotismo y lenguas indígenas en Julio C. Salas* (1999), de Pérez. Estos cuatro estudiosos, asimismo, destinarían un cuerpo aún más extenso de contribuciones hemerográficas en complemento de sus trabajos mayores dedicados a la comprensión del aporte de Salas.

En cuanto a los esfuerzos de edición institucionales anteriores a la creación de la Fundación Julio César Salas o independientes de ella, habría que acreditar los compromisos convenidos para editar las obras completas del sabio por parte de la Universidad de Los Andes. En correspondencia con lo encomiable del proyecto se hicieron presentes las enormes dificultades que esa tarea exigía, especialmente en atención con la obra inédita. Los ingentes materiales del voluminoso archivo del sabio viajaron de la Academia Nacional de la Historia (que los custodió por un tiempo) hasta la Facultad de Humanidades de la universidad andina. En estas tareas fueron nombres claves, además del rector Pedro González Rincones, el estudioso y yerno de Salas, José Nucete Sardi, el historiador José Luis Salcedo Bastardo y el profesor Andrés Márquez Carrero (quien terminó relatando los dolorosos intentos de edición y lamentando el fallido desenlace que tuvieron). De todo este impulso, la Universidad de Los Andes se encargó de publicar la primera entrega de la *Etnografía de Venezuela*, en 1956, con prólogo de Salcedo Bastardo y la tercera edición de *Tierra Firme*, en 1970, con prólogo de Nucete Sardi. A otra vertiente, finalmente, correspondería la tercera edición de *Civilización y barbarie*, que rubrica las Ediciones Centauro, de José Agustín Catalá, en 1977, con prólogo del profesor Ramón Losada Aldana. En 1997, la Academia de Mérida y la Universidad de los Andes publicarán la segunda edición de *Etnografía de Venezuela*, prologada por el doctor Germán Briceño Ferrigni.

La modesta celebración del primer centenario del nacimiento de Salas, en 1970, marcaría una primera fecha en el proceso de instalación de su nombre en la memoria científica y cultural del país. El reconocimiento llega por iniciativa de la familia Salas que reedita en

esa oportunidad la segunda edición de *Civilización y barbarie*, en los Talleres Gráficos Italgráfica. Una sencilla y emotiva dedicatoria así lo consagra: “Los hijos, nietos, bisnietos, tataranietos y demás miembros de la familia del Dr. Julio C. Salas (11 de enero de 1870 – 15 de abril de 1933) dedican esta tercera [errata por segunda] edición de su obra *Civilización y Barbarie* en homenaje y recuerdo a su memoria con motivo de cumplirse el primer centenario de su nacimiento”.

Habría que esperar a la creación de la Fundación Julio César Salas, el 11 de enero del año 1996, para anunciar el nacimiento de la más reciente etapa de recepción del legado del ilustre estudioso merideño. La finalidad de esta institución no ha sido sino emprender de manera sistemática y programada las tareas de reedición de toda la obra publicada en vida de Salas y, sustancialmente, la edición de la enorme obra que aún reposa inédita en el vasto archivo del estudioso. Asimismo, la Fundación Salas se impuso como uno de sus objetivos la divulgación de este notable legado y la motivación de su estudio al propiciar investigaciones nacidas bajo la advocatoria fascinación generada por el ilustre etnógrafo y hombre de ideas. El cometido no ha sido otro, hasta el presente, que donar a la Nación los manuscritos inéditos de Salas, publicar nueve libros, celebrar cuatro coloquios de estudio, organizar una exposición conmemorativa, convocar dos concursos de ensayo y conducir las motivaciones de los nuevos estudiosos al ofrecerles todos los insumos documentales requeridos para tales fines científicos.

El elemento más alentador que caracteriza el estado actual de las tareas y los estudios relacionados con Salas es el que determina la constitución de una auténtica etapa de investigación de su motivador legado científico y humano. Como si de una escuela orgánica de científicos sociales se tratara, la coincidencia de destacados y laboriosos investigadores en torno a la reflexión de lo que el pensamiento de Salas significó en la variedad de materias que llamaron a su inteligencia resulta reveladora, además de rara en nuestros medios, de que estamos en el camino para el definitivo reconocimiento de su contribución cultural y para la comprensión de su adelantado ideario.

Y si para todo ello hiciera falta reconocer a los que hoy integran esta escuela de venturosas inteligencias congregadas en torno a Salas, y

como si todas ellas, gracias a la energía de su personalidad científica y erudita y a la honestidad de su espiritualidad singular estuvieran convocadas en torno a él, como respondiendo una llamada esotérica e irreal (aunque muchas veces hemos creído que este llamado resulta tan material como la realidad misma; una hermosísima revitalización y presencia de Salas en todos los que a él se vinculan, propuesto por su nieta María Cristina Arria Salas, quien explica muchas de las felices conjunciones que se gestan como “cosas del abuelo”), la nómina estaría integrada por Domingo Miliani (+), Susana Strozzi, Antonio Tinoco, Luis Ricardo Dávila, Miguel Ángel Campos, Rafael Strauss, Horacio Biord Castillo, Otilia Rosas González, Omar González Nández, Esteban Emilio Mosonyi, Mario Sanoja Obediente, Iraida Vargas, Alberto Rodríguez Carucci, Marielena Mestas Pérez y Francisco Javier Pérez.

Viva en el ánimo y en la pasión de muchos de estos investigadores, intelectuales y escritores, la biografía póstuma de Salas no hará sino reafirmarnos en la vitalidad de su obra, en la actualidad de su pensamiento, en la nobleza de su gestión patria de venezolano y, por encima de todas ellas, en la voluntad civilizatoria que gracias a su acción, pensamiento y obra perdura como lo mejor de su legado. En esta idea, cada tarea que se cumpla para divulgar su trabajo de cautivo impenitente y los principios amorosos sobre los que descansa, no hará sino preservarlo vivo como una de las más iluminadoras inteligencias jamás nacida en suelo patrio y como una de las más virtuosas dedicada a la noble comprensión de Venezuela.

OBRAS DE JULIO CÉSAR SALAS

- *Historia de una demanda temeraria. Juicio promovido por el señor Clemente Lamus contra los señores Ezequiel Dávila, José del Carmen García y Emilio Maldonado por decirles perturbadores y despojadores de una toma de agua, que en virtud del título que ha presentado no le pertenece. Mérida 1900-1901.* Mérida: Tipografía de Julio y Carlos Sardi, 1901.
- *Paz y Trabajo.* Ejido, 1904-1908.
- *Tierra Firme (Venezuela y Colombia). Estudios sobre etnología e historia.* Ejido: Imprenta de Paz y Trabajo, 1908.
- *Lecciones de sociología aplicada a la América.* Barcelona-España: Sociedad General de Publicaciones, 1914.
- *Alegatos presentados por el Padre de la Víctima preparatorios para dictar sentencia en 2ª Instancia en la Causa Criminal contra Luis Enrique Matute, condenado en 1ª Instancia por haber dado muerte al joven Carlos Salas Ruiz en la noche de 26 de abril de 1914. s.p.i., [1916].*
- *Proceso contra Luis Enrique Matute por haber asesinado a Carlos Salas Ruiz. 1914-1917. Alegatos presentados ante la Corte Suprema de Justicia del Estado Mérida, que demuestran la parcialidad del Juez recusado Domingo Sardi L.* Caracas: Tipografía Vargas, 1917.
- *De Re Indica* (Revista de la Sociedad Venezolana de Americanistas "Estudios Libres"). Caracas, 1918-1919.
- *Civilización y barbarie. Estudios sociológicos americanos.* Barcelona-España: Talleres Gráficos "Lux", 1919.
- *Etnografía americana. Los Indios Caribes. Estudios sobre el origen del mito de la antropofagia.* Madrid: Editorial América, 1920.
- *Etnología e historia de Tierra-Firme (Venezuela y Colombia).* Madrid: Editorial América, 1920.
- *Etnografía americana. Los Indios Caribes. Estudios sobre el origen del mito de la antropofagia.* Barcelona-España: Talleres Gráficos "Lux", 1921.
- *Orígenes americanos.* Caracas: Editorial Sur-Americana, 1924.
- *Memoria que presenta el doctor Julio C. Salas al XXIII Congreso Internacional de Americanistas reunido en Nueva Cork en 1928.* Caracas: Empresa El Cojo, 1928.
- *Estudios americanistas.* Caracas: Cooperativa de Artes Gráficas, 1934.

- *Etnografía de Venezuela (Estados Mérida, Trujillo y Táchira). Los aborígenes de la Cordillera de los Andes*. Mérida-Venezuela: Talleres Gráficos de la Universidad de los Andes, 1956.
- *Críticas a un crítico. Apostillas al libro El castellano en Venezuela de Julio Calcaño*. Caracas: Secretaría de Cultura del Estado Zulia/ Fundación Julio César Salas, 2000. Estudio preliminar, transcripción y notas: Francisco Javier Pérez.

ESTUDIOS SOBRE JULIO CÉSAR SALAS

- Arria Salas, Alberto. *Recuerdos de Julio César Salas*. Caracas, 1999. [Texto inédito]
- Márquez Carrero, Andrés. *Introducción a la vida y obra de Julio César Salas*. Mérida-Venezuela: Universidad de Los Andes/ Gobernación del Estado Mérida, 1977.
 _____. *Julio César Salas a través de su vida y de su obra*. Mérida, 1978. [Libro inédito].
 _____. *Huellas de perennidad del doctor Julio César Salas (1870-1933)*. Mérida-Venezuela: Universidad de Los Andes, 1982.
 _____. *Presentación de los estudios lingüísticos de Julio César Salas*. Mérida-Venezuela: Universidad de Los Andes/ Gobernación del Estado Mérida, 1983.
- Miliani, Domingo. "Julio César Salas". En Julio C. Salas. *Civilización y Barbarie. Estudios sociológicos americanos*. Caracas: Fundación Julio César Salas, 1998, pp. V-XV.
 _____. "El humanismo de Julio César Salas". En *Cultura, historia y sociedad. Una visión múltiple sobre Julio C. Salas*. Caracas: Fundación Celarg/ Comisión Presidencial Quinto Centenario de Venezuela/ Fundación Julio César Salas, 2000, pp. 17-32.
 _____. "Julio César Salas". En *Comarca de fantasmas*. Mérida-Venezuela: Universidad de Los Andes, 2004, pp. 201-219.
- Pérez, Francisco Javier. "Los estudios sobre las lenguas indígenas a finales del siglo XIX. Julio César Salas". En *Historia de la lingüística en Venezuela*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1988, pp. 157-159.
 _____. "Dos estudios de hemerografía lingüística: Notas y aportes en las revistas *El Zulia Ilustrado* y *De Re Indica*". En *Montalbán*, Caracas, N° 27 (1994), pp. 195-216.

- _____. *Mitrídates en Venezuela. Diccionarios, poliglotismo y lenguas indígenas en Julio C. Salas*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/ Fundación Julio César Salas, 1999. Presentación: Rafael A. Strauss K.
- _____. "Estudio preliminar". En Julio César Salas. *Críticas a un crítico. Apostillas al libro El Castellano en Venezuela de Julio Calcaño*. Caracas: Fundación Julio César Salas/ Secretaría de Cultura del Estado Zulia, 2000, pp. 7-36.
- _____. "Mitrídates en los Andes. La obra lexicográfica de Julio C. Salas". En *Cultura, historia y sociedad. Una visión múltiple sobre Julio C. Salas*. Caracas: Fundación Celarg/ Comisión Presidencial Quinto Centenario de Venezuela/ Fundación Julio César Salas, 2000, pp. 151-166.
- _____. "Julio César Salas: ciencia y arte de las palabras". En *Hacia una relectura de Julio César Salas*. Maracaibo: Secretaría de Cultura del Estado Zulia/ Fundación Julio César Salas, 2000, pp. 135-152.
- _____. "Deshielo, recepción académica y resurrección científica. II Coloquio sobre pensamiento y obra de Julio César Salas (Maracaibo, noviembre de 1999)". En *Montalbán*, Caracas, N° 33 (2000), pp. 285-288.
- _____. "Salas escribe sobre Tolstoi". En *Papel Literario* (El Nacional), Caracas, 12/ 01/ 2002.
- _____. "Religiosidad y anticlericalismo en Julio César Salas". En *Fe y Cultura en Venezuela. Memorias de las II Jornadas de Historia y Religión*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/ Instituto Universitario Pedagógico Monseñor Arias Blanco, 2002, pp. 149-155.
- _____. "Mitrídates andino. La obra lexicográfica de Julio César Salas"; "Metáforas y dibujos lingüísticos. Argumentos visuales y poéticos en la obra de Salas"; "Salas se enfrenta a Julio Calcaño" y "Salas y Tolstoi". En *Sordera, estruendo y sonido. Ensayos de lingüística venezolana*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2005, pp. 93-186.
- _____. "Salas o la redención americana". [Prólogo al volumen, actualmente en prensa, que prepara Biblioteca Ayacucho con la obra de Julio César Salas].
- Rodríguez, Carlos César. "Julio César Salas". En *Testimonios Merideños*. Mérida-Venezuela: Ediciones Solar / Universidad de Los Andes, 1996, pp. 277-281.

- Rosas González, Otilia (Coord.). *Cultura, historia y sociedad. Una visión múltiple sobre Julio C. Salas*. Caracas: Fundación Celarg/ Comisión Presidencial Quinto Centenario de Venezuela/ Fundación Julio César Salas, 2000.
- Salas Sívoli, Rodolfo. *Los Salas (Rama originaria de Mérida): Rafael Salas (1798-1855) - Dolores Roo Pirela (1812-1880). Su descendencia*. Caracas: Gráficas Lauki, 2006.
- Strozzi, Susana. *Julio C. Salas: biografía y política en el positivismo venezolano*. Caracas: Universidad Santa María, 1986.
 _____. "Julio C. Salas y la Sociedad Venezolana de Americanistas. Estudios Libres". En Hebe Vessuri (Comp.). *Las Instituciones Científicas en la Historia de la Ciencia en Venezuela*. Caracas: Fundación Fondo Editorial Acta Científica Venezolana, 1987, pp. 69-87.
 _____. *Palabra y discurso en Julio C. Salas*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1992.
 _____. "Julio César Salas". En *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, 1997.
 _____. "¿Por qué Julio César Salas hoy?". En *Cultura, historia y sociedad. Una visión múltiple sobre Julio C. Salas*. Caracas: Fundación Celarg/ Comisión Presidencial Quinto Centenario de Venezuela/ Fundación Julio César Salas, 2000, pp. 33-42.
- Tablante Garrido, Pedro Nicolás. *Julio César Salas. Escritor emeritense*. Mérida-Venezuela: Instituto de Cooperación y Asistencia Técnica de las Municipalidades del Estado Mérida.
 _____. "Julio César Salas". *Tres ilustres merideños*. Caracas: Archivo General de la Nación, 1975, pp. 131-154.
 _____. "Florilegio de Paz y Trabajo (Egido: 1904-1908)". *Tres ilustres merideños*. Caracas: Archivo General de la Nación, 1975, pp. 155-168.
- VV.AA. *Hacia una relectura de Julio César Salas*. Maracaibo: Secretaría de Cultura del Estado Zulia/ Fundación Julio César Salas, 2000.

El dios de las lenguas	9
El origen de los sueños	14
Los años de construcción	24
El trabajo de la paz	39
La fragua de los pueblos	50
La fe sociológica	57
El hablar indio	66
La civilización y la barbarie	77
La antropofagia del espíritu	86
El reino de Mitrídates	97
Las últimas palabras	115
La biografía póstuma	128
Bibliografía	135

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soubllette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorri / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isaac J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frias / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Francisco Javier Duplá

58. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés
59. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
60. Tulio Febres Cordero / Ricardo Gil Otaiza
61. Lucila Palacios / Carmen Mannarino
62. José Cortés de Madariaga / Antonio Sánchez García
63. Rafael María Baralt / Lucía Raynero
64. Manuel R. Egaña / Luis Xavier Grisanti
65. Antonio Lauro / Ivo Hernández
66. Juan Antonio Pérez Bonalde / Antonio Padrón Toro
67. Manuel Antonio Matos / Catalina Banko
68. Gumersindo Torres / Eduardo Mayobre
69. José Antonio Páez / Ramón Hernandez
70. Feliciano Montenegro Colón / Napoleón Franceschi G.
71. Vicente Salias / Juan Carlos Reyes
72. Ezequiel Zamora / Manuel Donís Ríos
73. Francisco Linares Alcántara / David Ruiz Chataing
74. Juan Liscano / Rafael Arráiz Lucca
75. Martín Tovar y Tovar / Francisco Javier Duplá
76. Julio César Salas / Francisco Javier Pérez

Este volumen de la Biblioteca Biográfica
Venezolana se terminó de imprimir el mes de
febrero de 2008, en los talleres de Editorial Arte,
Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron
caracteres light, negra, cursiva y condensada de
la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños
8.5, 10.5, 11 y 12 puntos.
En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Julio César Salas

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Francisco Javier Pérez

Esta es la historia de "una de las pasiones más prodigiosas que jamás hayan ensayado científicos venezolanos de la palabra". Esta biografía de Julio César Salas de Francisco Javier Pérez se abre con este desafío.

Una aventura que nos descubrirá las proezas y los hallazgos de un sabio, en un país y en una época poco propicios, dejando no obstante un legado inapreciable: el estudio de las culturas aborígenes. Paralelamente se resaltan las anomalías de la sociedad para la cual trabajó con tan singular denuedo: 75 años después la mayor parte de esa obra permanece inédita.

Desde niño, Salas prefiere los tratados de botánica y zoología, las memorias de viajes; tiene a mano la excelente biblioteca de su padre Federico Salas Roo.

Obtiene el doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad de los Andes a los 23 años en 1893. Fue profesor de Sociología desde 1909. Escribió *Tierra Firme, Lecciones de Sociología, Estudios americanistas, Civilización y barbarie, Los Indios Caribes*. En Caracas fundó la Sociedad Venezolana de Americanistas en 1914, donde se congregaron los más notables sabios de entonces: Jahn, Alvarado, Oramas, Arcaya, Maldonado.

En 1928, un hombre cargado de papeles atraviesa los páramos de Mérida a lomo de mula, y en las riberas andinas del lago de Maracaibo toma un pequeño barco.

De un trasbordo a otro, Salas llegará finalmente a Nueva York. En la metrópoli se celebra el XXIII Congreso Internacional de Americanistas donde presentará *Orígenes Americanos*, "la más vasta tarea lexicográfica", de la cual Pérez observa: "Las doscientas mil páginas que la componen no hacen sino convidar a un diálogo (...) entre quinientas cinco lenguas americanas y seiscientas europeas, asiáticas, africanas y oceánicas". "Con orgullo fascinador, hará sonar las trompetas de su triunfo". En suma, un venezolano excepcional. La historia de una pasión de saber.

ISBN 980-395-170-2



9 789803 951702

Simón Alberto Consalvi

J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE

